

CIÓN GENERAL DE

WHEWELL

DEMOCRACIA

MÉRICA



JK216

T75

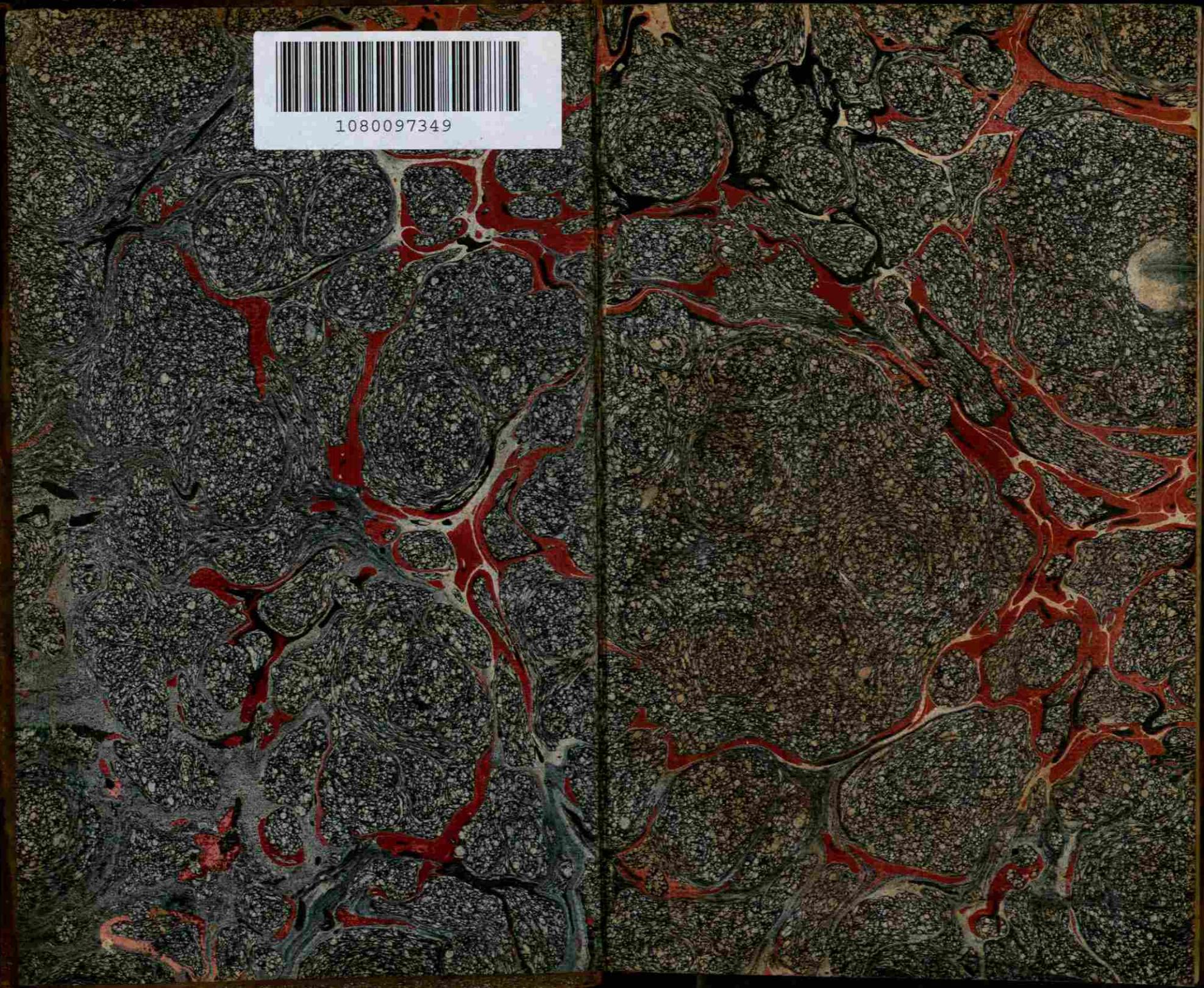
1842

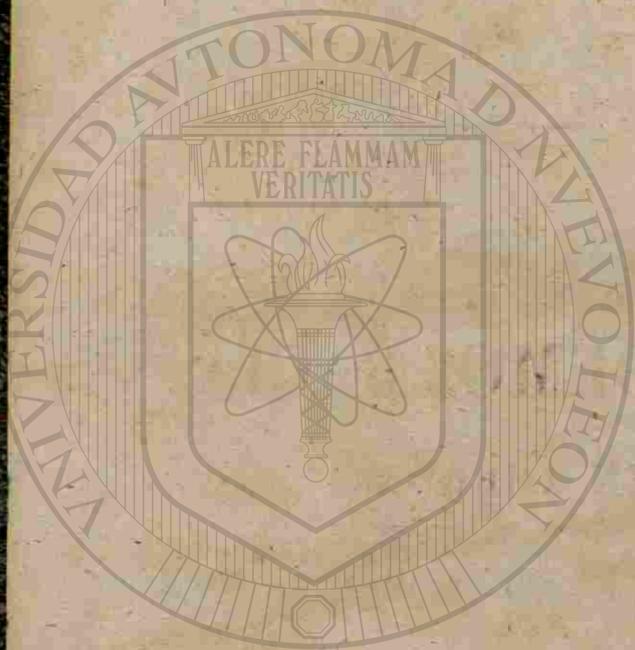
c. 1





1080097349





DE

LA DEMOCRACIA

EN AMÉRICA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE LA
DEMOCRACIA

EN AMÉRICA

POR
ALEJO DE TOCQUEVILLE,

MIEMBRO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR
LEOPOLDO BORDA,

abogado de la república de la Nueva Granada.

CONTINUACION.

TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LIBRERÍA DE D. VICENTE SALVÁ,
CALLE DE LILLE, N. 4.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de H. Fournier y C^o, calle de St.-Benolt, n. 7.

1842

JK216

775

1842



AL

HONORABLE SEÑOR

JOSÉ MARÍA PLATA,

ELECTO SEIS VECES DIPUTADO

AL CONGRESO DE LA NUEVA GRANADA,

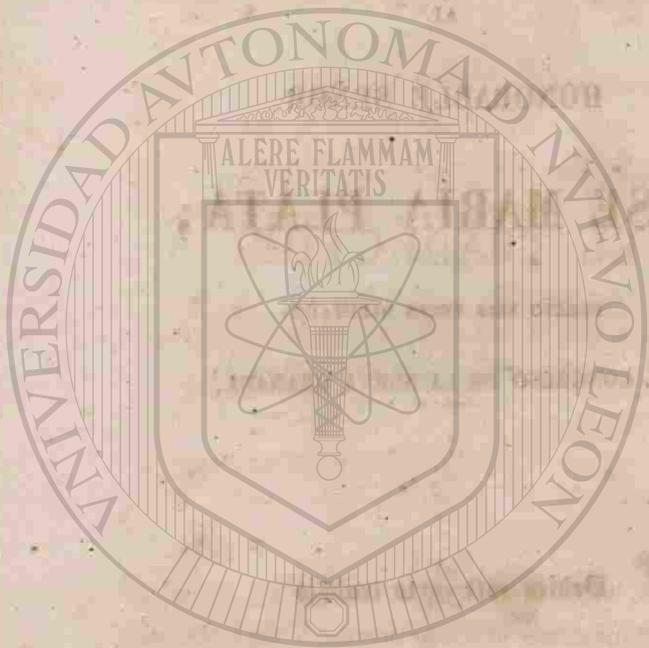
Dedica este corto trabajo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Su cordial amigo,
BORDA.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL TRADUCTOR.

Quando empezé á traducir la obra que hoi someto al público, tuve ánimo de añadir algunas notas ú observaciones; porque siendo mi principal objeto el que se examinen los efectos de la democracia en las diversas repúblicas de la América del Sur, al ver el grande aprecio que en ellas se hizo de la primera obra que publicó M^r. de Tocqueville, creia conveniente decir algo acerca de los diferentes puntos en que estos no debieran esperarse en aquellos países, ya por no hallarse en la posición excep-



cional de los Estados-Unidos, ya porque no habiéndolos considerado el autor, ciertas indicaciones se hacian indispensables.

Mas, de tal suerte se hace abstraccion en esta obra de los pueblos de la América del Sur, que, como si no hubiese riesgo de equivocarse, se dice siempre *América* hablando solo de los Estados-Unidos, y ni siquiera se mientan una vez aquellos. Por lo tanto, habria sido preciso advertir á cada instante si las observaciones del texto eran ó no aplicables en ese punto dado á las democracias del sur; trabajo que con seguridad no podria emprenderse en simples anotaciones.

Permítaseme aclarar de paño la idea. Al leer algunos de los principales capítulos de esta obra, por ejemplo los de la parte tercera acerca de las revoluciones, tan ciertos y evidentes respecto á la América del Sur, podria cualquiera sorprenderse viendo que segun el autor *los trastornos generales se hacen raros en las democracias*. Establecida una igualdad completa en una nacion; destruidos los privilegios y diferencias que dan á uno el derecho de mandar, é imponen á otro el deber de obedecer; equilibrándose las fortunas y no reconociéndose superioridad en ciertas clases, es preciso convenir en que teniendo ya todos los ciudadanos algunos bienes que arriesgar, están interesados en la tranquilidad pú-

blica, y en este sentido se hacen raras las grandes revoluciones. Si se adujera, pues, contra esto el estado casi permanente de la América del Sur, habria que responder que otras causas diversas de la igualdad, neutralizando sus principios, producian las revoluciones, y que con luces y esperiencia los pueblos democráticos no solo no las hacen, sino que no las dejan emprender.

Despues de demostrar evidentemente que á proporcion que los pueblos democráticos aman la paz, los soldados quieren la guerra, porque el ardiente y constante deseo de ascender estiende por todas partes su ambicion sin encontrar límites; componiéndose por necesidad los ejércitos democráticos de hombres que deben todo al grado que ocupan, ignorantes y ambiciosos sin maneras, lo que hace siempre tan temible en esos paises la fuerza armada, añade que lo que mas pone en peligro su estabilidad es el contraste desgraciado de esos instintos revolucionarios con la indolencia de los ciudadanos, y que disminuir el ejército seria siempre un remedio eficaz pero que no á todas las naciones es dado el aplicar. ¿Y quién que eche la vista sobre algunas de las repúblicas americanas que hoi se hallan en trastornos dejará de conocer estas verdades?

Con otros mil ejemplos pudiera confirmar que los principios de M. de Tocqueville son siempre exactos, y

que á lo mas con ciertas modificaciones pueden apropiarse á todas las democracias conocidas.

No sé si la influencia de la democracia en el movimiento intelectual, en los sentimientos y costumbres de los hombres y en su estado social, que M^r. de Tocqueville desenvuelve en esta obra respecto de los norteamericanos, pudiera alcanzar al mismo extremo en los americanos del sur. En la situacion versátil, si puede decirse así, de aquellos países, las instituciones no han sido permanentes, ni han presentado hasta hoi carácter fijo y señalado para un exámen de esta especie: puede ser que con el tiempo y á fuerza de una costosa experiencia consigan adoptar un sistema político bajo bases de igualdad mas pura aun que los norteamericanos.

Aun contrayéndose á estos, no me hallo bien convencido de que la igualdad produzca todos los efectos que M^r. de Tocqueville le atribuye, y á pesar del respeto que profeso por sus opiniones, siento que mi razon no cede enteramente á algunas de ellas.

Pero la democracia sola haciendo tan felices á los norteamericanos, ¿ produciria en la América meridional iguales efectos? La monarquía misma, allá imposible, quizá en los Estados-Unidos hubiera obtenido felices consecuencias, porque no son los sistemas políticos únicamente, como ha dicho un distinguido america-

no (1), los que pueden hacer dichosos á los pueblos.

Si un gobierno fuerte y vigoroso garantiza sobre uno dulce y débil la paz y el progreso material é intelectual del pueblo, cuando dividido este entre turbulentos y egoistas amenaza todo desaparecer, aumentense las atribuciones del poder hasta lo último, sin fijarse en que

(1) El presidente de la Nueva Granada en su mensaje al congreso de 1841.

Poco ántes habia dicho un escritor frances. « Il ne faut pas adopter les exagérations des ambitieux qui trop souvent tiennent le sceptre de la pensée. Comme ils ont sans cesse besoin de nouvelles révolutions pour s'arracher successivement le pouvoir, ils emploient tous leurs moyens pour établir cette doctrine, que la forme politique est toute la civilisation. Ils sont ainsi parvenus à faire croire, qu'en dehors de certaines institutions, il n'y a qu'esclavage et barbarie. Mais, si l'on se contente d'examiner les faits, on reconnaitra que les formes politiques n'ont pas toute l'importance qu'on veut leur donner; qu'elles ne sont même pas le signe le plus certain de la civilisation; que, par exemple, la Prusse est plus civilisée que certaines nations bien fières de leurs institutions.

« Pour le philosophe, c'est la moralité, ce sont les lumières généralement répandues qui marquent l'avancement d'un peuple; il sait que les idées seules ont de la valeur; mais la politique vulgaire s'attache à la forme, à l'enveloppe extérieure des choses qui vient frapper les sens. Ne nous préoccupons pas trop des institutions politiques qui se modifieront naturellement quand le temps sera venu. La carrière de l'humanité n'a point de bornes. Plaçons-la seulement dans la bonne voie, et donnons-lui une impulsion qui ne lui permette plus de rétrograder. »

Tocqueville hablando de democracias de otra especie, lamenta la centralizacion, ni en teorías escritas para otros pueblos, acaso mucho mas ilustrados y en circunstancias bien diversas.

Si no se conoce hasta ahora forma de gobierno adaptable á todos los pueblos, ¿ por qué hacer ciertos principios evidentes é infalibles (1)?

Lo único que hasta hoi ha podido descubrirse despues de tantas vicisitudes de aquellos paises, es que los gobiernos que sin separarse abiertamente de las leyes han sido bastante fuertes y enérgicos para prevenir ó para sofocar los trastornos, son los que han logrado sostenerse. A esto se ha reducido la ciencia de la política, y todo lo demas es precario é incierto.

Concibo bien que M^r. de Tocqueville, tan zeloso por las libertades de las democracias, hablando de los norteamericanos, tema que su pasion por los bienes materiales de la vida, la molicie de sus costumbres, la pureza de su religion, la dulzura de su moral, sus hábitos laboriosos y arreglados, y el recato que conservan casi todos

(1) Les trois divisions du gouvernement, monarchie, aristocratie, démocratie, sont des puérlités de l'école, en ce qui implique la jouissance de la liberté : la liberté se peut trouver dans une de ces formes, comme elle en peut être exclue. Il n'y a qu'une constitution réelle pour tout État : liberté, n'importe le mode. (Chateaubriand.)

en el vicio como en la virtud, los conduzcan, si no á la tiranía, á una especie de abyeccion que estingue, enerva, embrutece y reduce la nacion á un rebaño de animales tímidos é industriosos, cuyo pastor es el gobernante. Pero ¿ por qué participar de tales desconfianzas gentes que ni siquiera han sentido en sí mismas los efectos de la democracia? Primero es establecerse, fundar la democracia, un gobierno en una palabra, para que haya nacion, ántes que concebir rezelos por un mal que quizá no llegará.

Sí creo que esa extrema delicadez, y el respeto exajerado por ciertas formas y teorías han producido mas de una vez desgracias irreparables.

Véase sin embargo, que si M^r. de Tocqueville circunscribiéndose á ciertas naciones manifiesta esos temores, tambien dice de una manera general, que todos aquellos que pretendan destruir la libertad en el seno de una nacion democrática, deben saber que el mas seguro y corto medio de conseguirlo es la guerra.

De todos modos, no hai creencia mas dañosa que la de que los pueblos no son dueños de sí mismos, ni pueden solos mejorar su situacion, pues desalentando á los ciudadanos, dejan á un puñado de ambiciosos apoderarse del Estado. ¿ Y este mal no lo hacen las revoluciones? El hombre mas exaltado y entusiasta se cansa

y adopta lo primero que viene cuando ha agotado todos sus esfuerzos, y ve sucumbir á la fuerza la razon y los principios. Esto y no otra cosa esplica por qué tantos republicanos ilustres de América empiezan á vacilar sin saber por qué decidirse: su juicio no ha cambiado, pero ellos ceden á las circunstancias.

Es preciso desengañarse: los pueblos se componen de hombres, y como tales son susceptibles de *perfectibilidad*. Ni la época ni la situacion pueden determinar por sí solas su suerte. Los egipcios prosperaron en la mas remota antigüedad bajo el mayor de los Tolomeos; los fenicios en el Asia se encumbraron á la gloria; la Inglaterra se engrandece en nuestros dias y asombra la América del Norte. Los medios para lograr la felicidad existen, y no se debe desesperar de encontrarlos.

Parece extraño, sin embargo, que despues de muchos años de conmociones, se presente en lo general un cuadro tan ingrato; mas no hai que desmayar, pues en medio de todo siempre queda la esperiencia que la desgracia trae consigo, y el conocimiento de los hombres que no es sino un gran triunfo.

Es una verdad reconocida que á escepcion de mui pocos casos, las revoluciones que se han sucedido en aquella parte de la América han tenido por móvil algunos pocos hombres y la fuerza armada, no obstante que

siempre se les llame levantamientos populares. En lugar de dejar, pues, á esos revoltosos consuetudinarios la capacidad de hacer males abusando de cosas tan sagradas como la prensa por ejemplo, pónganse á esta ciertos limites, y hágase de ella el instrumento por excelencia de la libertad, y no el vil eco de resentimientos y odios personales.

En cuanto al ejército, el remedio parece todavía mas sencillo si se colocan al frente de él hombres ilustrados, verdaderos ciudadanos que amortigüen ese espíritu inquieto y turbulento de la soldadesca.

Se admiran tantos, sobre todo en Europa, de que algunos hombres en América cambien frecuentemente de opiniones, de tal suerte que las causas no pueden conocerse por los que las siguen, no siendo raro que hoi uno combata lo que no hace muchos años ni quizá muchos meses defendia con calor. No hai base alguna, principio fijo establecido, y la opinion no castiga esta clase de crímenes: qué mal tan grande el que produce esa falta de buena fe! Supongamos un jefe lleno de prestigio y sin honor; corrompido una vez, las consecuencias son horribles y bien difíciles de remediar. Así pues, la disciplina del ejército debe ser mui rígida, y la traicion castigada con penas mui severas en las democracias. ®

Me hallo tan persuadido de que la tranquilidad pública es un bien inapreciable, para un pueblo naciente sobre todo, y de que, como dice este autor, la guerra es el azote mas terrible de una nacion democrática, que circunscribiéndome á las desgraciadas repúblicas americanas, compararia los revolucionarios sin mui justas causas, á los infanticidas, tanto mas criminales cuanto es mas débil la víctima que sacrifican á sus bajas pasiones.

Goza una nacion de paz, las menores innovaciones la alteran y la alarman; pero cuando por una larga guerra oye ya con frialdad que se discute hasta un cambio completo en la forma de gobierno, es mui fácil que se precipite y adopte medios que la envuelvan eternamente en la anarquía.

En lugar de agitar constantemente el pueblo como una medida de progreso, y ocupar hasta el último ciudadano de las cosas mas elevadas de la administracion, déjesele tranquilo procurando su felicidad, sin inquietarse por reformas inútiles que lo habitúan al movimiento, anulando el respeto que se le debe hacer concebir por las leyes. No se olvide que ciudadanos pacíficos é ilustrados darán siempre soldados tranquilos y obedientes que garantizarán el orden, (1) y que en último

(1) M. de Tocqueville.

resultado el mayor de todos los peligros de un pueblo democrático está en su ejército, y las mas veces la libertad no se ve amenazada sino por trastornos militares.

Inclínesele al trabajo, porque en todos tiempos la mayor esclavitud ha sido la que ha producido la miseria (1). Sáquesele de la ignorancia, y este será el mayor bien que puede hacerse por la libertad y por la especie humana.

No temo añadir que esa suavidad y dulzura de costumbres, tan perniciosa en muchos casos, no ha sido sino el efecto, de la miseria que abate y embrutece, y de una torpe ignorancia que no deja descubrir la razon. Los gobiernos y los hombres de partido han abusado alternativemente de ese carácter *banal*, permítaseme la espresion, disfrazando con palabras la simplicidad de los pueblos.

(1) La définition la plus exacte et la plus large de la liberté est celle-ci : elle consiste à assurer à chacun les moyens de développer ses facultés d'abord, et de les exercer ensuite de la manière la plus avantageuse pour lui-même et pour ses semblables. Une fois la liberté définie ainsi il s'en suit forcément qu'elle ne peut se passer de l'appui des intérêts matériels. En effet, l'homme qui a faim n'est pas libre puisqu'il n'a pas la disposition de ses facultés. Il ne peut ni les développer, ni les exercer. Moralement il s'abrutit; intellectuellement il tombe dans la torpeur; la force physique elle-même, la force brute lui fait défaut. (M. Michel Chevalier, professeur d'Économie politique au collège de France.)

Por cierto que nadie desconocerá la influencia de la religion como elemento conservativo de la democracia. En todos tiempos y para todos los gobiernos ha sido esta una base sagrada, mas en los de democracia, donde no existen privilegios de nacimiento, de riqueza, de poder, que impongan al hombre, impelido al desórden y á la anarquía, ningun otro freno puede contenerle. Un ente democrático ve en todo lo que le rodea los mismos rasgos de debilidad y flaqueza que descubre en sí mismo; no se figura ni la desigualdad establecida por la naturaleza, y cuando mas la admite en lo que le favorece, por aquella disposicion humana á no reconocer sino las cualidades propias; entónces, solo la religion y la moral pueden detenerle en los limites de sus deberes. Dificilmente un hombre virtuoso é ilustrado se subleva cuando no lo dirige una causa justa.

Hé aquí un negocio en que los gobiernos deben ser circunspectos: la impiedad y la irreligion producen ciertamente grandes males. Como se ha dicho tantas veces, hai crímenes para los cuales las leyes son ineficaces, é ineficaz cualquiera vigilancia para prevenirlos. Vemos todavía por desgracia, que algunos mui horrendos, si llegan á disfrazarse con el nombre de crímenes contra el estado, merecen indulgencia y piedad: conviene, pues, inculcar en el corazon del hombre doctrinas que puedan

hacerle odiar todo atentado. Pero de otra parte ¿quién no conoce los excesos á que se entrega un pueblo fanático exaltado, y la dificultad de contenerlo cuando una vez se le alucina? Si entre los dos extremos tuviera que decidirme, no sé en verdad por cuál lo haria.

No hai principios políticos ciertos, repito, en todas épocas y en todas circunstancias. Es tan malo creer que una cosa debe adoptarse porque tal país ó tal gobierno lo ha hecho, como rechazarla por esto mismo. Esa política de *imitacion* es mui dañosa, y por una vez que logre buen éxito, engaña mil. Es raro que dos pueblos se encuentren en situacion tan análoga que lo que se dice del uno sea aplicable con la misma ventaja al otro (1). Juzgar por ejemplo que la federacion conviene en el punto A porque los estados del norte se hallan confederados, es quizá precipitarse. Yo veo que la Francia, la Inglaterra, los Estados-Unidos difieren en puntos que dicen relacion inmediata con el bienestar del pueblo,

(1) On ne voit presque rien de juste et d'injuste qui ne change de qualité en changeant de climat. Trois degrés d'élevation du pôle renversent toute la jurisprudence. Un méridien décide de la vérité. En peu d'années de possession les lois fondamentales changent. Le droit a ses époques. Plaisante justice, qu'une rivière ou une montagne borne. Vérité au-deçà des Pyrénées, erreur au-delà.

(Pascal.)

y sin embargo á cualquiera de esos tres pudiera enviarse.

No concluiré este prólogo sin hacer una observacion importante á mis ojos : hablo de las reformas. Las reformas en lo general destruyen ó á lo ménos alteran en el pueblo, como he dicho ántes, el respeto que se le debe hacer concebir por las leyes; mas hai todavía ciertos cambios delicados y permanentes que pueden comprometer la tranquilidad pública en el seno de la nacion y respecto de los países que la rodean : estos son los que tienen por objeto la forma de gobierno ó algunas de sus principales bases. Las leyes pueden alterarse todos los dias, y hasta las disposiciones que fijan el modo de hacer estos cambios ; pero no es así con instituciones de otra especie. Por esto es preciso conservar gran calma en un exámen semejante, sin dejarse sorprender por racionios que no sean poderosos é incontestables. Es difícil, sin embargo, que en una cuestion tan delicada no se resientan los hombres del cansancio que causan las revoluciones, del espíritu de partido que afecta casi todos los negocios graves, y se lancen en cualquiera reforma por solo el hecho de variar.

Creo que la democracia en el sentido lato y general apenas ha sido conocida en la América del Sur, y que debieran entenderse bien sus principios ántes de empe-

zar otra nueva época : quizá la del engrandecimiento de esa tierra no está mui distante, si hemos de juzgar por la prediccion de sabios estadistas.

Algunas veces se considera tambien como reformas lo que no es sino consecuencia natural del estado social de un pueblo. Figurémonos que despues de una larga serie de trastornos empieza una nacion á establecerse conquistando su quietud y su tranquilidad : principia apenas esa nueva era política, cuando ya se promulgan leyes que tienen por objeto desarraigar antiguas preocupaciones; se toleran los cultos; quiérense abrir toda clase de vias de comunicacion ; hácese tratados, quizá desventajosos solo por parecer en el rango de las otras naciones; se estiende la accion administrativa confiando los poderes á todos los ciudadanos á la vez; se pretende atraer los extranjeros, y quién sabe qué otras cosas mas; pero no se cree lo que es tan cierto, que la paz sola garantiza estos benéficos resultados, pues entónces hai trabajo, tras de él vienen hombres y con estos prosperidad y todas sus ventajas.

Por otra parte, las reformas son relativas y no deben considerarse de un modo absoluto y aislado. Si los hombres ilustrados de América se aplicasen á examinar las circunstancias peculiares de sus respectivos países, sus hábitos, el cambio efectuado en ellos despues de

algunos años, su estado de civilización, el de su industria y su riqueza en general, los medios con que cuenta para su porvenir, y difundiesen el resultado de sus observaciones, la Europa, sin duda, las acogiera, discutiéndolas con provecho para toda esa parte del mundo. Sabemos que tan presto como alguna sección ha dado indicios de estabilidad y consistencia se han ocupado de ella manifestando simpatía é interés.

Por lo demás, no pretendo examinar aquí ese axioma político de que la opinión de la América está decididamente á favor de la democracia, ni el contrario de un escritor americano de ser esta una suposición exajerada. No soi capaz de dilucidar esos principios ni conviene despertar rezelos que no harian, en la dificultad en que se encuentra casi toda la América del Sur, sino añadir una nueva desgracia á los males que hoi afligen á todos sus virtuosos hijos, sirviendo cuando mas de pretesto de revolución á tantos como los buscan cuando ya se cansan de proclamar debilidad del gobierno, religion, federación, y tantas otras cosas ridículas con que quieren disfrazar sus crímenes los ambiciosos y trastornadores.

No deseo sino que no se crea que al hacer esta traducción me aluciné como otros con la idea de que conformándose las doctrinas cuyas consecuencias examina el

autor con la mayor parte de las instituciones que hoi rigen casi todas las repúblicas meridionales, podríamos ver aquí el próspero rumbo que ellas seguirian sin reformarlas si es posible.

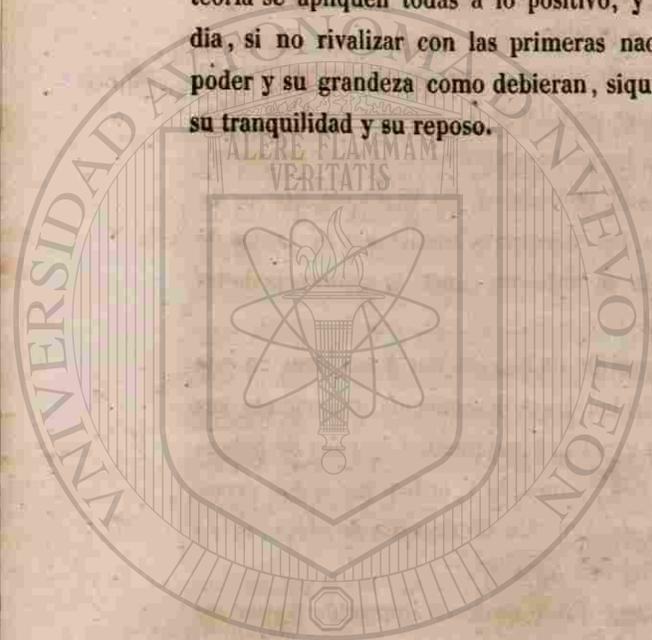
Acaso se inferirán diversas consecuencias considerando las circunstancias peculiares de aquellos pueblos, diferentes de las de los norte-americanos, su inmensa extensión y escasísimos pobladores, los vicios originarios de su procedencia, las mezquinas ambiciones de tantos de sus hijos, hasta su ardoroso clima, la ignorancia de las masas, etc. etc.

M. de Tocqueville ha logrado dar á sus ideas en esta ciencia una claridad ántes desconocida; reduciendo sus principios á la exactitud matemática despues de haberlos analizado con el método y órden que le son peculiares: pero su gran mérito no necesita de elogio ni yo me propongo hacerlo aquí.

Aquellos, pues, que consideren imposible pensar seriamente en otra cosa para la América, que en la democracia mas pura, deben estudiar los principios de esta obra, y combatir si pueden con ellos las ideas exajeradas de los que creen asequibles otros sistemas.

En cuanto á mí, como hijo amante de una de las mas distinguidas y mas desgraciadas repúblicas de la América del Sur, no he pretendido otra cosa sino el que se

difundan estos principios en toda ella, se examinen y discutan sin pasión. Ojalá que separándose de la pura teoría se apliquen todas á lo positivo, y logren algún día, si no rivalizar con las primeras naciones por su poder y su grandeza como debieran, siquiera asegurar su tranquilidad y su reposo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA.

Los americanos tienen un estado social democrático que les ha sugerido naturalmente ciertas leyes y costumbres políticas.

Este mismo estado social ha hecho nacer entre ellos una multitud de sentimientos y de opiniones que desconocían las antiguas sociedades aristocráticas de Europa, destruyendo ó modificando relaciones que existían ántes, y estableciendo otras nuevas. El aspecto de la sociedad civil no ha cambiado ménos que la fisonomía del mundo político.

De lo primero trata la obra que publiqué hace cinco años acerca de la *Democracia americana*, y el segundo hecho es el que me propongo dilucidar en el presente libro. Estas dos partes no forman, pues, sino una sola obra.

Es preciso, desde luego, que prevenga al lector contra un error que me sería mui perjudicial. Viéndoseme atribuir tantos efectos diversos á la igualdad, podria creerse que yo la considero como la causa única de todo lo que sucede en nuestros dias. Para ello seria necesario suponer que mi plan es demasiado mezquino.

Existen ahora una multitud de opiniones, de sentimientos é inclinaciones que deben su origen á hechos estraños y aun contrarios á la igualdad. Así es, que sí tomo por ejemplo á los Estados-Únidos, me será fácil probar que la naturaleza del pais, el origen de sus habitantes, la religion de los primeros fundadores, los conocimientos que han adquirido y sus costumbres anteriores, han ejercido y ejercen, independientemente de la democracia, una influencia inmensa en su modo de pensar y

de sentir. En Europa se encontrarían varias causas, pero distintas tambien del hecho de igualdad, que esplicarian una gran parte de lo que allí pasa.

Reconozco la existencia de todas esas diversas causas y su influencia, pero no es mi objeto hablar de ellas, porque no pretendo dar la razon de todas nuestras inclinaciones é ideas; y quiero solamente hacer ver hasta qué punto la igualdad ha modificado unas y otras.

Acaso se estrañará que, creyendo yo firmemente que la revolucion democrática de que somos testigos es un hecho irresistible contra el cual ni seria prudente ni convendria luchar, dirija con frecuencia en este libro reconvenciones severas á las sociedades democráticas que esta revolucion ha creado. Pero responderé sencillamente que esto depende, no de que sea enemigo de la Democracia, si no de que he querido ser sincero hácia ella.

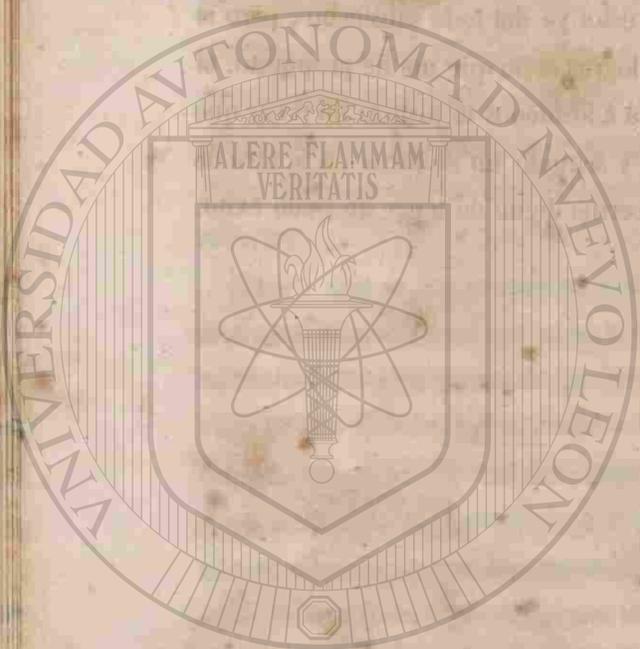
Los hombres no escuchan la verdad de boca de sus enemigos, y sus amigos se la ofrecen raras veces: hé aquí la razon en que me he fundado para decírsela.

No dudo que habria muchos que se encargasen de anunciar los bienes que la igualdad promete á los hombres; pero tambien creo que mui pocos se atreverian á señalar de léjos los peligros con que ella les amenaza. Hacia estos peligros he dirigido principalmente mi atencion, y creyendo haberlos descubierto con claridad, no he podido decidirme á callarlos.

Espero que se encontrará en esta segunda obra la misma imparcialidad que se ha notado en la primera. Colocado en medio de las opiniones contrarias que nos dividen, he procurado ahogar momentáneamente en mi corazon las simpatías favorables ó los sentimientos opuestos que me inspira cada una de ellas. Si los que leyeren mi libro encontrasen una sola frase cuyo objeto sea lisonjear alguno de los grandes partidos que han agitado nuestro pais, ó alguna de las pequeñas facciones que le inquietan y debilitan, que estos lectores levanten la voz y me acusen.

El asunto que he querido abrazar es inmenso, pues comprende la mayor parte de los sentimien-

tos é ideas que nacen del nuevo estado del mundo. Tal objeto escede indudablemente mis fuerzas, y al tratarlo no estoy yo del todo satisfecho; pero si no he podido lograr el fin que me he propuesto, el lector me hará á lo ménos la justicia de creer que he concebido y seguido mi empresa en la idea de que podia hacerme digno de tener un buen éxito.



DE
LA DEMOCRACIA
EN AMÉRICA.

PARTE PRIMERA.

INFLUENCIA DE LA DEMOCRACIA EN EL MOVIMIENTO
INTELLECTUAL EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

CAPÍTULO I.

Del método filosófico de los americanos.

Creo que no hai en el mundo civilizado pais en donde se estudie ménos la filosofía que en los Estados-Unidos. Los americanos no tienen escuela propia filosófica, y se fijan tan poco en las que dividen



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Europa, que apenas conocen los nombres de ellas.

Es fácil observar, sin embargo, que casi todos los habitantes de los Estados-Unidos dirigen sus facultades intelectuales de la misma manera y las conducen según los mismos principios; es decir, que poseen cierto método filosófico que les es común á todos, sin que jamás hayan cuidado de estudiar sus reglas.

Librarse del espíritu de sistema, del yugo de las costumbres, de las máximas de familia, de las opiniones de clases y hasta cierto punto de las preocupaciones nacionales; no tomar la tradición sino como un indicio, y los hechos presentes como un estudio útil para obrar de otro modo distinto y mejor; buscar por sí mismo y en sí mismo la razón de las cosas y dirigirse al resultado sin detenerse en los medios; consultar el fondo sin mirar la forma, tales son los principales rasgos que caracterizan lo que yo llamaré método filosófico de los americanos. Si voy más adelante, y entre estos diversos rasgos busco el principal y el que puede resumir casi todos los otros, descubro que en la mayor parte de las operaciones del entendimiento cada americano recurre exclusivamente al esfuerzo individual de su razón.

La América es pues uno de los países en donde

se estudian menos los preceptos de Descartes, y en donde se siguen con más exactitud. Esto no debe sorprender: los americanos no leen las obras de Descartes, porque su estado social los distrae de los estudios especulativos; y si siguen sus máximas, es porque este mismo estado social dispone naturalmente su espíritu á adoptarlas.

En medio del movimiento continuo que reina en el seno de una sociedad democrática, el lazo que une las generaciones entre sí se afloja ó se rompe: y cada uno pierde fácilmente el rastro de las ideas de sus abuelos, ó se fija muy poco en ellas.

Los hombres que viven en una sociedad semejante no pueden tampoco tomar sus creencias de las opiniones de la clase á que ellos pertenecen, porque ya no hai, por decirlo así, clases; y las que existen todavía, se componen de elementos tan débiles y movedizos, que el cuerpo no puede ejercer un verdadero poder sobre sus miembros.

En cuanto á la acción que puede alcanzar la inteligencia de un hombre sobre la de otro, necesariamente ha de ser muy limitada en un país donde los ciudadanos, casi todos iguales, se ven tan de cerca; y no advirtiéndose en ninguno de ellos las señales de una grandeza y de una superioridad incontestables, vuelven sin cesar hácia su propia razón, como al origen más visible y más próximo de la

verdad. Entónces no solo se destruye la confianza en tal ó tal hombre, sino hasta el gusto de creer á cualquiera bajo su palabra.

Cada uno se encierra dentro de sí mismo, y desde allí pretende juzgar del mundo. Esta costumbre de los americanos de buscar en sí propios las reglas del discernimiento, conduce su espíritu á otros hábitos; pues viendo que pueden resolver sin ningun auxilio las pequeñas dificultades que presenta su vida práctica, deducen fácilmente que nada hai en el mundo de inesplicable, y que nada se estiende mas allá de los límites de la inteligencia. Así es que ellos niegan lo que no pueden comprender, dando por lo mismo mui poco crédito á lo extraordinario, y concibiendo una repugnancia casi invencible por lo sobrenatural.

Como tienen costumbre de referirse á su propio testimonio, desean ver con claridad el objeto que les ocupa, desembarázandolo cuanto pueden del velo que lo cubre y alejando todo lo que los separa de él y se lo oculta, á fin de observarlo mas de cerca y á mejor luz. Esta disposicion de su espíritu los conduce á despreciar las formas, que consideran como velos inútiles colocados entre ellos y la verdad.

Los americanos no han tenido necesidad de aprender en los libros su método filosófico, porque lo han encontrado en sí mismos; y otro tanto ha

sucedido en Europa, donde este método no se ha establecido y generalizado sino á medida que las condiciones han llegado á ser mas iguales y los hombres mas semejantes.

Consideremos por un momento el encadenamiento de los tiempos: En el siglo xvi los reformadores someten á la razon individual algunos de los dogmas de la antigua fe; pero continúan sustrayéndole la discusion de todos los demas. En el xvii, Bacon en las ciencias naturales, y Descartes en la filosofia propiamente dicha, anulan las fórmulas recibidas, destruyen el imperio de las tradiciones y trastornan la autoridad del maestro.

Los filósofos del siglo xviii generalizan, en fin, el mismo principio y tratan de someter al exámen individual de cada hombre el objeto de todas sus creencias. ¿Quién no ve que Lutero, Descartes y Voltaire se sirvieron del mismo método y que no difieren sino en el mayor ó menor uso que han pretendido que de él se haga? ¿De dónde viene que los reformadores se hayan encerrado tan estrechamente en el círculo de las ideas religiosas? ¿Por qué Descartes, no queriendo servirse de un método sino en ciertas materias, bien que lo hubiese puesto en estado de aplicarse á todas, declaró que no debian juzgarse por sí mismo sino las cosas filosóficas, pero no las políticas? ¿Cómo es

que en el siglo XVIII se han sacado de golpe de este mismo método, aplicaciones generales que Descartes y sus predecesores no habían conocido ó habían rehusado descubrir? ¿De dónde viene, en fin, que á esta época el método de que hablamos saliese repentinamente de las escuelas para penetrar en la sociedad, y venir á ser la regla comun de la inteligencia, y que despues de haber sido popular entre los franceses se haya adoptado manifiestamente ó seguido en secreto por todos los pueblos de la Europa?

Este método filosófico pudo nacer en el siglo XVI y fijarse y generalizarse en el XVII, pero no podia ser comunmente adoptado en ninguno de los dos, porque las leyes políticas, el estado social y los hábitos del entendimiento que emanan de estas primeras causas, se oponian á ello.

Habiendo sido descubierto en una época en que los hombres empezaban á igualarse ó asemejarse, no podia ser seguido por la generalidad sino en tiempos en que las condiciones viniesen á ser iguales y los hombres casi semejantes.

El método filosófico del siglo XVIII no es solo frances, sino democrático, y hé aquí por qué ha sido tan fácilmente admitido en toda la Europa, cuya faz ha contribuido tanto á cambiar. El trastorno que los franceses han ocasionado en el mun-

do, no consiste en que hayan cambiado sus antiguas leyes y modificado sus creencias, sino en que han sido los primeros en estender y sacar á luz un método filosófico con cuyo auxilio se podian atacar fácilmente todas las cosas antiguas y abrir el camino á las nuevas.

Si se me preguntase ahora por qué este mismo método se sigue en el dia con mas rigor y se aplica con mas frecuencia entre los franceses que entre los americanos, en cuyo seno la igualdad es mas completa y mas antigua, responderé que eso depende de dos circunstancias que desde luego me propongo hacer comprender bien.

La religion es la que ha dado origen á las sociedades anglo-americanas; de lo cual es preciso no hacer abstraccion. En los Estados-Unidos la religion entra en todos los usos nacionales y en todos los sentimientos que hace nacer la patria, y esto le da una fuerza particular. A esta razon poderosa se añade otra que no lo es ménos. En América la religion se ha puesto, por decirlo así, ella misma sus límites: el orden religioso es enteramente distinto del orden político, de suerte que han podido cambiarse las leyes antiguas sin alterar las antiguas creencias.

El cristianismo ha conservado, pues, un grande imperio en el espíritu de los americanos, y debe

observarse sobre todo, que no reina como una filosofía que se adopta despues de examinada, sino como una religion que se cree sin discutir.

En los Estados-Unidos las sectas cristianas varían sin término, y se modifican constantemente; pero el cristianismo es un hecho establecido é irresistible que nadie pretende atacar ni defender.

Habiendo los americanos admitido sin exámen los principales dogmas de la religion cristiana, se ven obligados á recibir del mismo modo un gran número de verdades que dependen y nacen de ellos: lo cual encierra en límites estrechos el análisis individual, y le sustrae muchas de las mas importantes opiniones humanas.

La otra circunstancia de que he hablado es esta: Los americanos tienen un estado social y una constitucion democrática; pero no han tenido revolucion democrática, sino que han llegado casi como hoy se hallan al suelo que ocupan; y esto merece atencion.

No hai revolucion ninguna que no conmueva las antiguas creencias, debilite la autoridad y oscurezca las ideas comunes. Toda revolucion tiende á abandonar á los hombres á sí mismos, y abrir delante del espíritu de cada uno, un espacio vacío y sin límites.

Cuando las condiciones llegan á ser iguales des-

pues de una larga lucha entre las diversas clases de que se formaba la antigua sociedad, la envidia, el odio y el desprecio de los otros, y el orgullo y la confianza estremada en sí mismo, invaden, por decirlo así, el corazón humano, y fijan en él por algún tiempo su dominio. Esto, además de la igualdad, contribuye poderosamente á dividir los hombres, á hacer que desconfíen los unos de los otros, y á que no busquen la razón sino en sí mismos.

Cada uno trata entónces de bastarse á sí propio, y hace depender su gloria en formarse sobre todas las cosas, creencias que le son peculiares. Los hombres se relacionan por intereses, mas no por ideas, y podria decirse que las opiniones humanas se agitan por todos lados sin fijarse ni reunirse.

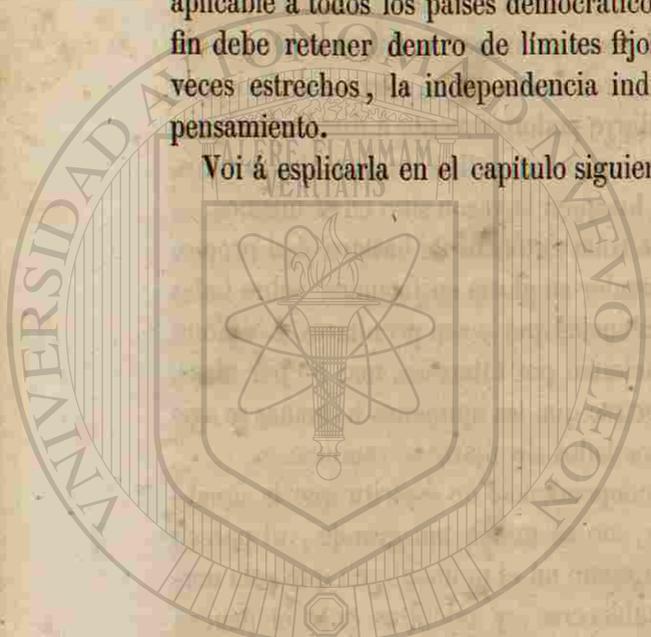
Así, la independencia de espíritu que la igualdad supone, no es nunca tan grande, ni parece tan escesiva como en el momento en que esta empieza á establecerse, y mientras dura el penoso trabajo que la funda. Debe distinguirse con cuidado la clase de libertad intelectual que la igualdad produce, de la anarquía que la revolucion trae consigo. Considérense aparte cada una de estas dos cosas para no concebir ni esperanzas ni temores exagerados del porvenir.

Creo que los hombres que vivan en las sociedades nuevas, harán frecuentemente uso de su ra-

zon individual ; pero estoi mui léjos de pensar que abusen de ella á menudo.

Esto depende de una causa mas generalmente aplicable á todos los paises democráticos, y que al fin debe retener dentro de limites fijos, algunas veces estrechos, la independenciam individual del pensamiento.

Voi á esplicarla en el capitulo siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO II.

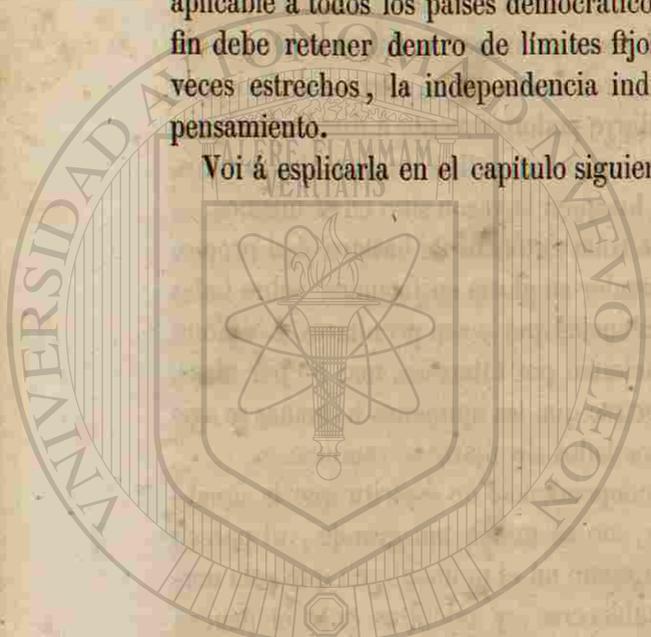
Del principal origen de las creencias en los pueblos democráticos.

Las creencias dogmáticas son mas ó ménos numerosas segun los tiempos. Nacen de diversos modos, y quizá mudan de forma y de objeto ; pero no puede hacerse que no haya creencias dogmáticas, es decir, opiniones que los hombres reciben en confianza y sin discutir. Si cada uno pretendiese formar por sí mismo todas sus opiniones, y buscar aisladamente la verdad en la senda abierta por él solo, no es probable que un gran número de hombres viniesen á tener las mismas creencias.

zon individual ; pero estoi mui léjos de pensar que abusen de ella á menudo.

Esto depende de una causa mas generalmente aplicable á todos los paises democráticos, y que al fin debe retener dentro de limites fijos, algunas veces estrechos, la independendencia individual del pensamiento.

Voi á esplicarla en el capitulo siguiente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO II.

Del principal origen de las creencias en los pueblos democráticos.

Las creencias dogmáticas son mas ó ménos numerosas segun los tiempos. Nacen de diversos modos, y quizá mudan de forma y de objeto ; pero no puede hacerse que no haya creencias dogmáticas, es decir, opiniones que los hombres reciben en confianza y sin discutir. Si cada uno pretendiese formar por sí mismo todas sus opiniones, y buscar aisladamente la verdad en la senda abierta por él solo, no es probable que un gran número de hombres viniesen á tener las mismas creencias.

Por lo mismo, es fácil concebir que no hai sociedad que pueda prosperar sin creencias iguales, ó mas bien, que no hai ninguna que subsista de este modo; porque sin ideas comunes no hai accion comun, y sin accion comun hai hombres, pero no un cuerpo social. Para que haya sociedad, y mas todavía, para que ella prospere, es preciso que todos los ánimos estén siempre unidos por algunas ideas principales, y esto no puede verificarse sin que cada uno de ellos saque sus opiniones de un mismo principio, y convenga en recibir un cierto número de creencias ya preparadas.

Si considero ahora al hombre separadamente, hallo que las creencias dogmáticas no le son menos indispensables para vivir solo que para obrar en comun con sus semejantes. Si el hombre se viese precisado á probarse á sí mismo todas las verdades de que se sirve diariamente, nunca por cierto acabaria: se entretendria en demostraciones preliminares sin adelantar nada. Como no tiene tiempo, por el corto espacio de la vida, ni facultades á causa de los límites de su inteligencia, para obrar de este modo, se ve obligado á considerar como ciertos mil hechos y opiniones, que no ha tenido el tiempo ni el poder de examinar por sí solo, pero que otros mas capaces han hallado ó la multitud ha adoptado. Sobre este primer funda-

mento levanta el edificio de sus propias ideas. Pero no es su voluntad la que le conduce á obrar de esta manera, sino la lei inflexible de su condicion.

No hai filósofo tan grande en el mundo que no funde una multitud de creencias en la fe de otro, y que no suponga muchas mas verdades de las que hai establecidas. Esto no solo es necesario, sino conveniente. Un hombre que emprendiese examinarlo todo por sí mismo, no podria prestar bastante atencion á cada cosa: este trabajo tendria su espíritu en una agitacion perpetua, que le impediria penetrar profundamente ninguna verdad, y fijarse con solidez en ella. Su inteligencia seria á la vez independiente y débil. Es necesario, pues, que entre los diversos objetos de las opiniones humanas, elija y adopte muchas creencias sin discutir las, á fin de profundizar mejor el pequeño número, cuyo exámen se reserve. Es verdad que todo hombre que recibe una opinion que otro ha emitido, esclaviza su inteligencia; pero esta es una esclavitud útil que permite hacer buen uso de la libertad.

De todos modos es indispensable que la autoridad se encuentre de algun lado en el mundo intelectual y moral: su puesto varia, pero tiene por precision alguno. La independencia individual puede ser mas ó menos grande; pero no ilimitada. Así, la cuestion no es de saber si existe una autoridad

intelectual en los siglos democráticos, sino solamente en dónde se halla, y hasta dónde se estiende.

Ya he hecho ver en el capítulo precedente que la igualdad de las condiciones hacia concebir á los hombres una especie de incredulidad por lo sobrenatural, y una idea mui alta, y frecuentemente exagerada de la razon humana.

Los hombres que viven en los tiempos de igualdad son difícilmente conducidos á colocar el poder intelectual á que se someten fuera de la humanidad. Así es que siempre buscan en sí mismos ó en sus semejantes el origen de la verdad. Esto basta para probar que no podria establecerse en el dia una religion nueva, y que todas las tentativas para hacerla nacer, no solo serian impías, sino ridiculas é irracionales. Puede preverse desde luego que los pueblos democráticos no creerán fácilmente en las misiones divinas, se burlarán con gusto de los nuevos profetas y querrán encontrar en los límites de la humanidad, y no mas allá, el árbitro principal de sus creencias.

Cuando las condiciones son desiguales y los hombres desemejantes, hai algunos individuos mui ilustrados, doctos, poderosos por su inteligencia, y una multitud mui ignorante y limitada. Los que viven en los tiempos de aristocracia son conducidos naturalmente á tomar por guia de sus opiniones la

razon superior de un hombre ó de una clase, encontrándose poco dispuestos á reconocer la infalibilidad de la masa.

En los siglos de igualdad sucede lo contrario, pues á medida que los ciudadanos se hacen mas iguales, disminuye la inclinacion de cada uno á creer ciegamente á un cierto hombre ó á una cierta clase. La disposicion á creer á la masa se aumenta, y viene á ser la opinion que conduce el mundo.

La opinion comun no solo es la única guia que queda á la razon individual en los pueblos democráticos, sino que tiene en ellos una influencia infinitamente mayor que en ninguna otra parte. En los tiempos de igualdad los hombres no tienen ninguna fe los unos en los otros, á causa de su semejanza; pero esta misma semejanza les hace confiar de un modo casi ilimitado en el juicio del público, porque no pueden concebir que teniendo todos luces iguales no se encuentre la verdad del lado del mayor número.

Cuando el hombre que vive en los paises democráticos se compara individualmente á todos los que lo rodean, conoce con orgullo que es igual á cada uno de ellos; pero cuando contempla la reunion de sus semejantes, y viene á colocarse al lado de este gran cuerpo, bien pronto se abruma bajo su multitud y su flaqueza. La misma igualdad que lo hace

independiente de cada uno de los ciudadanos en particular, le entrega aislado y sin defensa á la accion del mayor número.

El público ejerce en los pueblos democráticos un poder singular de que las naciones aristocráticas ni aun siquiera tienen idea. Él no persuade sus creencias; las impone y las hace penetrar en los ánimos, como por una suerte de presión inmensa del espíritu de todos sobre la inteligencia de cada uno.

En los Estados-Unidos la mayoría se encarga de suministrar á los individuos una multitud de opiniones ya formadas, y les alijera la obligación de formarlas por sí. Existe un gran número de teorías en materias filosóficas, de moral, ó de política, que cada uno adopta sin exámen sobre la creencia del público; y si se mira de cerca, se encontrará que la religion misma reina allí ménos como doctrina revelada que como opinion comun.

Yo sé que entre los americanos las leyes políticas son tales, que la mayoría rige soberanamente la sociedad; lo cual aumenta demasiado el imperio que ella ejerce sobre la inteligencia, porque nada hai mas comun en el hombre que reconocer una ciencia superior en el que le oprime.

Esta omnipotencia política de la mayoría en los Estados-Unidos aumenta, en efecto, la influencia

que las opiniones del público obtendrian sin ella en el juicio de cada ciudadano, pero no la funda. Es preciso buscar en la igualdad misma el origen de esta influencia, y no en las instituciones mas ó ménos populares que hombres iguales pueden darse. Debe creerse que el imperio intelectual del mayor número seria ménos absoluto en un pueblo democrático sometido á un rei, que en el seno de una democracia pura; pero él será siempre absoluto, y cualesquiera que sean las leyes políticas que rijan á los hombres en los siglos de igualdad, se puede prever que la fe en la opinion comun vendrá á ser una especie de religion, cuyo profeta será la mayoría.

Así, la autoridad intelectual será diferente, pero no menor; y léjos de creer que deba desaparecer, yo conjeturo que fácilmente llegaria á ser mui grande, y que podria suceder que ella encerrase la accion del juicio individual en límites mas estrechos de los que conviene á la grandeza y á la felicidad de la especie humana. Veo claramente en la igualdad dos tendencias: una que conduce el ánimo de cada hombre hácia nuevas ideas, y otra que le veria con gusto reducido á no pensar. Y concibo cómo bajo el imperio de ciertas leyes, la democracia estinguiria la libertad intelectual que el estado social democrático favorece; de tal suerte

que despues de haber roto todas las trabas que en tiempos pasados le imponian las clases ó los hombres, el espíritu humano se encadenaria estrechamente á la voluntad general del mayor número.

Si en lugar de todos los diversos poderes que sujetan y retardan sin término el vuelo de la razon individual, sustituyesen los pueblos democráticos el poder absoluto de una mayoría, el mal no habria hecho sino cambiar de carácter. Los hombres no habrian encontrado los medios de vivir independientes; habrian solamente descubierto, cosa difícil, una nueva fisonomía de la esclavitud. Esto es en lo que se debe hacer reflexionar profundamente á aquellos que ven en la libertad de la inteligencia una cosa santa, y que no solo odian al déspota sino al despotismo. En cuanto á mí, cuando siento que la mano del poder pesa sobre mi frente, poco me importa saber quién me oprime, y por cierto que no me hallo mas dispuesto á poner mi cabeza bajo el yugo porque me lo presenten un millon de brazos.

CAPÍTULO III.

Por qué los americanos muestran mas aptitud y gusto por las ideas generales que sus padres los ingleses.

Dios, en lo general, no se ocupa de la especie humana. Él ve de un solo golpe y con separacion todos los seres de que se compone la humanidad, y descubre en cada uno de ellos las semejanzas que lo unen á los demas, y las diferencias que lo aislan.

Dios no tiene, por tanto, necesidad de ideas generales, es decir, que no necesita unir bajo la misma forma un gran número de objetos análogos para ocuparse de ellos con facilidad.

que despues de haber roto todas las trabas que en tiempos pasados le imponian las clases ó los hombres, el espíritu humano se encadenaria estrechamente á la voluntad general del mayor número.

Si en lugar de todos los diversos poderes que sujetan y retardan sin término el vuelo de la razon individual, sustituyesen los pueblos democráticos el poder absoluto de una mayoría, el mal no habria hecho sino cambiar de carácter. Los hombres no habrian encontrado los medios de vivir independientes; habrian solamente descubierto, cosa difícil, una nueva fisonomía de la esclavitud. Esto es en lo que se debe hacer reflexionar profundamente á aquellos que ven en la libertad de la inteligencia una cosa santa, y que no solo odian al déspota sino al despotismo. En cuanto á mí, cuando siento que la mano del poder pesa sobre mi frente, poco me importa saber quién me oprime, y por cierto que no me hallo mas dispuesto á poner mi cabeza bajo el yugo porque me lo presenten un millon de brazos.

CAPÍTULO III.

Por qué los americanos muestran mas aptitud y gusto por las ideas generales que sus padres los ingleses.

Dios, en lo general, no se ocupa de la especie humana. Él ve de un solo golpe y con separacion todos los seres de que se compone la humanidad, y descubre en cada uno de ellos las semejanzas que lo unen á los demas, y las diferencias que lo aislan.

Dios no tiene, por tanto, necesidad de ideas generales, es decir, que no necesita unir bajo la misma forma un gran número de objetos análogos para ocuparse de ellos con facilidad.

No sucede así al hombre : si el entendimiento humano pretendiese examinar y juzgar individualmente todos los casos particulares que llaman su atención , se perdería al momento entre la inmensidad de detalles, y no vería nada : en tal situación ha tenido que recurrir á un método imperfecto, pero necesario, que prueba su debilidad y que le ayuda.

Después de haber considerado superficialmente un conjunto de objetos, y observado su semejanza, les da á todos un mismo nombre, los separa y prosigue su ruta.

Las ideas generales no demuestran, pues, la fuerza de la inteligencia humana, sino mas bien su incapacidad, porque no existen cosas exactamente iguales en la naturaleza, hechos idénticos, ni reglas aplicables indistintamente y del mismo modo á muchos objetos á la vez.

Lo que tienen de raro las ideas generales, es que permiten al espíritu humano juzgar rápidamente sobre un gran número de objetos á la vez ; pero por otro lado, no le suministran sino nociones incompletas, haciéndole perder siempre en exactitud lo que le dan en estension.

A medida que las sociedades envejecen, adquieren el conocimiento de hechos nuevos, y casi sin sentirlo se apropian diariamente algunas verdades particulares.

A proporción que el hombre adquiere mas ideas de esta especie, se dispone naturalmente á concebir un mayor número de ideas generales. No es posible ver una multitud de hechos particulares separadamente sin descubrir al fin el lazo comun que los une. Muchos individuos hacen que se conozca la especie ; muchas especies conducen por necesidad á la idea del género. El hábito' y el gusto de las ideas generales serán tanto mayores en un pueblo, cuanto mas antiguas y mas numerosas sean sus luces.

Pero hai otras razones todavía que incitan al hombre á generalizar sus ideas ó á alejarle de ellas.

Los americanos hacen uso mas frecuentemente de las ideas generales que los ingleses, y tambien se complacen mas en ellas ; lo cual parece mui singular á primera vista, si se considera que estos dos pueblos tienen un mismo origen, que han vivido durante muchos siglos bajo las mismas leyes, y que se comunican sin cesar sus opiniones y sus costumbres. El contraste parece aun mas patente cuando se fija la vista en Europa y se comparan entre si los dos pueblos mas ilustrados que la habitan.

Se dirá que entre los ingleses el espíritu humano no se aparta sino con pesar y con dolor de la con-

templacion de los hechos particulares, para remontarse de allí á las causas, y que él no generaliza sino á despecho de sí mismo.

Parece, al contrario, que entre nosotros el gusto por las ideas generales ha llegado á ser una pasion desenfadada que es necesario satisfacer á cada paso. Yo veo que todos los dias se descubren leyes generales y eternas de que ántes jamas se ha oido hablar. No hai escritor, por mediano que sea, á quien baste para su ensayo el descubrir verdades aplicables á un gran reino, y que no quede descontento de sí mismo si no ha podido encerrar en su asunto á todo el género humano.

Tal diferencia entre estos dos pueblos ilustrados me asombra. Si vuelvo, en fin, la vista hácia Inglaterra y observo lo que pasa en su seno de cuarenta años á esta parte, creo poder afirmar que el gusto por las ideas generales se desenvuelve á medida que la antigua constitucion del país pierde su vigor.

El estado mas ó ménos avanzado de luces no basta por sí solo para explicar qué es lo que sugiere al espíritu humano el amor de las ideas generales, y lo que lo desvía de ellas.

Cuando las condiciones son mui desiguales, y las desigualdades son permanentes, los individuos se hacen poco á poco tan desemejantes, que se di-

ria que hai tantas humanidades distintas como clases; nunca se descubre á la vez sino una sola, y perdiendo de vista el lazo general que las une todas en el vasto seno del género humano, no se alcanza á ver sino ciertos hombres, y no el hombre.

Los que viven en estas sociedades aristocráticas, jamas conciben ideas mui generales relativas á sí mismos, y esto basta para darles una desconfianza habitual y un disgusto natural por ellas.

El hombre que habita en países democráticos, no descubre cerca de él sino entes poco mas ó ménos semejantes: no puede ocuparse de una parte cualquiera de la especie humana, sin que su discurso se estienda hasta abrazar el conjunto. Todas las verdades que son aplicables á él mismo, le parecen aplicarse igualmente y del propio modo á cada uno de sus conciudadanos y semejantes. Habiendo contraído el hábito de las ideas generales en el estudio que mas le ocupa y le interesa, lo sigue en todos los otros; y así es que la necesidad de descubrir reglas comunes en todas las cosas, de encerrar un gran número de objetos bajo una misma forma, y de explicar un conjunto de hechos por una sola causa, llega á ser una pasion ardiente y frecuentemente ciega del género humano.

Nada muestra mejor la verdad de lo que pre-

cede que las opiniones de la antigüedad con respecto á los esclavos.

Los ingenios mas profundos y vastos de Roma y de la Grecia no pudieron llegar jamas á esta idea tan general, y al mismo tiempo tan sencilla, de la semejanza de los hombres, y del derecho igual que al nacer tiene cada uno á la libertad; y aun se esforzaron en probar que la esclavitud estaba en la naturaleza y que existiria siempre. Mas diré, y es que todo indica que aun los antiguos que de la clase de esclavos pasaron á ser libres, muchos de los cuales nos han dejado excelentes escritos, consideraban la esclavitud bajo este mismo punto de vista.

Todos los grandes escritores de la antigüedad participaban de la aristocracia de sus maestros ó á lo ménos la veian establecida sin hacer reparo alguno: su espíritu, despues de estenderse por muchos lados, se encontró limitado de este, y fué preciso que Jesuero viniese al mundo para hacer comprender que todos los miembros de la especie humana eran naturalmente iguales y semejantes.

En los siglos de igualdad todos los hombres son independientes unos de otros, aislados y débiles; no se ve ninguno, cuya voluntad dirija de una manera permanente los movimientos de la multitud; en tales tiempos la humanidad parece que

marcha siempre por sí sola. Para explicar lo que pasa en el mundo, es preciso recurrir á algunas grandes causas, que obrando del mismo modo sobre cada uno de nuestros semejantes, los conduce así á seguir todos una misma senda. Esto dirige naturalmente el espíritu humano á concebir ideas generales y á gustar de ellas.

He demostrado que la igualdad de las condiciones inclina á cada uno á buscar la verdad por sí mismo. Es fácil conocer que un método semejante guia insensiblemente el espíritu humano hácia las ideas generales. Cuando yo dejo á un lado las tradiciones de clase, de profesion y de familia, y abandono el imperio del ejemplo para buscar por solo el esfuerzo de mi razon la via que debe seguirse, me inclino á sacar la causa de mis opiniones de la naturaleza misma del hombre; lo cual me conduce necesariamente, y casi sin notarlo, hácia un gran número de nociones mui generales.

Todo lo que precede acaba de explicar por qué los ingleses muestran ménos aptitud y gusto por la generalizacion de las ideas, que sus hijos los americanos, y sobre todo que sus vecinos los franceses; y por qué los ingleses de nuestros dias muestran mas de la que manifestaron sus padres.

Los ingleses han sido por largo espacio un pueblo ilustrado, y al mismo tiempo mui aristocrático;

sus luces les daban sin cesar una tendencia hácia las ideas mui generales, y sus hábitos aristocráticos los retenian en las ideas mui particulares. De aquí nace esta filosofía á la vez audaz y tímida, amplia y estrecha que ha dominado hasta ahora en Inglaterra, y que conserva aun tantos espíritus oprimidos é inmóviles.

Independientemente de las causas que he señalado arriba, se encuentran otras todavía, ménos aparentes, pero no ménos eficaces, que producen en casi todos los pueblos democráticos, el gusto y aun la pasión por las ideas generales.

Es necesario distinguir entre estas clases de ideas. Hai unas que son el resultado de un trabajo lento y minucioso de la inteligencia, y estas ensanchan la esfera de los conocimientos humanos. Otras que nacen fácilmente de un primero y rápido esfuerzo del espíritu, y no dan sino nociones mui superficiales é inciertas.

Los hombres que viven en los siglos democráticos son mui curiosos, pero tienen poco descanso: su vida es tan laboriosa, tan agitada, tan activa y complicada, que les deja poco tiempo para pensar. Ellos aman las ideas generales porque les dispensan el estudio de los casos particulares, conteniendo, si puedo explicarme así, muchas cosas bajo un pequeño volúmen, y ofreciendo en poco tiempo

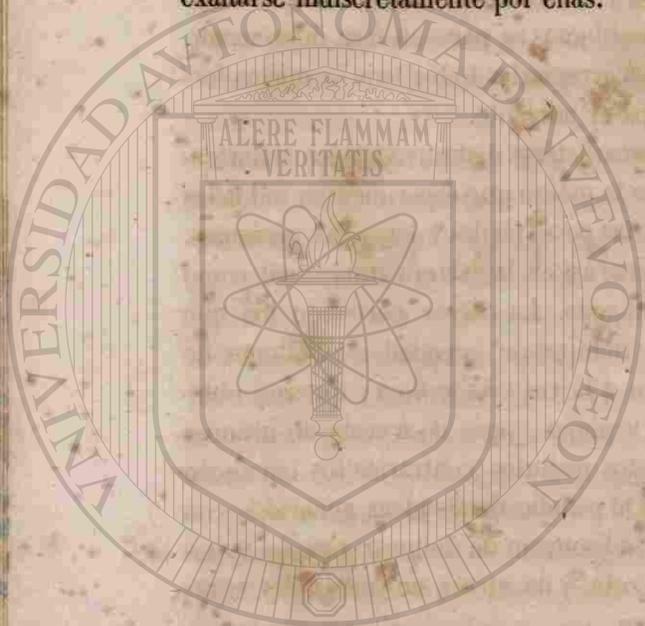
un gran producto. Cuando despues de un exámen corto y descuidado, creen descubrir una relacion comun entre ciertos objetos, no llevan mas léjos su investigacion, y sin examinar detalladamente cómo estos diversos objetos se parecen ó se diferencian, se apresuran á arreglarlos todos bajo la misma forma á fin de pasar adelante.

Uno de los caracteres distintivos de los siglos democráticos es la pasión que experimentan todos los hombres por las cosas fáciles y los goces presentes. Esto se advierte así en la carrera intelectual como en todas las demas. La mayor parte de los que viven en los tiempos de igualdad están llenos de una ambicion á la vez viva y floja; quieren obtener grandes ventajas, pero no á costa de grandes esfuerzos. Estos instintos contrarios los conducen directamente al estudio de las ideas generales, con cuyo auxilio se lisonjean de delinear vastos objetos á mui poca costa, y de atraer sin trabajo las miradas del público.

No sé si hacen mal en pensar así, porque sus lectores aborrecen tanto como ellos el profundizar, y no buscan de ordinario en los trabajos del entendimiento, sino placeres fáciles é instruccion sin fatiga.

Si las naciones aristocráticas no hacen bastante uso de las ideas generales, ó mas bien las miran

con un desprecio inconsiderado, los pueblos democráticos se hallan por el contrario dispuestos siempre á abusar de esta especie de ideas, y á exaltarse indiscretamente por ellas.



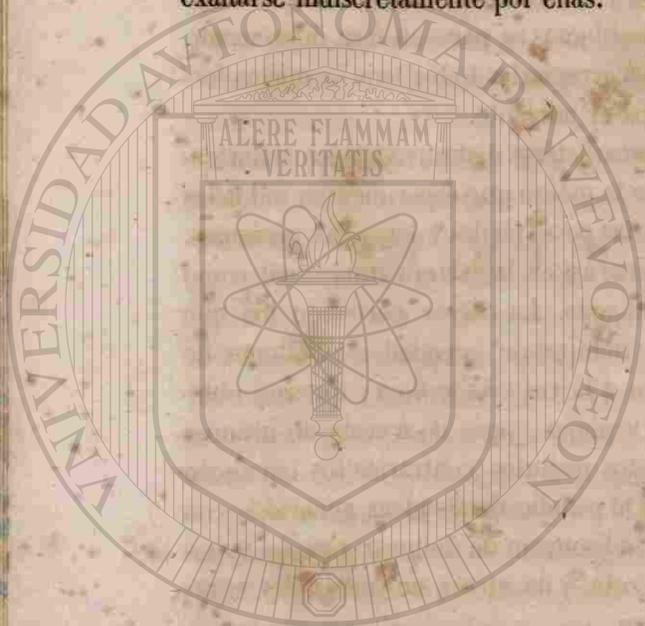
CAPÍTULO IV.

Por qué los americanos no han sido jamás tan apasionados como los franceses por las ideas generales en materias políticas.

He dicho anteriormente que los americanos muestran por las ideas generales un gusto ménos vivo que los franceses; y esto es cierto principalmente respecto de las ideas generales en política.

Aunque los americanos hagan entrar en su legislación infinitamente más ideas generales que los ingleses, y se ocupen más que estos en acomodar las prácticas á la teórica en los negocios humanos, nunca se han visto en los Estados-Unidos cuerpos

con un desprecio inconsiderado, los pueblos democráticos se hallan por el contrario dispuestos siempre á abusar de esta especie de ideas, y á exaltarse indiscretamente por ellas.



CAPÍTULO IV.

Por qué los americanos no han sido jamás tan apasionados como los franceses por las ideas generales en materias políticas.

He dicho anteriormente que los americanos muestran por las ideas generales un gusto ménos vivo que los franceses; y esto es cierto principalmente respecto de las ideas generales en política.

Aunque los americanos hagan entrar en su legislación infinitamente más ideas generales que los ingleses, y se ocupen más que estos en acomodar las prácticas á la teórica en los negocios humanos, nunca se han visto en los Estados-Unidos cuerpos

políticos tan decididos por las ideas generales como lo fueron entre nosotros la Asamblea Constituyente y la Convencion; nunca se ha apasionado la nacion americana toda entera por estas ideas del modo que lo hizo el pueblo frances del siglo xviii, ni ha mostrado jamas aquella fe tan ciega en la exactitud y verdad de ninguna teoría.

Esta diferencia entre nosotros y los americanos proviene de varias causas, y principalmente de las que ahora voi á espresar.

Los americanos forman un pueblo democrático que ha dirigido siempre por sí mismo los negocios públicos; y nosotros un pueblo democrático que por mucho tiempo no ha podido hacer otra cosa que pensar en la mejor manera de conducirlos.

Nuestro estado social nos hacia ya concebir ideas mui generales en materia de gobierno, cuando nuestra constitucion política nos impedia aun rectificar estas ideas por la práctica y descubrir poco á poco su insuficiencia; miéntras que entre los americanos estas dos cosas se equilibran y se corrigen naturalmente.

A primera vista parece que esto se opone á lo que he dicho anteriormente, de que los pueblos democráticos adquirian en las agitaciones mismas de su vida práctica el afecto que muestran por las

teorías. Un exámen detenido prueba que no hai en esto contradiccion.

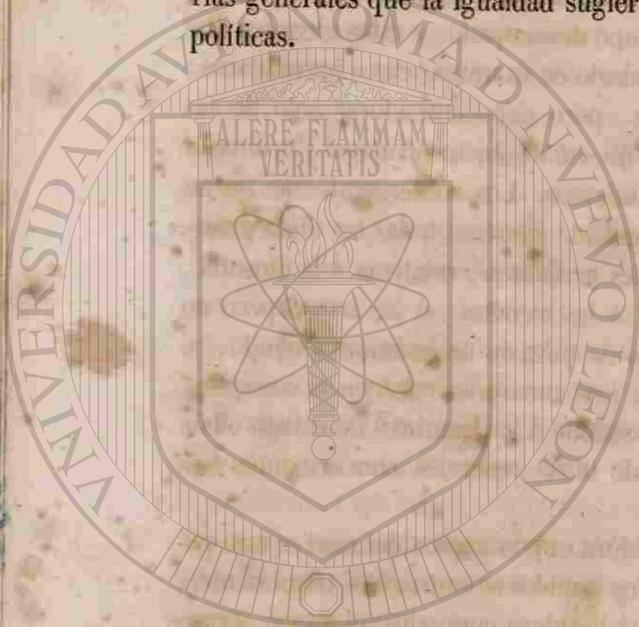
Los hombres que viven en los paises democráticos aman mucho las ideas generales, porque tienen poco tiempo desocupado, y estas ideas les dispensan de perderlo en examinar casos particulares: esto es cierto, pero debe entenderse solo de las materias que no son el objeto principal y ordinario de sus pensamientos. Los comerciantes acogerán pronto y sin grande atencion todas las ideas generales que se les presenten, relativas á la filosofía, á la política, á las ciencias y á las artes; pero no recibirán sino despues de un exámen detenido, ni admitirán sin precaucion las relativas al comercio.

Lo mismo sucede á los hombres de estado cuando se trata de ideas generales concernientes á la política.

Cuando hai un objeto acerca del cual es mui peligroso que los pueblos se entreguen ciegamente y con extremo á las ideas generales, el mejor correctivo que puede emplearse es hacer que se ocupen todos los dias de un modo práctico de ese mismo objeto: para ello necesariamente han de entrar en los detalles, y los detalles les harán conocer los defectos de la teoría.

El remedio es casi siempre doloroso, pero su efecto es seguro.

Así es como las instituciones democráticas que obligan á cada ciudadano á ocuparse prácticamente del gobierno, moderan el gusto escesivo por las teorías generales que la igualdad sugiere en materias políticas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

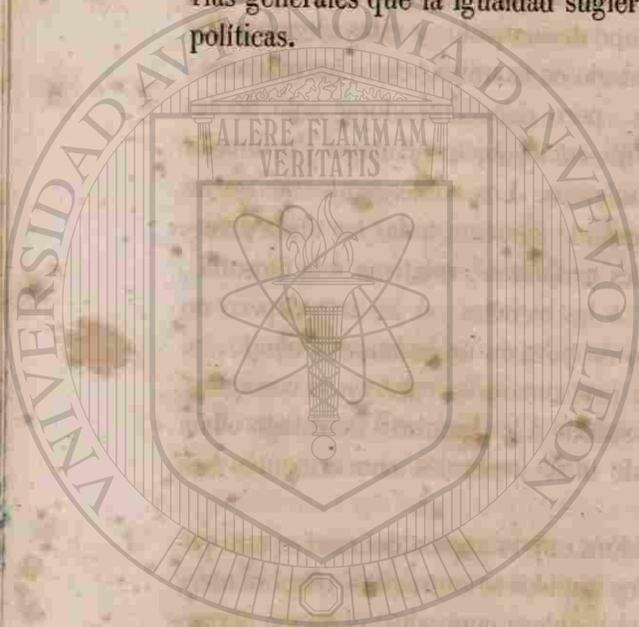
CAPÍTULO V.

De qué manera sabe servirse la religion en los Estados-Unidos de los sentimientos democráticos.

He establecido en uno de los capítulos precedentes que los hombres necesitan de creencias dogmáticas, y que aun debia desearse mucho que las tuviesen. Añado ahora aquí que las creencias dogmáticas en materia de religion son las que mas convienen; lo cual se deduce fácilmente, aun en la hipótesis de que no se quiera fijar la atencion sino en los intereses de este mundo.

No hai casi ninguna accion humana, por particular que se suponga, que no proceda de una idea

Así es como las instituciones democráticas que obligan á cada ciudadano á ocuparse prácticamente del gobierno, moderan el gusto escesivo por las teorías generales que la igualdad sugiere en materias políticas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

De qué manera sabe servirse la religion en los Estados-Unidos de los sentimientos democráticos.

He establecido en uno de los capítulos precedentes que los hombres necesitan de creencias dogmáticas, y que aun debia desearse mucho que las tuviesen. Añado ahora aquí que las creencias dogmáticas en materia de religion son las que mas convienen; lo cual se deduce fácilmente, aun en la hipótesis de que no se quiera fijar la atencion sino en los intereses de este mundo.

No hai casi ninguna accion humana, por particular que se suponga, que no proceda de una idea

general que los hombres han concebido de Dios, de sus relaciones con el género humano, de la naturaleza de su alma y de sus deberes para con sus semejantes. Estas ideas no pueden dejar de ser el origen común de donde emanan todas las demás.

Los hombres tienen un grande interés en concebir ideas fijas acerca de Dios, del alma y de los deberes generales para con su Criador y sus semejantes; pues la duda sobre estos puntos principales abandonaría á la aventura todas sus acciones, y las condenaría en cierto modo al desorden y á la impotencia.

Es pues muy importante que sobre esta materia cada uno de nosotros tenga ideas fijas, y desgraciadamente es en la que con mas dificultad puede uno, entregado á sí mismo y por solo el esfuerzo de su razón, llegar á fijarlas.

Solo los espíritus exentos de las preocupaciones ordinarias de la vida, penetrantes, sutiles y muy ejercitados pueden á fuerza de tiempo y de trabajo profundizar hasta estas verdades tan importantes.

Pero aun con todo vemos que esos mismos filósofos se hallan casi siempre rodeados de incertidumbres; que á cada paso la luz natural que los guía se oscurece y amenaza apagarse, y que á pesar de todos sus esfuerzos no han podido descubrir sino un pequeño número de nociones contra-

dictorias, en medio de las cuales el espíritu humano fluctúa constantemente despues de muchos miles de años, sin poder descubrir la verdad, ni siquiera encontrar nuevos errores. Semejantes estudios están fuera de los alcances de la mediana inteligencia de los hombres; y aunque la mayor parte fueran capaces de entregarse á ellos, es evidente que no tendrían el tiempo necesario.

La práctica diaria de la vida necesita indispensablemente de ideas fijas acerca de Dios y de la naturaleza humana; pero esa misma práctica impide á los hombres el poderlas adquirir.

Hé aquí una cosa rara. Entre las ciencias hai algunas útiles á la multitud y que están á su alcance; otras lo están solo al de pocas personas, y no se cultivan por la mayoría, que no tiene necesidad sino de sus aplicaciones mas remotas; pero la práctica diaria de esta es indispensable á todos, aunque su estudio sea inaccesible á la mayor parte.

Las ideas generales relativas á Dios y á la naturaleza humana son, pues, entre todas las que mas conviene sustraer á la acción continua del juicio individual, y en las que puede ganarse mucho y perderse poco reconociendo una autoridad.

El primer objeto, y una de las principales ventajas de la religion, es dar á cada una de estas

cuestiones primordiales una solución clara, precisa, inteligible y muy durable para la multitud.

Hai religiones falsas y muy absurdas; sin embargo puede decirse que toda aquella que permanece en el círculo que acabo de indicar sin pretender salir de él, como muchas lo han intentado, para detener el vuelo del espíritu humano, impone un yugo saludable á la inteligencia; y es preciso reconocer que si no salva á los hombres en el otro mundo, á lo ménos es muy útil para su felicidad y su grandeza en este: lo cual es principalmente cierto en cuanto á los hombres que viven en países libres.

Cuando la religion se destruye en un pueblo, la duda se ampara de las posiciones mas altas de la inteligencia y medio paraliza todas las otras. Cada uno se habitúa á tener nociones variables y confusas sobre las materias que mas interesan á sus semejantes y á sí mismo; defiende mal sus opiniones ó las abandona; y como se siente incapaz de resolver por sí solo los mayores problemas que el destino humano presenta, se reduce cobardemente á no pensar en ellos.

Semejante estado no puede ménos de debilitar las almas, de aflojar los resortes de la voluntad y de preparar los ciudadanos á la esclavitud.

No solo acontece entonces que ellos se dejen

usurpar su libertad; sino que aun con frecuencia la abandonan.

Cuando no existe ninguna autoridad, así en materia de religion como en política, los hombres se asustan luego al aspecto de una independencia sin límites. La perpetua agitacion en todas las cosas los inquieta y fatiga. Como todo se conmueve en la region de las inteligencias, quieren á lo ménos que todo sea firme y estable en el orden material, y no pudiendo recuperar sus antiguas creencias, establecen una autoridad.

En cuanto á mí, dudo que el hombre pueda alguna vez soportar á un mismo tiempo una completa independencia religiosa, y una entera libertad política; y me inclino á pensar que si no tiene fe, es preciso que sirva, y si es libre que crea.

No sé, sin embargo, si esta grande utilidad de las religiones no es mas visible todavía en un pueblo donde las condiciones son iguales que en todos los otros.

Es necesario reconocer que la igualdad que introduce tantos bienes en el mundo, sugiere tambien, como se demostrará despues, ideas muy peligrosas; pues tiende á separar los hombres unos de otros, de modo que no se ocupe cada uno sino de sí mismo, y abre en su alma un vasto campo al deseo desmedido de los goces materiales.

La principal ventaja de las religiones es la de inspirar ideas del todo contrarias. No hai religion que no coloque el objeto de los deseos del hombre mas allá de los bienes terrestres, y que no eleve naturalmente su alma á regiones superiores á las de los sentidos. No la hai tampoco que no imponga á cada uno deberes, cualesquiera que sean, hácia la especie humana, ó comunes á ella, y que no le saque así de tiempo en tiempo de la contemplacion de sí mismo. Esto se ve aun en las religiones mas falsas y peligrosas.

Los pueblos religiosos son, pues, precisamente fuertes en el punto en que los pueblos democráticos son débiles: lo cual hace ver cuán importante es que los hombres conserven su religion al hacerse iguales.

Yo no tengo ni el derecho ni la voluntad de examinar los medios sobrenaturales de que Dios se sirve para establecer una creencia religiosa en el corazon del hombre. Ni considero en este momento las religiones sino bajo un punto de vista puramente humano; pues mi objeto es averiguar de qué manera pueden ellas mas fácilmente conservar su imperio en los siglos democráticos en que ahora entramos.

He hecho ver que en los siglos de luces y de igualdad, el espíritu humano no consentia sino con

pesar, en recibir creencias dogmáticas, y que si sentia vivamente la necesidad de ellas, era solo en materia de religion. Esto indica desde luego, que en tales siglos, las religiones deben contenerse con circunspeccion dentro de los limites que les son propios, y no tratar de salir de ellos; porque queriendo estender su poder mas allá de las materias religiosas, se esponen á no ser creidas en ningun punto. Deben, pues, trazar con cuidado el círculo en que pretenden contener al espíritu humano, y fuera de él, dejarlo enteramente libre y abandonarlo á sí mismo.

Mahoma hizo bajar del cielo y colocó en el Alcoran, no solamente doctrinas religiosas, sino máximas políticas, leyes civiles y criminales, y teorías científicas. El Evangelio al contrario no habla sino de relaciones generales de los hombres con Dios y entre sí: fuera de esto, nada enseña, y nada obliga á creer. Entre muchas otras razones, basta esta para probar que la primera de las dos religiones no puede dominar largo tiempo, en épocas de luces y de democracia, mientras que la segunda está destinada á reinar en estos, como en cualesquiera otros siglos.

Si llevo mas adelante esta misma investigacion, hallo que para que las religiones puedan, humanamente hablando, mantenerse en los tiempos demo-

cráticos, no basta que se encierren cuidadosamente en el círculo de las materias religiosas, sino que su poder depende en gran parte de la naturaleza de las creencias que profesen, de las formas exteriores que adopten y de las obligaciones que impongan.

Lo que he dicho antes de que la igualdad conduce á los hombres á ideas mui generales y vastas, debe entenderse principalmente en materias de religion. Los hombres iguales y semejantes conciben con facilidad la idea de un solo Dios, imponiendo á cada uno de ellos las mismas reglas y concediéndoles la felicidad futura al mismo precio. La unidad del género humano los conduce incesantemente á la idea de la unidad del Criador; mientras que los hombres mui separados unos de otros, y mui desemejantes, conciben tantas divinidades como hai pueblos, castas, clases y familias, y trazan mil caminos particulares para ir al cielo.

No puede negarse que aun el cristianismo ha sufrido en cierto modo esta influencia que ejerce el estado social y político en las creencias religiosas.

Cuando la religion cristiana apareció sobre la tierra, la Providencia, que sin duda preparaba el mundo para su llegada, habia reunido una gran parte de la especie humana como un inmenso rebaño, bajo el cetro de los Césares. Los hombres que componian esta multitud diferian mucho unos

de otros, pero estaban de acuerdo en un punto principal, cual era el de obedecer las mismas leyes; y cada uno de ellos era tan débil y tan pequeño relativamente á la grandeza del príncipe, que parecian todos iguales cuando se le comparaban.

Es preciso reconocer que este estado nuevo y particular de la humanidad debió disponer á los hombres á recibir las verdades generales que el cristianismo enseña, y sirve para esplicar el modo rápido y fácil con que penetró entónces este en el espíritu humano.

La segunda prueba se hizo despues de la destruccion del imperio.

El mundo romano, habiéndose entónces deshecho en mil pedazos, volvió cada nacion á su individualidad primitiva. Bien pronto, en el interior de estas naciones mismas se graduaron las clases hasta el infinito; se señalaron las razas, y las castas dividieron cada nacion en muchos pueblos. En medio de este esfuerzo comun que parecia conducir las sociedades humanas á subdividirse en tantos fragmentos como era posible concebir, el cristianismo no perdió de vista las principales ideas que habia sacado á luz; pero pareció, sin embargo, prestarse tanto como de él dependia á las nuevas tendencias que las fracciones de la especie humana hacian na-

cer. Los hombres continuaron adorando á un solo Dios, creador y conservador de todas las cosas; pero cada pueblo, cada ciudad, y por decirlo así, cada hombre creyó poder obtener algun privilegio aparte, y crearse protectores particulares cerca de su soberano dueño. No pudiendo repartirse la Divinidad, se acrecieron por lo ménos y se multiplicaron sin término sus agentes; el homenaje debido á los ángeles y á los santos vino á ser para los cristianos un culto casi idólatra, y aun se pudo temer por un momento que la religion cristiana retrogradase hácia las otras que ella habia vencido.

Es evidente que á proporción que desaparecen las barreras que separan á las naciones en el seno de la humanidad y á los ciudadanos en el interior de los pueblos, el espíritu humano se dirige, como por sí, hácia la idea de un ser único y todo poderoso que gobierna igualmente y con las mismas leyes á todos los hombres. Por esto conviene particularmente en los siglos de democracia, distinguir el homenaje que se rinde á los agentes secundarios, del culto debido al Criador.

Otra cosa me parece tambien evidente, y es que en los siglos democráticos las religiones deben sujetarse ménos que en los demas, á las prácticas exteriores.

Al hablar del método filosófico de los america-

nos hice ya ver que nada choca tanto al espíritu humano en épocas de igualdad, como la idea de someterse á fórmulas. Los hombres de tales tiempos sufren con impaciencia las figuras; los símbolos les parecen artificios pueriles de que se valen para encubrir ó disfrazar á sus ojos las verdades que seria mas natural presentar al mundo con sencillez y claridad: miran con indiferencia la práctica de las ceremonias, y propenden naturalmente á dar una importancia secundaria á los detalles del culto.

Los encargados de arreglar la forma exterior de las religiones en los siglos democráticos, deben fijar su atención en estos instintos naturales de la inteligencia humana, para no esponerse á luchar contra ellos sin necesidad.

Estoi firmemente persuadido de la conveniencia de las formas; sé que ellas fijan el espíritu humano en la contemplacion de las verdades abstractas, y ayudándolo á comprenderlas bien, se las hacen abrazar con ardor. No me figuro que se pueda mantener una religion sin prácticas exteriores; pero por otra parte pienso que en los siglos á que nosotros nos dirigimos, seria mui arriesgado multiplicarlas sin medida; que conviene mas bien disminuirlas, y que solo se debe conservar lo que es absolutamente indispensable para la perpetuidad

del dogma mismo, sustancia de las religiones (1) cuyo culto no es sino la forma. Una religion mas minuciosa, mas inflexible y mas llena de observancias, al tiempo mismo en que los hombres van haciéndose mas iguales, no tardaria en verse reducida á un tropel de celadores apasionados en medio de una multitud incrédula.

Si se me dice que las religiones, teniendo todas por objeto verdades generales y eternas, no pueden doblarse así á los instintos móviles de cada siglo, sin perder á los ojos de los hombres los caracteres de la verdad, responderé de nuevo á esto, que es preciso distinguir cuidadosamente las opiniones principales que constituyen una creencia, y que forman lo que los teólogos llaman artículos de fe, de las nociones accesorias que las acompañan. Las religiones deben mantener firmes las primeras, cualquiera que sea el genio particular del siglo; pero no unirse del mismo modo á las segundas en los tiempos en que todo cambia continuamente de lugar, y cuando el espíritu, acostumbrado al es-

(1) En todas las religiones hai ceremonias que son inherentes á la sustancia misma de la creencia, y á las cuales es necesario no cambiar nunca nada. Esto se ve sobre todo en el catolicismo, en donde con frecuencia la forma y el fondo se hallan tan estrechamente unidos, que no hacen sino un solo objeto.

pectáculo variable de las cosas humanas, apenas puede sufrir que se le fije. La inmovilidad en las cosas exteriores y secundarias no me parece una dicha estable, sino cuando la misma sociedad civil es inmóvil: fuera de este caso, creo que es mui peligrosa.

Ya veremos que entre todas las pasiones que la igualdad hace nacer ó favorece, hai una particularmente viva, que ella deposita en el corazon de todos los hombres; esta es el amor del bienestar. El gusto del bienestar es como el carácter distintivo é indeleble de los tiempos democráticos.

Es de creer que una religion que tratase de destruir esta pasion, seria al fin destruida por ella; si quisiese separar del todo á los hombres de la contemplacion de los bienes de este mundo, para reducirlos á pensar únicamente en los del otro, se puede prever que las almas huirian de sus manos para encenagarse solo en los goces materiales y presentes.

El principal objeto de las religiones es purificar, arreglar y restringir el deseo ardiente y demasiado exclusivo del bienestar, que sienten los hombres en los siglos de igualdad; pero creo que harian mal en tratar de sujetarlo enteramente y destruirlo. Nunca conseguirán separar á los hombres del amor de las riquezas; pero bien pueden per-

suadirles á no enriquecerse sino por medios decorosos y honrados.

Esto me lleva hácia una consideracion que, en cierto modo, comprende todas las otras. A medida que los hombres se hacen mas semejantes é iguales, conviene que las religiones, desviándose cuidadosamente del movimiento diario de los negocios, no choquen sin necesidad con las ideas generalmente admitidas y los intereses permanentes que reinan en la multitud; porque la opinion comun aparece siempre como el primero y mas irresistible de los poderes, y no hai fuera de estos tan fuerte apoyo, que permita resistir largo tiempo á sus golpes; principio tan aplicable á un pueblo democrático sometido á un déspota, como á una república. En los siglos de igualdad los reyes hacen á veces obedecer, pero siempre es la mayoría la que hace creer: á la mayoría es, pues, á quien se ha de tratar de complacer en todo lo que no sea contrario á la fe.

He dicho en mi primera obra que los sacerdotes americanos se alejan de los negocios públicos. Este es el ejemplo mas brillante, pero no el único, de su moderacion. En América es la religion un mundo aparte en donde el clérigo reina; pero de donde tiene buen cuidado de no salir nunca: dentro de sus límites él conduce la inteligencia; fuera de

ellos, deja á los hombres entregados á sí mismos, y los abandona á la independenciancia y á la inconstancia propias de su naturaleza y del siglo. No he visto país en donde el cristianismo esté ménos rodeado de fórmulas, de prácticas y de figuras que en los Estados-Unidos, ni tampoco donde presente ideas mas puras, simples y generales al espíritu humano. Aunque los cristianos de América se dividan en una multitud de sectas, todos consideran su religion bajo este mismo punto de vista; pudiendo esto aplicarse al catolicismo igualmente que á las otras creencias. No hai clérigos católicos que manifiesten ménos gusto por las pequeñas observancias individuales, los métodos particulares y extraordinarios de conseguir la salvacion, ni que se adhieran mas al espíritu de la lei y ménos á su letra, que los de los Estados-Unidos: en ninguna parte se enseña con mas claridad, ni se sigue mejor la doctrina de la iglesia, que prohibe dar á los santos el culto que debe reservarse solo á Dios. Con todo eso, los católicos de América son mui sumisos y sinceros.

Otra observacion es aplicable al clero de todas las comuniones; los clérigos americanos no pretenden atraer ni fijar toda la atencion del hombre hácia la vida futura; sino que abândonan voluntariamente una parte de su corazon á los cuidados de la

presente, y se diría que consideran los bienes del mundo como objetos importantes, aunque secundarios: si no se asocian á la industria, se interesan á lo ménos en sus progresos y los aplauden, y mostrando constantemente á los fieles el otro mundo como el gran objeto de sus temores y de sus esperanzas, nunca les prohíben el que busquen honradamente el bienestar del presente. Léjos de querer probar que estas dos cosas se dividen y son contrarias, se aplican mas bien á encontrar el punto por donde se tocan y se enlazan.

Todos los clérigos americanos conocen el imperio intelectual que ejerce la mayoría, y le respetan, no sosteniendo jamas contra ella sino luchas necesarias. Ellos no se mezclan en las contiendas de los partidos, sino que adoptan gustosos las opiniones generales de su país y de su tiempo, y siguen sin dificultad la corriente de sentimientos y de ideas que arrastran tras de sí todas las cosas: se esfuerzan en corregir á sus contemporáneos, pero no se separan de ellos. Jamas la opinion pública es su enemiga: ella los sostiene mas bien y los protege, y sus creencias reinan á la vez por las fuerzas que les son propias y por las que les presta la mayoría.

De este modo, la religion, respetando todos los

instintos democráticos que le son favorables, y auxiliada por muchos de ellos, viene á luchar con ventaja contra el espíritu de independencia individual, que es el mas peligroso para ella.



CAPÍTULO VI.

Del progreso del Catolicismo en los Estados-Unidos.

La América es el país mas democrático de la tierra, y al mismo tiempo aquel en donde segun las relaciones mas fidedignas, hace la religion católica mas progresos; lo cual no deja de sorprender á primera vista.

Es preciso distinguir dos cosas : la igualdad dispone á los hombres á querer juzgar por sí mismos, pero por otro lado les da la idea y el deseo de someterse á un poder social único, sencillo é igual para todos. Los hombres que viven en los siglos

democráticos son por esta razón muy inclinados á sustraerse de toda autoridad religiosa. Pero si consenten en someterse á alguna, quieren á lo ménos que sea única y uniforme : los poderes religiosos que no vayan todos á parar á un mismo centro, chocan naturalmente á su inteligencia, y entónces tan fácil les es concebir que no hai ninguna religion, como que haya muchas.

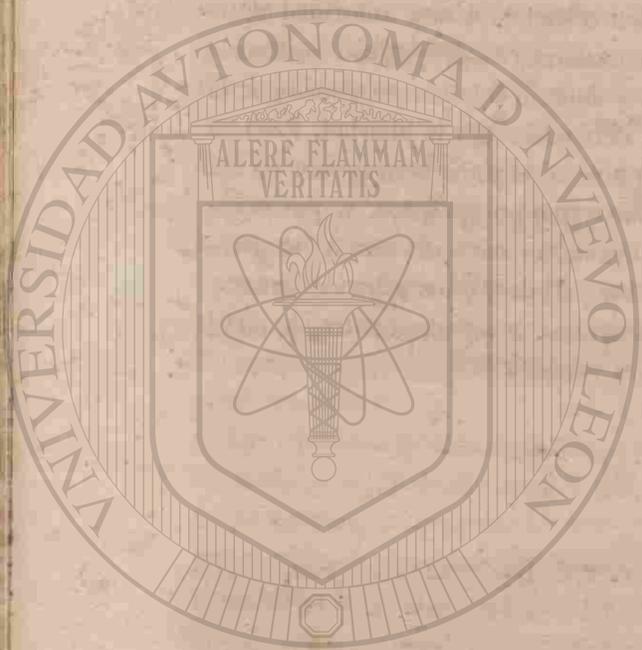
Ahora mas que nunca vemos católicos que se hacen incrédulos, y protestantes que se hacen católicos. Si se considera interiormente el catolicismo, parece que pierde ; y si miramos fuera de él, se observa por el contrario que gana. Todo esto puede explicarse.

Los hombres en este siglo son poco dispuestos á creer ; pero desde que tienen una religion, encuentran en si mismos un instinto oculto que, sin saberlo, los impele hácia el catolicismo. Muchas de las doctrinas y usos de la iglesia romana les causan extrañeza ; pero admiran en secreto su gobierno, y los atrae su grande unidad.

Si el catolicismo consiguiese sustraerse á los odios políticos que hace nacer, no dudo que el mismo espíritu del siglo, que le parece tan contrario, vendria á serle muy favorable, y aun haria de repente grandes conquistas.

Una de las debilidades mas familiares á la inte-

ligencia humana, es la de querer conciliar principios contrarios y comprar la paz á espensas de la lógica. Ha habido y habrá siempre hombres que despues de haber sometido á una autoridad algunas de sus creencias religiosas, querrán sustraerle otras muchas, y dejarán fluctuar su espíritu á la aventura entre la obediencia y la libertad. Pero yo pienso que el número de estos será menor en los siglos democráticos que en los otros, y que nuestros nietos se inclinarán cada vez mas á no dividirse sino en dos partidos, unos saliendo enteramente del cristianismo, y los otros entrando en el seno de la iglesia romana.



CAPÍTULO VII.

Qué es lo que inclina el espíritu de los pueblos democráticos
hacia el panteísmo.

Haré ver mas tarde de qué manera el gusto predominante de los pueblos democráticos por las ideas mui generales se encuentra tambien en la política; pero desde ahora quiero indicar su efecto principal en filosofía.

No se puede negar que el panteísmo ha hecho grandes progresos en nuestros días, y los escritos de una porcion de la Europa llevan visiblemente esta marca. Los alemanes le introducen en la filosofía y los franceses en la literatura. La mayor

parte de las obras de imaginacion que se publican en Francia, encierran algunas opiniones ó algunas pinturas tomadas de las doctrinas pantefísticas, ó dejan por lo ménos percibir en sus autores una especie de tendencia hácia estas mismas doctrinas. No creo que esto proceda solo de un accidente, sino mas bien de una causa durable.

A medida que haciéndose las condiciones mas iguales, cada hombre en particular llega á ser mas semejante á los otros, mas débil y mas pequeño, se toma la costumbre de no pensar en los ciudadanos, para considerar solo el pueblo, y se olvidan los individuos para no ocuparse sino de la especie.

En tales tiempos el espíritu humano quiere abrazar á la vez una multitud de objetos diversos, y aspira constantemente á poder deducir muchas consecuencias de una sola causa. La idea de la unidad lo domina; la busca por todas partes, y cuando cree haberla encontrado, se ensancha y se tranquiliza; no contentándose con descubrir en el mundo una sola creacion y un creador, esta primera division de las cosas le incomoda todavía, y trata de engrandecer y simplificar su pensamiento, comprendiendo á Dios y al universo en una sola idea.

Si encuentro un sistema filosófico, por el cual las cosas materiales é inmateriales, visibles é invi-

sibles que contiene el mundo, no sean consideradas mas que como las diversas partes de un ser inmenso, que solo permanece eterno en medio del cambio continuo y la trasformacion incesante de todo lo que le compone, no tendré dificultad en concluir que semejante sistema, aunque destruya la individualidad humana, ó mas bien, porque la destruye, tiene atractivos secretos para los que viven en las democracias, porque todos sus hábitos intelectuales les preparan á concebirlo, y les ponen en el caso de adoptarlo: él atrae naturalmente su imaginacion, y la fija; sustenta el orgullo de su espíritu, y lisonjea su abandono.

De los diversos sistemas con que la filosofia trata de explicar el universo, el panteismo me parece uno de los mas propios para seducir el espíritu humano en los siglos democráticos, y por esta razon todos los amantes de la verdadera grandeza del hombre, deben reunirse contra él y combatirlo.



CAPÍTULO VIII.

De qué manera la igualdad sugiere á los americanos la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre.

La igualdad sugiere á los hombres muchas ideas que no les ocurrirían sin ella, y modifica casi todas las que ellos tenían formadas. Tomo por ejemplo la idea de la perfectibilidad humana, porque es una de las principales que puede concebir la inteligencia, y la que constituye por sí sola una gran teoría filosófica, cuyas consecuencias se dejan ver á cada paso en la práctica de los negocios.

Aunque el hombre se parece en muchas cosas á los animales, hai sin embargo una circunstancia

particular, cual es la perfeccion, que le distingue de ellos, porque estos no se perfeccionan y él puede fácilmente conseguirlo. La especie humana ha reconocido desde su origen esta diferencia, y la idea de la perfectibilidad es tan antigua como el mundo; debiendo advertirse que la igualdad no es la que la ha creado, sino que ella le ha dado un carácter nuevo.

Cuando los ciudadanos están clasificados segun la calidad, la profesion y el nacimiento, y que todos se ven forzados á seguir el camino á cuya entrada los colocó la casualidad, cada uno cree ver cerca de sí los últimos límites del poder humano, y ninguno pretende luchar contra un destino inevitable. Los pueblos aristocráticos no niegan al hombre la facultad de perfeccionarse, ni la juzgan indefinida: conciben la mejora, mas no el cambio completo; se imaginan que la condicion de las sociedades puede ser mas ventajosa, pero no llegar á ser distinta, y conviniendo en que la humanidad ha hecho grandes progresos, y que puede hacer algunos todavía, la encierran desde luego dentro de ciertos límites que no pueden traspasarse. Jamas creen ellos haber llegado al soberano bien y á la verdad absoluta (porque ningun pueblo ni ningun hombre ha sido tan insensato para figurárselo nunca), mas sin embargo quieren persuadirse que han

alcanzado esa elevacion de grandeza y de saber que nuestra naturaleza imperfecta permite; y como nada se mueve al rededor de ellos, les parece que todo está en su lugar. Entónces es cuando el legislador intenta promulgar leyes eternas, cuando los pueblos y los reyes quieren levantar solo monumentos seculares y cuando la generacion presente se encarga de ahorrar á las venideras el cuidado de arreglar sus destinos.

A medida que las castas desaparecen; que se acercan las clases; que mezclándose los hombres como en tropel, varian los usos, las costumbres y las leyes; que sobrevienen hechos nuevos y salen á luz verdades recientes; que las antiguas opiniones se disipan y son reemplazadas por otras, la imágen de una perfeccion ideal y siempre fugitiva se presenta al espíritu humano, y á cada instante suceden grandes mudanzas á los ojos de cada hombre: los unos, empeoran su posicion, y comprenden perfectamente que un pueblo ó un individuo, por esclarecido que sea, no es infalible; los otros, mejoran su suerte, y demuestran por consecuencia que el hombre en general está dotado de la facultad indefinida de perfeccionar. Sus desgracias le dan á conocer que ninguno puede lisonjearse de haber descubierto el bien absoluto; y sus éxitos felices le animan á seguirlo sin descanso; de modo

que buscando siempre, cayendo, levantándose, frecuentemente alucinado y nunca desalentado, tiende sin cesar hácia esa grandeza inmensa que percibe confusamente al fin de la carrera que la humanidad debe andar todavía. Es imposible figurarse los hechos que provienen de esta teoría filosófica, por la cual el hombre es infinitamente susceptible de perfeccion, y la poderosa influencia que ejerce sobre aquellos mismos que habiéndose ocupado en obrar, pero nunca en pensar, parecen conformar con ella sus acciones sin conocerla.

Si encontrando un marinero americano, le preguntase por qué razon los buques de su país están contruidos como para tener poca duracion, él me responderia sin vacilar: que el arte de la navegacion hace cada dia progresos tan rápidos, que el navío mas hermoso vendria á ser mui pronto inútil, si durase mas de un cierto número de años. Estas palabras, pronunciadas tal vez sin reflexion por un hombre toseo, y á propósito de un hecho particular, me hacen descubrir fácilmente la idea general y sistemática por cuya influencia conduce un gran pueblo todas las cosas.

Las naciones aristocráticas son naturalmente inclinadas á estrechar demasiado los límites de la perfectibilidad humana, y las democráticas los estienden algunas veces sin medida.

CAPÍTULO IX.

Por qué el ejemplo de los americanos no prueba que un pueblo democrático deje de tener la aptitud y el gusto por las ciencias, la literatura y las artes.

Es necesario reconocer que entre los pueblos civilizados de nuestros tiempos, hai pocos en que las altas ciencias hayan progresado ménos que en los Estados-Unidos, y hayan producido ménos grandes artistas, poetas ilustres y escritores célebres.

Muchos europeos, admirados de este espectáculo, lo consideran como un resultado natural é inevitable de la igualdad, y aun han creído que si el estado social, y las instituciones democráticas, lle-

que buscando siempre, cayendo, levantándose, frecuentemente alucinado y nunca desalentado, tiende sin cesar hácia esa grandeza inmensa que percibe confusamente al fin de la carrera que la humanidad debe andar todavía. Es imposible figurarse los hechos que provienen de esta teoría filosófica, por la cual el hombre es infinitamente susceptible de perfeccion, y la poderosa influencia que ejerce sobre aquellos mismos que habiéndose ocupado en obrar, pero nunca en pensar, parecen conformar con ella sus acciones sin conocerla.

Si encontrando un marinero americano, le preguntase por qué razon los buques de su país están contruidos como para tener poca duracion, él me responderia sin vacilar: que el arte de la navegacion hace cada dia progresos tan rápidos, que el navío mas hermoso vendria á ser mui pronto inútil, si durase mas de un cierto número de años. Estas palabras, pronunciadas tal vez sin reflexion por un hombre toseo, y á propósito de un hecho particular, me hacen descubrir fácilmente la idea general y sistemática por cuya influencia conduce un gran pueblo todas las cosas.

Las naciones aristocráticas son naturalmente inclinadas á estrechar demasiado los límites de la perfectibilidad humana, y las democráticas los estienden algunas veces sin medida.

CAPÍTULO IX.

Por qué el ejemplo de los americanos no prueba que un pueblo democrático deje de tener la aptitud y el gusto por las ciencias, la literatura y las artes.

Es necesario reconocer que entre los pueblos civilizados de nuestros tiempos, hai pocos en que las altas ciencias hayan progresado ménos que en los Estados-Unidos, y hayan producido ménos grandes artistas, poetas ilustres y escritores célebres.

Muchos europeos, admirados de este espectáculo, lo consideran como un resultado natural é inevitable de la igualdad, y aun han creido que si el estado social, y las instituciones democráticas, lle-

gasen alguna vez á prevalecer sobre todos los países de la tierra, el espíritu humano veria oscurecerse poco á poco la luz que lo ilumina, y los hombres volverian á caer en las tinieblas.

Los que así racionan confunden muchas ideas que conviene dividir y examinar separadamente, y mezclan sin querer lo que es democrático con lo que es puramente americano.

La religion que profesaban los primeros colonos ó emigrados, y que han legado á sus descendientes, simple en su culto, austera y casi salvaje en sus principios, enemiga de signos exteriores, y de la pompa de las ceremonias, es naturalmente poco favorable á las bellas artes, y no permite sino con pesar los goces literarios.

Los americanos componen un pueblo antiguo y mui instruido, que ha encontrado un país nuevo é inmenso en que pueden estenderse á su voluntad y cultivar sin trabajo. Esto no tiene ejemplo en el mundo, y así es que en América encuentra cada uno medios fáciles para hacer su fortuna ó para aumentarla, que son desconocidos en otros puntos; porque los deseos inmoderados, por una parte, y el espíritu humano, separado siempre de los placeres de la imaginacion y de los trabajos de la inteligencia, por otra, no propenden sinó á la adquisicion de las riquezas. No solo se ven en los Estados-Uni-

dos, como en todos los otros países, clases industriales y comerciantes, sino que todos los hombres se ocupan á la vez de industria y de comercio, cosa que no se habia visto jamas hasta ahora. Estoy, sin embargo, convencido de que si los americanos se hubiesen hallado solos en el universo, con la libertad y las luces adquiridas por sus padres y las pasiones que les son propias, no habrian tardado mucho en descubrir que no se pueden hacer por largo tiempo grandes progresos en la práctica de las ciencias, sin cultivar la teoria; que todas las artes se perfeccionan las unas por las otras; y por embebidos que se hallasen en alcanzar el objeto primario de sus deseos, pronto habrian reconocido que es preciso de cuando en cuando, desviarse de él para conseguirlo mejor.

El gusto por los placeres del espíritu, es por otro lado tan natural en el corazón del hombre civilizado, que aun entre las naciones cultas, que son las ménos dispuestas á entregarse á él, se encuentra siempre un número de ciudadanos que lo concibe, y una vez sentida esta necesidad intelectual, es bien pronto satisfecha. Pero cuando los americanos no piden á la ciencia sino las aplicaciones particulares á las artes, y los medios de hacer la vida agradable, la docta y literaria Europa se encarga de remontar al origen general de

la verdad, y perfecciona al mismo tiempo todo lo que puede concurrir á los placeres, y servir á las necesidades del hombre.

Los habitantes de los Estados-Unidos distinguián á la cabeza de las naciones ilustradas del mundo antiguo, una con la cual les unia estrechamente un origen comun y hábitos análogos; y encontrando en ella sabios célebres, artistas hábiles, y grandes escritores, podían recoger los tesoros de la inteligencia sin tener el trabajo de reunirlos.

Por mi parte, no puedo convenir en separar la América de la Europa, á pesar del Océano que las divide, porque considero los Estados-Unidos como la porcion del pueblo inglés encargada de beneficiar los bosques del Nuevo-Mundo, al paso que el resto de la nacion, mas libre de tareas y ménos entregado á los cuidados materiales de la vida, puede darse al estudio y ensanchar en todos sentidos el espíritu humano.

La situacion de los americanos es, pues, enteramente escepcional, y debe creerse que ningun pueblo democrático la alcanzará nunca. Su origen puritano, sus hábitos únicamente comerciales, el país mismo que habitan y que parece alejar su inteligencia del estudio de las ciencias, de las letras y de las artes; la proximidad de la Europa, que les permite abandonar su estudio sin recaer en el es-

tado de barbarie, y mil otras causas de las que no he podido indicar sino las principales, han debido reducir el espíritu americano de una manera singular al estudio de las cosas puramente materiales. Las pasiones, las necesidades, la educacion, las circunstancias, todo parece en efecto, concurrir á inclinar al habitante de los Estados-Unidos hácia las cosas temporales, y solo la religion lo eleva de tiempo en tiempo, á la contemplacion de las divinas.

Dejemos de ver todos los países democráticos bajo la forma del pueblo americano, y considerémoslos bajo sus propios caracteres. Figurémonos por un momento un pueblo en que no hubiese divisiones, jerarquías, ni clases; en que la lei, no reconociendo privilegios, dividiese igualmente las herencias, y que al propio tiempo estuviera privado de luces y de libertad. Esta no es sin embargo una vana hipótesis, pues en los intereses de un déspota cabe el hacer á sus vasallos iguales, y el dejarlos en la ignorancia, á fin de conservar con mas facilidad la esclavitud. No solamente un pueblo democrático de esta especie no tendria gusto ni aptitud para las ciencias, la literatura ni las artes; sino que nunca llegaria á formárselo; y la lei de las sucesiones se encargaria por sí misma de destruir en cada generacion las fortunas, de modo que nadie

crearia otras nuevas. El pobre, privado de luces y de libertad, ni aun concebiria la idea de la riqueza; y el rico se dejaria arrastrar hácia la pobreza sin saber impedirlo. Se estableceria entre estos dos ciudadanos una completa é invencible igualdad, y nadie tendria ni tiempo ni gusto para entregarse á los trabajos y á los placeres de la inteligencia, porque todos permanecerian entorpecidos con la misma ignorancia, y en igual esclavitud.

Cuando yo me figuro una sociedad democrática de esta especie, creo trasladarme á uno de esos subterráneos reducidos y ahogados, en donde las luces traídas de fuera se debilitan, y vienen al fin á apagarse. Me parece pues, que una pesadez súbita me abrumba, y que yo mismo me lanzo en medio de las tinieblas que me rodean, para hallar la salida que debe conducirme al aire y á la claridad: mas todo esto no puede aplicarse á los hombres ya ilustrados, que despues de haber destruido entre ellos los derechos particulares y hereditarios que fijaban para siempre las fortunas en medio de ciertos individuos ó de ciertos cuerpos, permanecen libres.

Cuando los hombres que viven en el seno de una sociedad democrática son ilustrados, descubren sin trabajo que nada los limita, los fija, ni los obliga á contentarse con su fortuna presente; con-

ciben la idea de aumentarla, y si son libres, tratan de hacerlo; pero no todos obtienen igual resultado. Aunque la legislatura no conceda privilegios, la naturaleza los da, porque siendo mui grande la desigualdad natural, las fortunas dejan de ser iguales al momento en que cada uno hace uso de todas sus facultades para enriquecerse.

La lei de las sucesiones se opone á la fundacion de familias ricas, pero no impide que haya riquezas. Ella dirige á los ciudadanos hácia un nivel comun, del que ellos salen sin cesar, haciéndose mas desiguales en bienes, á medida que sus luces son mayores y su libertad mas grande.

En nuestro siglo se ha levantado una secta célebre por su genio y extravagancias, que pretendia reunir todos los bienes en las manos de un poder central, encargándolo de distribuirlos en seguida segun el mérito de los particulares, á fin de sus- traerse de este modo de la perfecta y eterna igualdad que parecia amenazar las sociedades democráticas.

Hai otro remedio mas sencillo y ménos peligroso, cual es el de no conceder á nadie privilegios, dar á todos las mismas luces, é igual independencia, y dejar á cada uno el cuidado de señalarse su puesto; pero en este caso la desigualdad natural apareceria pronto, y la riqueza

por sí misma iría á manos de los mas capaces.

Las sociedades libres y democráticas encierran siempre en su seno, una multitud de gentes opulentas ó con comodidades; pero estos ricos no se ligarán nunca entre ellos tan estrechamente como los miembros de la antigua aristocracia; tendrán instintos diferentes, y casi nunca un sosiego tan completo y asegurado, porque serán infinitamente mas numerosos que los que en la aristocracia componian esta clase. Estos hombres no estarán completamente encerrados en las preocupaciones de la vida material, y podrán con mas ó ménos fuerza entregarse á los trabajos y á los placeres de la inteligencia, y se entregarán sin duda; pues si bien es cierto que el espíritu humano se inclina por una parte á lo limitado, á lo material y á lo útil, no lo es ménos que por otra se eleva naturalmente hácia lo infinito, lo inmaterial y lo bello. Las necesidades físicas lo inclinan á la tierra; pero cuando dejan de retenerlo, se levanta de nuevo por sí mismo; y no solo el número de los que pueden interesarse en las teorías del espíritu será mas grande, sino que el gusto de los goces intelectuales se manifestará en seguida, hasta en los mismos que en las sociedades aristocráticas parece que no tienen el tiempo ni la capacidad de entregarse á él.

Cuando ya no existen riquezas hereditarias, privilegios de clases, ni prerogativas de nacimiento, y que cada uno es fuerte por sí mismo, parece evidente que lo que hace la principal diferencia entre la fortuna de los hombres, es su capacidad intelectual. Entónces, todo aquello que sirve para fortificar, estender ó adornar la inteligencia, adquiere un gran valor.

La ventaja del saber se descubre aun á los ojos mismos de la multitud. Los que no gozan de sus encantos, aprecian sus efectos, y hacen algunos esfuerzos para alcanzarlo.

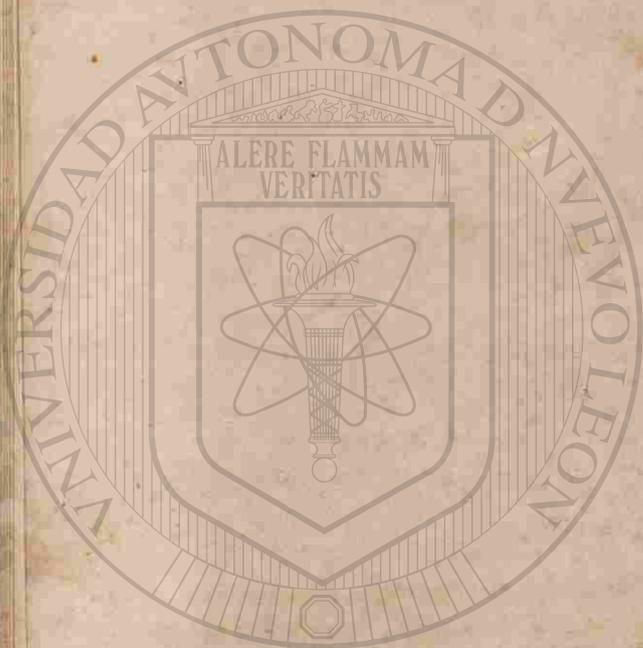
En los siglos democráticos, ilustrados y libres, los hombres no tienen quien los separe ni quien los retenga en su puesto, y se elevan ó descenden con una rapidez singular. Todas las clases se ven constantemente, porque se encuentran inmediatas; se comunican y se mezclan todos los dias; se imitan y se envidian, y esto sugiere al pueblo una multitud de ideas, de nociones y de deseos que no habria tenido, si las clases hubiesen estado fijas y la sociedad inmóvil. En estas naciones el criado no se considera como totalmente extraño á los goces y á los trabajos del amo, ni el pobre á los del rico; el hombre del campo se esfuerza en asemejarse al de la ciudad, y las provincias á la metrópoli; y así es que nadie se

contrae únicamente á los cuidados materiales de la vida, y el mas humilde artesano echa de cuando en cuando algunas miradas codiciosas y furtivas al mundo superior de la inteligencia. No se lee con el mismo espíritu, ni del mismo modo que entre los pueblos aristocráticos; pero el círculo de los lectores se estiende sin cesar, y concluye por comprender á todos los ciudadanos.

Desde el momento en que la multitud principia á interesarse en los trabajos del espíritu, se descubre como un medio de adquirir la gloria, el poder y las riquezas, el distinguirse en alguno de ellos. La inquieta ambicion que la igualdad produce, se vuelve tan pronto de este lado como de los otros, y el número de los que cultivan las ciencias, las letras y las artes viene á ser inmenso, porque se despierta una actividad prodigiosa en el mundo de la inteligencia; cada uno trata de abrirse un camino hácia él, y se esfuerza en atraer sobre sí las miradas del público. Mucha analogía tiene esto con lo que sucede en los Estados-Unidos, en la sociedad política; las obras son allí frecuentemente imperfectas, pero innumerables; y aunque el éxito de los esfuerzos individuales sea ordinariamente pequeño, el resultado general es mui grande.

No hai razon para decir que los hombres que viven en los siglos democráticos sean naturalmente

indiferentes por las ciencias, las letras y las artes; pues solo se puede reconocer que las cultivan á su modo, y que por lo mismo tienen las cualidades y defectos que les son propios.



CAPÍTULO X.

Por qué razón los americanos se aplican más bien á la práctica de las ciencias que á su teoría.

Si el estado social y las instituciones democráticas no detienen el vuelo del espíritu humano, á lo ménos es incontestable que lo dirigen más bien de un lado que de otro. Sus esfuerzos, aunque limitados, son por otra parte muy grandes, y espero que se me perdonará me detenga un momento para contemplarlos.

Cuando hablé del método filosófico de los americanos, hice varias observaciones que servirán ahora.

La igualdad desenvuelve en cada hombre el deseo de juzgar de todo por sí mismo, le da en todas las cosas el gusto por lo palpable y por lo positivo, y el desprecio de las tradiciones y de las formas. Estos instintos generales se hacen principalmente ver en el objeto particular de este capítulo.

Los que cultivan las ciencias en los pueblos democráticos temen siempre perderse en las utopías, desconfían de los sistemas y quieren acercarse á los hechos á fin de estudiarlos por sí mismos; pero como no se dejan engañar fácilmente por el nombre de alguno de sus semejantes, no se hallan dispuestos á jurar bajo la palabra de una autoridad en la materia, y ántes al contrario, se les ve constantemente ocupados en buscar el lado débil de su doctrina. Las tradiciones científicas tienen poco imperio sobre ellos; jamás se detienen largo tiempo en las sutilezas de una escuela, y se cuidan muy poco de palabras escogidas; penetran cuanto pueden hasta las partes principales del objeto que los ocupa, y les gusta esponerlas en lengua vulgar. Entónces, las ciencias tienen una marcha mas libre y segura, pero ménos elevada.

El entendimiento puede, á mi ver, dividir la ciencia en tres partes.

La primera contiene los principios mas teóricos, las nociones mas abstractas; esas, pues, cuya

aplicacion no es conocida ó está muy distante.

La segunda se compone de las verdades generales que, aunque fijas en la teoría pura, conducen sin embargo, por una via recta y corta á la práctica.

Los medios de aplicacion y de ejecucion forman la tercera.

Cada una de estas diferentes porciones de la ciencia puede cultivarse separadamente, aunque la razon y la esperiencia hagan conocer que ninguna de ellas puede prosperar por largo tiempo, cuando se la separa enteramente de las otras dos.

En América, la parte meramente práctica de las ciencias se cultiva de una manera admirable, y se ocupan tambien con esmero de la parte teórica que inmediatamente se requiere para la aplicacion: en esto hacen ver los americanos un espíritu claro, libre, original y fecundo; pero no hai casi nadie en los Estados-Unidos que se entregue completamente á la porcion teórica y abstracta de los conocimientos humanos. Los americanos muestran en esto el exceso de una tendencia que se encontrará, segun creo, aunque en un grado inferior, en todos los pueblos democráticos.

Nada es tan necesario para cultivar las altas ciencias, ó la porcion elevada de las ciencias, como la meditacion, y nada hai tampoco ménos propio

para la meditacion , que el interior de una sociedad democrática. Jamas se encuentra en ella, como en los pueblos aristocráticos, una clase numerosa que se mantenga en el reposo porque se halle bien, ni otra que deje de conmovirse porque desespere de mejorar. Todos se agitan; los unos quieren obtener el poder; los otros apoderarse de la riqueza, y en medio de este trastorno universal, de este choque continuo de intereses contrarios, de esta marcha constante de los hombres hácia la fortuna, ¿ cómo ha de encontrarse la calma que necesitan las profundas combinaciones de la inteligencia? ¿ Cómo es posible detener el pensamiento sobre un solo punto, cuando al rededor de sí todo se conmueve, y aun el hombre mismo se encuentra arrastrado y envuelto cada día en la corriente impetuosa que arrolla todas las cosas?

Es preciso distinguir la especie de agitacion permanente que reina en el seno de una democracia tranquila y constituida, de los movimientos tumultuosos y revolucionarios que acompañan casi siempre al nacimiento y desarrollo de una sociedad democrática; pues cuando una revolucion violenta tiene lugar en un pueblo civilizado, no puede dejar de producir un impulso repentino en los sentimientos y en las ideas; y esto sucede sobre todo en las revoluciones democráticas, que, removien-

do á la vez todas las clases de que se compone un pueblo, hacen nacer al mismo tiempo inmensas ambiciones en el corazon de cada ciudadano.

Si los franceses han hecho de repente tan admirables progresos en las ciencias exactas, al momento mismo en que acababan de destruir los restos de la antigua sociedad feudal, es preciso atribuir esta súbita fecundidad, no á la democracia, sino á la revolucion sin ejemplo que acompañó su desarrollo. Lo que sobrevino entónces fué un hecho particular, y seria imprudente ver en él el indicio de una lei general.

Las grandes revoluciones no son mas comunes en los pueblos democráticos que en los otros, y yo creo que aun lo son ménos; pero reina en el seno de estas naciones un movimiento incómodo y una especie de agitacion incesante, en que los hombres, rodando por decirlo así, los unos sobre los otros, turban y distraen el entendimiento sin animarlo ni elevarlo.

No solamente los hombres que viven en las sociedades democráticas se entregan con dificultad á la meditacion, sino que naturalmente la estiman en poco. El estado social y las instituciones democráticas dirigen la mayor parte de los hombres á obrar sin cesar; mas los hábitos del espíritu que convienen á la accion, no se conforman siempre

con el pensamiento, y el hombre que obra tiene frecuentemente que contentarse poco mas ó ménos con lo que consigue, porque nunca llegaria al término de su objeto, si quisiese perfeccionar cada cosa individualmente. Para esto necesita apoyarse sobre ideas que no ha tenido el tiempo de profundizar, en razon de que mas bien lo dirige la oportunidad de las de que se sirve, que su rigurosa exactitud; y en todo caso hai ménos riesgo en hacer uso de algunos principios falsos, que en consumir el tiempo estableciendo la verdad de todos ellos. El mundo no se conduce por largas y sabias demostraciones; pues la vista rápida de un hecho particular, el estudio diario de las pasiones variables de la muchedumbre, la casualidad del momento y la habilidad de aprovecharse de él, deciden de todos los negocios.

En los siglos, pues, en que casi todo el mundo obra, hai una disposicion general á dar un precio escesivo al arrojado impetuoso y á las concepciones superficiales de la inteligencia, y por el contrario á despreciar sin medida su trabajo profundo y lento.

Esta opinion pública influye sobre el juicio de los hombres que cultivan las ciencias, les persuade que pueden tener buen éxito sin meditacion, ó los separa de las que la exigen.

Hai muchos modos de estudiar las ciencias. Se

encuentra en una multitud de hombres un gusto egoista, mercantil é industrial por los descubrimientos del espíritu, que no debe confundirse con la pasion desinteresada que se enciende en el corazon de un corto número; y hai entre otros un deseo de hacer útiles los conocimientos y un anhelo decidido por conocer. No dudo que nazca de tiempo en tiempo entre algunos un amor inagotable y ardiente por la verdad, que se nutra por sí mismo y goce incesantemente sin poder nunca satisfacerse. Este amor ardiente, orgulloso y desinteresado, es el que conduce á los hombres al origen abstracto de la verdad, para tomar allí las ideas primitivas.

Si Pascal no hubiese descubierto mas que algun provecho, ó si le hubiera movido solo el deseo de la gloria, no creo que hubiese podido reunir jamas, como lo hizo, todo el poder de su inteligencia para descubrir mejor los secretos mas ocultos del Criador. Cuando yo le veo arrancar, en cierto modo, su alma del medio de los cuidados de la vida, á fin de aplicarla toda entera á esta investigacion, y rompiendo prematuramente los lazos que la retienen al cuerpo, morir viejo ántes de los cuarenta años, me detengo por una admiracion que me prohíbe ir mas adelante, y comprendo que no puede ser una causa ordinaria la que produzca tan extraordinarios esfuerzos.

El porvenir probará si estas pasiones raras y fecundas nacen y se desarrollan tan fácilmente en medio de las sociedades democráticas como en el seno de las aristocracias: por lo que á mi toca, confieso que tengo dificultad en creerlo. En las sociedades aristocráticas, la clase que dirige la opinion y gobierna los negocios, hallándose colocada de una manera permanente y hereditaria sobre la multitud, concibe naturalmente una idea soberbia de sí misma y del hombre. Se imagina para sí goces gloriosos, y fija brillantes fines á sus deseos. Las acciones de los aristócratas son frecuentemente tiránicas é inhumanas; pero ellos conciben raras veces pensamientos bajos; muestran cierto desden orgulloso por los pequeños placeres, aun cuando se entreguen á ellos, y esto eleva las almas á un alto tono. En los siglos aristocráticos se tienen generalmente ideas vastas de la dignidad, del poder y de la grandeza del hombre. Tales opiniones influyen sobre los que cultivan las ciencias como sobre todos los otros; facilitan el vuelo natural del espíritu hácia las mas altas regiones del pensamiento, y le disponen á concebir el amor sublime, y casi divino, por la verdad.

Los sabios de esos tiempos son arrastrados hácia la teoría, y aun les sucede muchas veces el concebir un desprecio por la práctica. « Arquimedes,

« dice Plutarco, tuvo un corazon tan grande, que
 « no quiso dejar por escrito ninguna obra sobre el
 « modo de dirigir las máquinas de guerra; y repu-
 « tando vil, baja y mercenaria toda ciencia de in-
 « ventar y componer máquinas, y generalmente
 « todo arte que da alguna utilidad poniéndolo en
 « práctica, ocupó su entendimiento y su estudio
 « en escribir solo cosas cuya belleza no se mezclase
 « de ningun modo con la necesidad. » He aquí el
 designio aristocrático de las ciencias. Este no puede ser el mismo en las naciones democráticas. La mayor parte de los hombres que componen estas naciones son mui codiciosos de goces materiales y presentes; y como se encuentran siempre descontentos de la posicion que ocupan, y siempre ámbitos de dejarla, no piensan sino en los medios de cambiar su fortuna ó de aumentarla. Para los espíritus así dispuestos, todo nuevo método que conduzca por un camino mas corto á la riqueza, toda máquina que abrevie el trabajo, todo instrumento que disminuya los gastos de produccion, todo descubrimiento que facilite los placeres y los aumente, parece el mas espléndido esfuerzo de la inteligencia humana. Este es el lado por donde los pueblos democráticos se aplican principalmente á las ciencias, las comprenden y las honran. En los siglos aristocráticos se buscan con especialidad en

las ciencias los goces del espíritu, y en las democracias los del cuerpo.

Mientras mas democrática, ilustrada y libre es una nación, mas crece el número de los apreciadores interesados del genio científico, y mas provecho, mas gloria y aun mas poder darán á sus autores los descubrimientos inmediatamente aplicables á la industria; porque en las democracias, la clase trabajadora toma parte en los negocios públicos, y los que la sirven aguardan de ella los honores como el dinero.

Fácilmente se puede concebir que en una sociedad organizada de este modo, el espíritu humano es conducido insensiblemente á abandonar la teoría, y que debe al contrario sentirse impelido por una energía sin igual hácia la aplicación, ó al ménos, hácia esa porcion de la teoría que es indispensable á los que aplican; y en vano una inclinacion de instinto puede elevarle hácia la mas alta esfera de la inteligencia, pues el interés le hará descender á las medianas, y allí será donde desplegando su fuerza y su inquieta actividad, creará, por decirlo así, maravillas. Esos mismos americanos que no han descubierto ni una sola de las leyes generales de la mecánica, han introducido en la navegacion una máquina nueva que cambia la disposicion del casco.

Estói léjos de pretender que los pueblos democráticos de nuestros dias estén destinados á ver extinguir las luces superiores del espíritu humano, ni aun que dejen de brillar otras nuevas en su seno. En la época en que nos hallamos, y entre tantas naciones ilustradas como atormenta sin cesar el ardor de la industria, los lazos que unen entre sí las diferentes partes de la ciencia atraen por precision las miradas; y el gusto mismo de la práctica, si es ilustrado, debe conducir los hombres á no abandonar la teoría. En medio de tantos ensayos de aplicaciones y de tantas esperiencias repetidas cada dia, es imposible que las leyes generales no aparezcan con frecuencia; de tal suerte que los grandes descubrimientos sean comunes, aunque los grandes inventores sean raros.

Por otra parte, yo creo en las altas vocaciones científicas. Si la democracia no conduce al hombre á estudiar las ciencias por ellas mismas, aumenta inmensamente el número de los que las cultivan, y es de creerse que entre una tan grande multitud nazca de tiempo en tiempo algun genio especulativo, á quien inflame el solo amor de la verdad. Entónces puede asegurarse que él se esforzará en penetrar los mas profundos misterios de la naturaleza, cualquiera que sea el espíritu de su país y de su tiempo, sin necesidad de ayudar su

vuelo, pues solo bastará no detenerlo. Lo que quiero decir es, que la desigualdad permanente de las condiciones conduce los hombres á encerrarse en la orgullosa y estéril investigación de las verdades abstractas, mientras que el estado social y las instituciones democráticas los disponen á no pedir á las ciencias mas que sus aplicaciones útiles é inmediatas.

Esta tendencia es natural é inevitable: conviene conocerla, y aun tal vez es necesario hacerla ver.

Si los que están llamados á dirigir las naciones de nuestros días, percibiesen claramente y de léjos estos nuevos instintos que pronto serán irresistibles, comprenderian que con luces y libertad, los hombres que viven en los siglos democráticos, no pueden dejar de perfeccionar la porcion industrial de las ciencias, y que en adelante todo el esfuerzo del poder social debe dirigirse á sostener los altos estudios y á crear grandes pasiones científicas.

En nuestro tiempo es preciso retener el entendimiento humano en la teoría, pues él corre por sí mismo á la práctica, y en lugar de atraerlo constantemente hácia el exámen detallado de los efectos secundarios, conviene apartarlo algunas veces de él para elevarlo á la contemplacion de las causas primarias.

Como la civilizacion romana murió á causa de la invasion de los bárbaros, estamos nosotros mui inclinados á creer que la civilizacion no puede morir de otro modo.

Si las luces que nos alumbran llegaran á apagarse, se oscurecerian poco á poco y como por sí mismas; á fuerza de consagrarse á la aplicacion, se perderian de vista los principios, y cuando estos se hubiesen olvidado enteramente, se seguirian mal los métodos que se derivan de ellos; no se podrian inventar otros nuevos, y se emplearian sin inteligencia y sin arte sabios procedimientos que ya no se comprenderian.

Cuando los europeos llegaron á la China, hace trescientos años, encontraron casi todas las artes en cierto grado de perfeccion, pero se admiraron de que habiendo llegado á este punto no estuviesen aun mas adelantadas. Mas tarde, descubrieron los vestigios de algunas altas ciencias ya perdidas. La nacion era industrial, y la mayor parte de los métodos científicos se habian conservado en su seno, pero la ciencia misma no existia. Todo esto les esplicó la inmovilidad singular en que habian encontrado el espíritu de este pueblo. Los chinos siguiendo las huellas de sus padres, habian olvidado la razon que habia dirigido á estos; se servian de las fórmulas sin averiguar el sentido; conservaban

el instrumento, pero ya no poseían el arte de modificarlo ó reproducirlo: los chinos, por tanto, no podían hacer cambio alguno, y debían renunciar á la mejora; de modo que estaban obligados á imitar siempre en todo á sus padres, para no lanzarse en las tinieblas impenetrables, si se separaban un instante del camino que estos últimos habían trazado. La fuente de los conocimientos humanos estaba casi agotada, y aunque el río corriese todavía, no podía estender sus ondas ni cambiar su curso.

Sin embargo, la China existía pacíficamente después de algunos siglos; sus conquistadores habían tomado sus costumbres y reinaba el orden en ella, advirtiéndose por todos lados una especie de bienestar material. Las revoluciones eran raras, y la guerra, por decirlo así, desconocida.

Es preciso, pues, no confiar en que los bárbaros están todavía lejos de nosotros, porque si hai pueblos que se dejan arrancar las luces de las manos, hai otros que las apagan bajo sus mismos piés.

CAPÍTULO XI.

En qué sentido cultivan las artes los americanos.

Haria perder el tiempo á los lectores y lo perdería yo también, si tratase de dar á conocer de qué manera la mediocridad general de las fortunas, la ausencia de lo superfluo, el deseo universal del bienestar, y los esfuerzos constantes á que cada uno se entrega para procurárselo, hacen predominar en el corazón del hombre el gusto de lo útil sobre el amor de lo bello. En las naciones democráticas se encuentran todas estas cosas, y por eso

el instrumento, pero ya no poseían el arte de modificarlo ó reproducirlo: los chinos, por tanto, no podían hacer cambio alguno, y debían renunciar á la mejora; de modo que estaban obligados á imitar siempre en todo á sus padres, para no lanzarse en las tinieblas impenetrables, si se separaban un instante del camino que estos últimos habían trazado. La fuente de los conocimientos humanos estaba casi agotada, y aunque el río corriese todavía, no podía estender sus ondas ni cambiar su curso.

Sin embargo, la China existía pacíficamente después de algunos siglos; sus conquistadores habían tomado sus costumbres y reinaba el orden en ella, advirtiéndose por todos lados una especie de bienestar material. Las revoluciones eran raras, y la guerra, por decirlo así, desconocida.

Es preciso, pues, no confiar en que los bárbaros están todavía lejos de nosotros, porque si hai pueblos que se dejan arrancar las luces de las manos, hai otros que las apagan bajo sus mismos piés.

CAPÍTULO XI.

En qué sentido cultivan las artes los americanos.

Haria perder el tiempo á los lectores y lo perdería yo también, si tratase de dar á conocer de qué manera la mediocridad general de las fortunas, la ausencia de lo superfluo, el deseo universal del bienestar, y los esfuerzos constantes á que cada uno se entrega para procurárselo, hacen predominar en el corazón del hombre el gusto de lo útil sobre el amor de lo bello. En las naciones democráticas se encuentran todas estas cosas, y por eso

cultivarán las artes que conducen á hacer la vida cómoda, con preferencia á aquellas cuyo objeto es solo embellecerla; preferirán habitualmente lo útil á lo bello, y querrán que lo bello sea útil.

Mas yo pretendo indicar ántes el primer rasgo, para despues ocuparme de los otros.

Sucedé mui frecuentemente que en los siglos de privilegios, el ejercicio de todas las artes se hace un privilegio, y cada profesion es un mundo aparte en donde no es permitido entrar á todos; aun cuando la industria sea libre, la inmovilidad natural de las naciones aristocráticas hace que todos aquellos que se ocupan de un mismo arte, acaben por formar una clase distinta, compuesta siempre de las mismas familias, cuyos miembros todos se conocen, y en donde pronto nace una opinion pública, y un orgullo de cuerpo. En una clase industrial de esta especie, cada artesano no atiende solamente á la fortuna que debe hacer, sino á la consideracion que tiene que guardar; no es solo su interes el que lo dirige, ni el del comprador, sino el del cuerpo, y el de este consiste, en que cada artesano produzca obras perfectas (*chefs-d'œuvre*). En los siglos aristocráticos la mira de las artes es hacer lo mejor posible, y no lo mas pronto ni lo mas barato.

Cuando, por el contrario, cada profesion admite

los hombres en general, que todo el mundo entra y sale sin cesar, y sus diversos miembros vienen á ser estraños, indiferentes y casi desconocidos los unos de los otros, á causa de su multitud, el lazo social se destruye, cada obrero mirando á sí mismo, no pretende sino ganar lo mas que le sea posible con los menores gastos, y solo la voluntad del consumidor le limita; pero sucede que tambien este último sufre su correspondiente revolucion.

En los paises en que tanto la riqueza como el poder se hallan concentrados en ciertas manos y no sale de ellas, el uso de la mayor parte de los bienes de este mundo pertenece á un corto número de individuos, siempre el mismo, y la necesidad, la opinion y la moderacion de los deseos separan de él á todos los otros.

Como la clase aristocrática permanece inmóvil en el punto de grandeza en que está colocada, sin estrecharse ni estenderse, experimenta siempre las mismas necesidades, y las siente con igual fuerza. Los hombres que la componen, toman naturalmente de la posicion superior y hereditaria que ocupan, el gusto por lo que es bien hecho y mui durable: esto da un giro general á las ideas de la nacion en materia de artes; y sucede tambien que en estos pueblos, el rústico aldeano prefiere pri-

vase enteramente de las cosas que codicia, á adquirirlas imperfectas.

En las aristocracias, los artesanos no trabajan sino para un pequeño número de compradores difíciles de contentar, y de la perfeccion de sus trabajos depende la ganancia que ellos esperan.

No sucede así cuando estando destruidos los privilegios se mezclan las clases, y todos los hombres bajan y se elevan sin cesar en la escala social.

En el seno de un pueblo democrático se encuentra siempre una multitud de ciudadanos cuyo patrimonio se divide y se disminuye, quienes, habiendo adquirido en otros tiempos mas felices ciertas necesidades que conservan aun despues que la facultad de satisfacerlas deja de existir, buscan con inquietud otros medios de remediarlas.

Por otra parte se ve siempre en las democracias un gran número de hombres cuya fortuna crece; pero cuyos deseos crecen tambien con mas rapidez que la fortuna, y devoran con su vista los bienes que ella les promete, mucho ántes de entregárselos; estos buscan por todos lados las vias mas cortas para llegar á los goces inmediatos. De la combinacion de estas dos causas resulta que se encuentra siempre en las democracias una multitud de ciudadanos cuyas necesidades están fuera del alcance de sus recursos, y que preferirian satis-

facerlas incompletamente á renunciar del todo al objeto de su ambicion.

El artesano comprende fácilmente estas pasiones, porque él mismo participa de ellas, y á la manera que en la aristocracia trataria de vender sus productos escesivamente caros á un cierto número de individuos, concibe que en la democracia existe otro medio mas espedito de enriquecerse, cual es el de vender mui barato á todos.

No hai sino dos maneras de conseguir que disminuya el precio de cualquier mercanca: la primera, encontrar medios mejores, mas prontos y mas capaces de producir. La segunda fabricar en mayor cantidad objetos casi semejantes, pero de ménos valor. En los pueblos democráticos las facultades intelectuales del industrial se dirigen á estos dos puntos: él se esfuerza siempre en inventar medios que le permitan no solo trabajar mejor, sino mas aprisa y con los ménos gastos posibles, y si no consigue esto, disminuirá las cualidades intrínsecas de la cosa en que se ocupa, sin hacerla enteramente impropia para el uso á que está destinada. Cuando solo los ricos usaban relojes, casi todos eran escelentes; hoy apenas se encontrarán mas que regulares, pero todo el mundo los lleva. Así, la democracia no propende solamente á dirigir el espíritu humano hácia las artes

útiles, sino tambien á conducir el artesano á que haga con rapidez muchas cosas imperfectas, y al consumidor á contentarse con ellas. No es esto precisamente porque en las democracias no sea capaz el arte de producir maravillas en caso de necesidad, pues lo contrario se ve cuando se presentan compradores que consienten en pagar el tiempo y la fatiga. En esa lucha de todas las industrias; en medio de esa competencia inmensa y de esos numerosos ensayos, se forman operarios excelentes que llegan hasta el último punto de perfeccion; pero que raras veces se les presenta la ocasion de hacer ver lo que saben: ellos economizan cuidadosamente sus esfuerzos para mantenerse en un sabio medio, y aunque son susceptibles de alcanzar mayor elevacion, no atienden sino al objeto que se han propuesto. En las aristocracias, al contrario, los obreros hacen siempre lo que saben hacer, y cuando se detienen, es porque han llegado al fin de su ciencia.

Quando yo llego á un país y veo algunos productos admirables del arte, nada puedo juzgar por esto acerca de su estado social y de su constitucion política; pero si descubro que los productos de las artes se hallan generalmente imperfectos, en gran número y á bajo precio, conozco al momento que en el pueblo donde esto sucede los privilegios pier-

den su fuerza, y las clases principian á mezclarse y están próximas á confundirse.

Los artesanos que viven en los siglos democráticos, no tratan solamente de poner al alcance de todos los ciudadanos sus productos útiles, sino que tambien se esfuerzan en dar á todos ellos las cualidades que no tenian ántes.

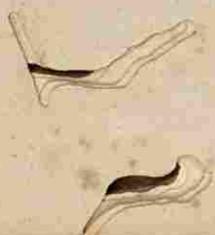
En la confusion de todas las clases, cada una espera poder presentar lo que todavia no ha aparecido, y hace grandes esfuerzos para conseguirlo. La democracia no crea este sentimiento, que es demasiado natural en el corazon del hombre; pero lo aplica á las cosas materiales, y así como la hipocresía de la virtud ha existido en todos tiempos, la del lujo pertenece mas particularmente á los siglos democráticos.

Para satisfacer estas nuevas necesidades de la vanidad humana, no hai ficcion á que las artes no hayan recurrido; la industria va algunas veces tan léjos en este sentido, que suele perjudicarse á sí misma; así es que se ha llegado á imitar con tal propiedad el diamante, que es mui fácil equivocarse; y yo creo que desde el momento en que se lleguen á fabricar los falsos con una perfeccion tal, que no puedan distinguirse de los verdaderos, verosímilmente se abandonarán los unos y los otros, y vendrán á considerarse como pedernales.

Todo esto me conduce á tratar de las artes llamadas por excelencia bellas. No creo que el efecto necesario del estado social y de las instituciones democráticas sea disminuir el número de los hombres que cultivan las bellas artes; pero estas causas influyen poderosamente en el modo como se cultivan. La mayor parte de los que habian contraído el gusto de las bellas artes se empobrecen, por otro lado muchos de los que no son todavía ricos empiezan á concebirlo por imitacion; de aquí resulta que el número de los consumidores se aumenta en general, y de estos son raros los mui ricos y de gusto delicado. Entónces, las bellas artes tienen alguna cosa de análogo á lo que hice ver hablando de las artes útiles; multiplican sus obras y disminuyen el mérito de cada una de ellas; y no pudiendo atender á lo grande, se busca lo elegante y bonito, fijándose ménos en la realidad que en la apariencia.

En los países aristocráticos no se hacen mas que algunos grandes cuadros, y en los democráticos muchas pinturas de corto mérito. En los primeros se elevan estatuas de bronce, y en los segundos se hacen de yeso.

Cuando llegué por primera vez á Nueva-York por la parte del Océano Atlántico, que se llama el rio del Este, me sorprendí al ver á lo largo de la ri-

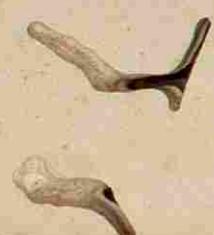


bera á alguna distancia de la ciudad un cierto número de palacios pequeños de mármol blanco, que en la mayor parte tenían una arquitectura antigua. Al día siguiente fui á visitarlos para considerar mas de cerca lo que habia particularmente atraído mis miradas, y encontré que las paredes eran de ladrillos blancos y las columnas de madera pintada; y que del mismo modo estaban contruidos todos los monumentos que habia admirado la víspera.

El estado social y las instituciones democráticas dan además á todas las artes de imitacion tendencias particulares que es fácil señalar. Ellas las separan frecuentemente de la pintura del alma, para no aplicarlas sino á la del cuerpo, y sustituyen la representacion de los movimientos y sensaciones á la de los sentimientos é ideas; de modo que en lugar de lo ideal ponen por lo comun lo positivo.

Dudo que Rafael hiciese un estudio tan profundo de los mas pequeños resortes del cuerpo humano, como los pintores de nuestros días. Él no daba la misma importancia que estos á la exactitud rigurosa sobre este punto, porque pretendia sobrepasar á la naturaleza. Quería hacer del hombre alguna cosa que fuese superior al hombre, y osaba embellecer la beldad misma.

David y sus discípulos eran al contrario, tan buenos anatomistas como pintores. Representaban



maravillosamente los modelos que tenían á la vista, pero era raro que imaginaran algo mas; seguian exactamente la naturaleza, miéntras que Rafael procuraba escederla. Ellos nos han dejado en verdad una exacta pintura del hombre; pero el otro nos hace descubrir la Divinidad en sus obras.

Se puede aplicar á la eleccion misma del objeto, lo que he dicho de la manera de tratarlo. Los pintores de lo pasado buscaban fuera de sí, ó léjos de su tiempo, grandes objetos que presentaran á su imaginacion una vasta carrera; pero los nuestros se esfuerzan en reproducir exactamente los detalles de la vida privada que tienen sin cesar á su vista, y copian siempre objetos pequeños, cuyos originales se encuentran con abundancia en la naturaleza.

CAPÍTULO XII.

Por qué los americanos levantan al mismo tiempo tan grandes y tan pequeños monumentos.

Acabo de decir que en los siglos democráticos los monumentos artísticos son en lo general muy numerosos y pequeños; pero ahora me apresuro á indicar la escepcion de esta regla.

En los pueblos democráticos los individuos son estremamente débiles; pero el estado que los representa á todos y los tiene á todos en su mano, es muy fuerte. En ninguna parte los ciudadanos parecen mas pequeños que en una nacion democrática, pero en ninguna parece la nacion, por sí mis-

maravillosamente los modelos que tenían á la vista, pero era raro que imaginaran algo mas; seguian exactamente la naturaleza, miéntras que Rafael procuraba escederla. Ellos nos han dejado en verdad una exacta pintura del hombre; pero el otro nos hace descubrir la Divinidad en sus obras.

Se puede aplicar á la eleccion misma del objeto, lo que he dicho de la manera de tratarlo. Los pintores de lo pasado buscaban fuera de sí, ó léjos de su tiempo, grandes objetos que presentaran á su imaginacion una vasta carrera; pero los nuestros se esfuerzan en reproducir exactamente los detalles de la vida privada que tienen sin cesar á su vista, y copian siempre objetos pequeños, cuyos originales se encuentran con abundancia en la naturaleza.

CAPÍTULO XII.

Por qué los americanos levantan al mismo tiempo tan grandes y tan pequeños monumentos.

Acabo de decir que en los siglos democráticos los monumentos artísticos son en lo general muy numerosos y pequeños; pero ahora me apresuro á indicar la escepcion de esta regla.

En los pueblos democráticos los individuos son extremamente débiles; pero el estado que los representa á todos y los tiene á todos en su mano, es muy fuerte. En ninguna parte los ciudadanos parecen mas pequeños que en una nacion democrática, pero en ninguna parece la nacion, por sí mis-

ma, mas grande, ni el espíritu se estiende mas. En las sociedades democráticas, la imaginacion de los hombres se estrecha cuando se ocupan de ellos mismos; pero se estiende indefinidamente cuando se ocupan del estado; y de aquí resulta que los mismos hombres que viven escasamente en pequeñas habitaciones, aspiran á lo gigantesco cuando se trata de monumentos públicos.

Los americanos han establecido en el lugar en que querian fijar su capital, el radio de una ciudad inmensa que hoi no está tan poblada como Pontoisa, pero que segun ellos debe contener pronto un millon de habitantes, y con este fin han arrancado ya los árboles que habia hasta diez leguas al rededor, temiendo que molestasen á los futuros ciudadanos de esta metrópoli imaginaria. En el centro de ella han construido un palacio magnífico para sala del congreso, y le han dado el pomposo nombre de Capitolio.

Los Estados particulares conciben por sí mismos y ejecutan diariamente empresas prodigiosas, de que se asombraria el genio de las grandes naciones de Europa; de modo que la democracia no inclina solamente los hombres á hacer una multitud de obras pequeñas, sino tambien á elevar en corto número grandes monumentos. Entre estos dos extremos se puede decir con razon que no existe na-

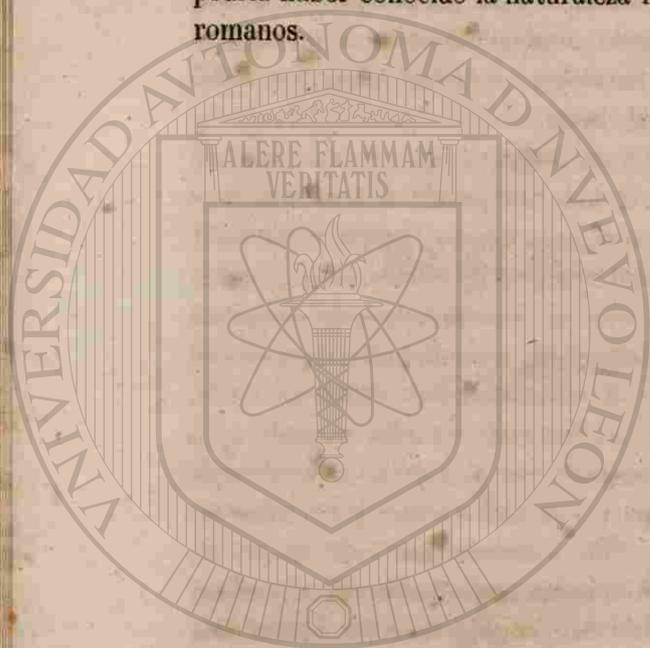
da, pues algunos restos esparcidos de edificios mui vastos, no anuncian cosa alguna acerca del estado social y las instituciones del pueblo que los ha levantado; y añadido, aunque esto salga de mi objeto, que tampoco hacen conocer su grandeza, sus luces ni su prosperidad real.

Siempre que un poder cualquiera sea capaz de hacer concurrir todo un pueblo á una sola empresa, conseguirá con mucho tiempo y con poca ciencia sacar del concurso de esfuerzos tan grandes alguna cosa inmensa, sin que de esto se pueda concluir que el pueblo es mui feliz, ilustrado ni aun poderoso. Los españoles encontraron en la ciudad de Méjico muchos templos magníficos y edificios vastos; pero esto no impidió á Cortés conquistar el imperio con 600 infantes y 16 caballos.

Si los romanos hubiesen conocido mejor las leyes de la hidráulica, no hubieran necesitado construir todos esos acueductos que rodean las ruinas de sus ciudades, y habrian empleado mejor su poder y su riqueza; y si hubiesen descubierto las máquinas de vapor, quizá no hubieran estendido hasta las estremidades de su imperio esas dilatadas rocas artificiales que llaman caminos romanos. Todas estas cosas atestiguan su ignorancia al mismo tiempo que su grandeza.

El pueblo que no dejase otros vestigios de lo que

fué, que algunos tubos de plomo dentro de la tierra, y algunas barras de hierro en su superficie, podria haber conocido la naturaleza mejor que los romanos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII.

Fisonomía literaria de los siglos democráticos.

Quando se entra en la tienda de un librero en los Estados-Unidos, y se observan los libros americanos que adornan sus estantes, el número de las obras parece mui grande, miéntras que el de los autores conocidos parece al contrario, mui pequeño. Desde luego se encuentran una multitud de tratados elementales que dan las primeras nociones de los conocimientos humanos. La mayor parte de estas obras se han compuesto en Europa, pero los americanos las reimprimen, y las adaptan á su

uso. En seguida se halla una cantidad innumerable de libros de religion, biblias, sermones, anécdotas piadosas, controversias, relaciones de los establecimientos de caridad, y en fin el largo catálogo de folletos políticos, pues en America, aunque los partidos no se combaten con libros, hai no obstante cuadernos ó libelos que circulan con una rapidez increíble, se leen el dia de su publicacion y desaparecen al siguiente.

En medio de estas oscuras producciones del espíritu humano, aparecen las obras mas notables de un corto número de autores que son conocidos por los europeos, ó que debieran serlo.

Aunque en nuestros dias sea la América el país civilizado en donde se ocupan ménos de literatura, se encuentran sin embargo, muchos individuos que se interesan en las cosas del espíritu, y hacen de ellas, si no el estudio de toda su vida, á lo ménos el recreo de sus ocios. La Inglaterra es la que provee á estos de la mayor parte de los libros que necesitan; y así es que casi todas las grandes obras inglesas se han reproducido en los Estados-Unidos. El genio literario de la Gran Bretaña estiende aun sus rayos hasta lo interior de los bosques del Nuevo-Mundo, y no hai cabaña en donde no se encuentren algunos tomos sueltos de Shakespeare. Recuerdo haber leído en una choza (*log-house*),

por la primera vez, el drama feudal de Henrique V.

No solamente recurren los americanos todos los dias á los tesoros de la literatura inglesa; sino que puede decirse con verdad que encuentran la literatura de Inglaterra en su propio suelo. De los pocos que se ocupan en los Estados-Unidos en componer obras de literatura, la mayor parte son ingleses en el fondo y sobre todo en la forma. De este modo introducen en el seno de la democracia las ideas y los usos literarios que se observan en la nacion aristocrática que han tomado por modelo; y pintando así con colores prestados las costumbres extranjeras, no representan jamas en la realidad el país que les ha dado el ser, y rara vez llegan á hacerse populares.

Los ciudadanos de los Estados-Unidos parecen estar tan convencidos de que no se publican los libros para ellos, que ántes de fijarse acerca del mérito de alguno de sus escritores, aguardan que se haya formado juicio en Inglaterra; á la manera que en materia de pinturas se deja con gusto al autor del original el derecho de juzgar de la copia.

Los habitantes de los Estados-Unidos, hablando propiamente, no tienen todavía literatura. Los únicos autores que yo reconozco como americanos, son los redactores de diarios, y aunque no son á la verdad grandes escritores, hablan al ménos la len-

gua del país, y se hacen entender : en los demas, no veo sino extranjeros, que son para los americanos lo que fueron para nosotros los imitadores de los griegos y de los romanos en la época del nacimiento de las letras, un objeto de curiosidad, y no de general simpatía; escritores que divierten el espíritu, pero que no influyen en las costumbres.

Ya he dicho que este estado de cosas no dependía absolutamente de la democracia, y que era preciso buscar la causa en otras muchas circunstancias particulares é independientes de ella.

Si los americanos, conservando siempre su estado social y sus leyes, tuviesen otro origen y se encontrasen trasportados á otro país, no dudo que poseerian una literatura : tales como son, creo firmemente que acabarán por poseerla; pero siempre tendrá un carácter diferente del que se manifiesta en los escritos americanos de nuestros días, que le será peculiar; no es imposible trazar este carácter con anticipacion.

Yo supongo un pueblo aristocrático en que se cultiven las letras, y que los trabajos de la inteligencia, así como los negocios del estado, sean allí dirigidos por una clase soberana; la vida literaria y la existencia política se hallan casi enteramente reconcentradas en esta clase ó en las que

la rodean mas de cerca. Esto me basta para averiguar todo lo demas.

Cuando un pequeño número de hombres, siempre los mismos, se ocupan al propio tiempo de iguales objetos, se entienden fácilmente y disponen de comun acuerdo las reglas principales que deben dirigir á cada uno en particular. Si el objeto que atrae la atención de estos hombres es la literatura, los trabajos del espíritu se someterán á algunas leyes precisas, de las que no será permitido separarse.

Si estos hombres, pues, ocupan en el país una posición hereditaria, serán naturalmente inclinados, no solo á adoptar para ellos mismos un cierto número de reglas fijas, sino á seguir las que se habían impuesto sus abuelos; su legislación será á la vez vigorosa y tradicional. Como no se hallan preocupados con las cosas materiales, ni lo han estado nunca, ni sus padres lo estuvieron mas que ellos, han podido interesarse durante muchas generaciones en los trabajos del espíritu. Comprenden al fin el arte literario, y acaban por amarlo por lo que es en sí, experimentando un verdadero placer al ver que se conforman con él.

Ademas, los hombres de que hablo han empezado su vida y la acaban en la comodidad y en la riqueza, y por lo mismo, deben haber concebido

naturalmente el gusto por los goces esquisitos, y el amor de los placeres finos y delicados. Hai mas : una cierta flojedad de espíritu y de corazón que contraen frecuentemente en medio de ese largo y pacífico uso de tantos bienes, los conduce á alejar de sus mismos placeres, lo que en estos puede hallarse de demasiado vivo ó inesperado. Gustan de que se les divierta sin conmoverlos, y que se les interese sin perturbar su ánimo.

Imaginemos ahora un gran número de trabajos literarios ejecutados por los hombres que acabo de describir, ó para ellos, y se concebirá sin duda una literatura, en que todo será regular y estará coordinado anticipadamente ; las obras de ménos importancia serán cuidadas hasta en sus mas pequeños detalles ; el arte y el trabajo se dejarán ver en todas las cosas : cada género tendrá sus reglas particulares de que no será permitido separarse, y que lo aislarán de todos los otros. El estilo parecerá casi tan importante como la idea, la forma como el fondo, y el tono será culto, moderado y sostenido. El espíritu llevará siempre un paso noble, y raras veces precipitado ; y los escritores se entregarán mas bien á perfeccionar que á producir. Podrá suceder que los miembros de la clase letrada, no viviendo sino entre ellos, y no escribiendo mas que para ellos, pierdan enteramente de vista el

resto del mundo ; lo cual les lanzará en lo afectado y en lo falso, y se impondrán pequeñas reglas literarias para su uso esclusivo, que les separarán insensiblemente del buen sentido, y al fin los conducirán fuera de la naturaleza.

A fuerza de querer hablar de otro modo que el vulgo, vendrán á parar en una especie de jerigonza que no se aleja ménos del buen lenguaje que el modo de hablar del pueblo. Estos son los escollos naturales de la literatura en las aristocracias.

Toda aristocracia que se separa enteramente del pueblo, se hace débil ; lo cual sucede igualmente en literatura que en política (1).

Volvamos ahora el cuadro y considerémoslo por el reverso. Trasportémonos al seno de una aristocracia, cuyas antiguas tradiciones y luces presentes, la hagan sensible á los goces del espíritu. Las clases se hallan allí mezcladas y confundidas ;

(1) Esto es particularmente cierto en los países aristocráticos que por largo tiempo han estado sometidos al poder de un rei.

Cuando reina la libertad en una aristocracia, las clases altas se ven sin cesar obligadas á servirse de ciertas bases, y al hacerlo necesariamente se aproximan á ellas ; por lo cual penetra á veces en su seno algo del espíritu democrático : á mas de esto, en un cuerpo privilegiado que gobierna se desarrolla una energía, un hábito de empresa y un gusto por el movimiento y el ruido, que no pueden dejar de influir en todos los trabajos literarios.

los conocimientos y el poder están divididos hasta lo infinito y, me atrevo á decirlo, esparcidos por todos lados. Se verá, pues, una multitud cuyas necesidades intelectuales están por satisfacer; y como estos nuevos amantes de los gozes del espíritu no han recibido todos la misma educacion, no poseen las mismas luces, ni se asemejan á sus padres, á cada instante difieren entre ellos, porque mudan incesantemente de lugar, de sentimientos y de fortunas. El espíritu de cada uno no está ligado al de los otros por tradiciones, ni hábitos comunes, porque no han tenido nunca el poder, la voluntad ni el tiempo de entenderse entre sí; por tanto, en el seno de esta multitud incoherente y agitada, es donde nacen los autores, y ella es la que les distribuye los beneficios y la gloria.

No hai dificultad en comprender, que estando así las cosas, no debe esperarse encontrar en la literatura de un pueblo semejante, sino un pequeño número de esas convenciones rigurosas que en los siglos aristocráticos reconocen los lectores y los escritores. Si llegase á suceder que los hombres de una época estuviesen de acuerdo sobre algunas, nada probaria esto para la época siguiente, porque en las naciones democráticas cada nueva generacion es un nuevo pueblo. En ellas las le-

tras se someten con dificultad á reglas rigurosas, y es casi imposible que lo estén nunca á reglas permanentes.

En las democracias, no todos los que se ocupan de literatura han recibido una educacion literaria, y aun entre los que tienen alguna tintura de bellas letras, la mayor parte siguen una carrera política, ó abrazan una profesion de que no pueden desviarse sino por momentos, para gozar en secreto los placeres del espíritu. Estos placeres no forman el encanto principal de su existencia, pero los consideran como un descanso pasajero y necesario en medio de los trabajos serios de la vida: semejantes hombres no pueden jamas adquirir conocimientos bastante profundos del arte literario para percibir sus delicadezas; y los pequeños matices, por decirlo así, se les escapan. Como no pueden disponer sino de un tiempo mui limitado para dedicarse á las letras, quieren aprovecharlo todo entero, y gustan por eso de los libros que se consiguen con facilidad, que se leen pronto y que no exigen estudio particular para entenderse. Quieren bellezas fáciles que se demuestren por sí mismas, y de que se pueda gozar al instante; aman sobre todo lo inesperado y lo nuevo, y habituados á una existencia práctica, agitada y monótona, tienen necesidad de emociones vivas y rápidas, de claridad, de verdades ó de

errores brillantes, que les saquen al momento de sí mismos y les introduzcan de repente, y como por fuerza, en medio del objeto.

Pero, ¿ para qué cansarnos? ¿ quién no comprenderá lo que sigue sin que yo lo diga? Hablando en general, la literatura de los siglos democráticos no puede presentar como en los tiempos de aristocracia, la imágen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte; la forma se encontrará, de ordinario, descuidada y algunas veces despreciada; el estilo será frecuentemente extravagante, incorrecto, sobrecargado, flojo, y casi siempre atrevido y vehemente; los autores se fijarán mas en la rapidez de la ejecucion que en la perfeccion de los detalles: habrá mas escritos pequeños que libros de fundamento, mas espíritu que erudicion, mas imaginacion que profundidad: reinará una fuerza inculta y casi salvaje en el pensamiento, y muchas veces una variedad grande y una fecundidad singular en sus producciones. Se procurará asombrar mas bien que agradar, y se tratará de escitar las pasiones mas bien que de encantar el gusto.

Se encontrarán, sin duda, de tiempo en tiempo escritores que querrán marchar por otra via, y si tienen un mérito superior, conseguirán hacerse leer, á pesar de sus defectos y de sus cualidades; pero estas escepciones serán raras, y los mismos

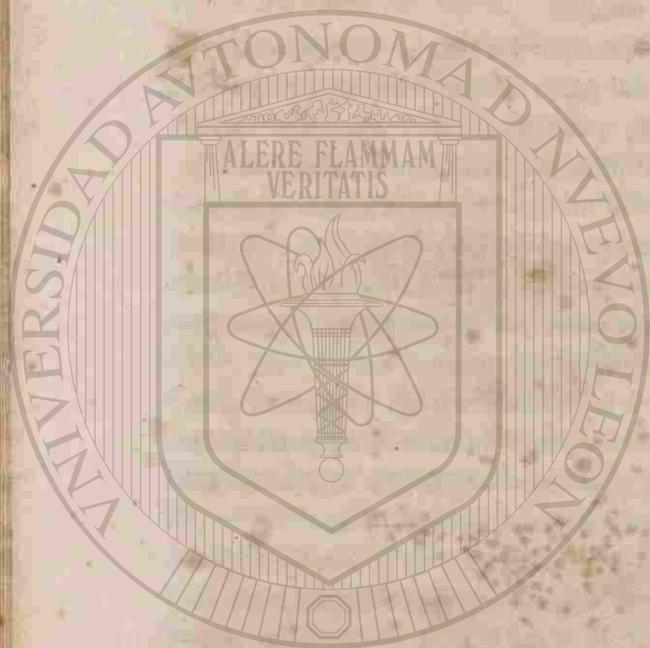
que en el conjunto de sus obras se hayan así separado del uso comun, volverán á entrar en él por algunos detalles.

Acabo de describir dos estados opuestos; pero las naciones no pasan de un golpe del primero al segundo, sino que llegan poco á poco y al traves de grados infinitos. En el tránsito que conduce un pueblo culto del uno al otro, sobreviene casi siempre un momento en que encontrándose el genio literario de las naciones democráticas con el de las aristocracias, parece que ambos quieren reinar de acuerdo en el espíritu humano.

Estas son á la verdad, épocas pasajeras, pero mui brillantes: se tiene entónces la fecundidad sin exuberancia, y el movimiento sin confusion. Tal fué la literatura francesa del siglo xviii.

Diria mas de lo que pienso, si añadiese, que la literatura de una nacion está siempre subordinada á su estado social y á su constitucion política: sé que ademas de estas causas hai otras muchas que imprimen ciertos caractéres á las obras literarias; pero aquellas me parecen las principales.

Las relaciones que existen entre el estado social y político de un pueblo y el genio de sus escritores, son siempre mui numerosas, y quien conoce el uno no ignora jamas totalmente el otro.



CAPÍTULO XIV.

De la industria literaria.

No solo hace penetrar la democracia el gusto de las letras en las clases industriales, sino que introduce el espíritu industrial en el seno de la literatura.

En las aristocracias los lectores son pocos numerosos y difíciles de contentar; en las democracias es más fácil el agradarles y su número es prodigioso. Resulta de aquí, que en los pueblos aristocráticos no se debe esperar el buen éxito sino en virtud de inmensos esfuerzos, que aunque pueden

dar mucha gloria, no procurarán jamas mucho dinero; mientras que en las naciones democráticas un escritor puede lisonjearse de obtener con facilidad una fama mediocre, y una gran fortuna. Para esto no es necesario que se le admire, basta que se le aprecie.

La multitud de lectores que crece diariamente, y la continua necesidad que tienen estos de lo nuevo, aseguran el despacho de un libro que apenas estimen.

En los tiempos de democracia el público obra frecuentemente con los autores, como lo hacen de ordinario los reyes con sus cortesanos: los enriquecen y despues los desprecian. ¿Qué mas quieren las almas venales que nacen en los palacios ó que son dignas de vivir en ellos?

Las literaturas democráticas abundan siempre en autores que no ven en las letras sino una industria, y por cada escritor de mérito se encuentran mil vendedores de ideas.

CAPÍTULO XV.

Por qué el estudio de la literatura griega y latina es particularmente útil en las sociedades democráticas.

Lo que se llamaba pueblo en las repúblicas mas democráticas de la antigüedad, no se parece en nada al que nosotros consideramos actualmente como tal. En Atenas todos los ciudadanos tomaban parte en los negocios públicos, pero de mas de trescientos cincuenta mil habitantes que componian la república, solo veinte mil eran ciudadanos, y todos los demas esclavos; la mayor parte de ellos desempeñaban las funciones que pertenecen en nuestros dias al pueblo, y aun á las clases medias.

Atenas, á pesar de su voto universal, no era sino una república aristocrática en donde todos los nobles tenían igual derecho al gobierno. Si se considera la lucha entre los patricios y los plebeyos de Roma, bajo el mismo punto de vista, no se encontrará sino una cuestión interna entre los diversos miembros de la misma familia. Todos en efecto propendían á la aristocracia y participaban de su influencia.

Se debe observar igualmente que en toda la antigüedad, los libros han sido caros y escasos, y se ha experimentado una grande dificultad en hacerlos reproducir y circular. Estas circunstancias reconcentraban en un corto número de hombres el gusto y el uso de las letras, y formaban como una pequeña aristocracia literaria de lo escogido de una grande aristocracia política. Nada indica que entre los griegos y los romanos las letras hayan sido tratadas nunca como una industria.

Estos pueblos, que no formaban solamente aristocracias, sino que también eran naciones muy cultas y libres, han debido dar á sus producciones literarias los vicios particulares y las cualidades especiales que caracterizan la literatura en los siglos de aristocracia.

En efecto, basta echar la vista sobre los escritos que nos ha dejado la antigüedad, para descubrir

que si á los escritores les falta algunas veces variedad y fecundidad en los diversos objetos, mocion, valentía, y generalización en el pensamiento, han dejado ver siempre un arte y un cuidado asombrosos en los detalles: nada parece hecho en sus obras con precipitación ni á la aventura; todo está allí escrito para los inteligentes, y el esmero por la belleza ideal se muestra sin cesar. No hai literatura que enseñe mas claramente que la antigua, las cualidades que faltan á los escritores de los siglos democráticos, y por lo mismo no hai ninguna que mas les convenga estudiar. Tal estudio es el mas propio de todos para combatir los defectos literarios inherentes á estos siglos, y en cuanto á sus cualidades naturales, ellas se producirán por sí solas, sin que sea necesario aprender á adquirirlas. Esta materia necesita entenderse con claridad.

Un estudio puede ser útil á la literatura de un pueblo, y no por esto ser aplicable á sus necesidades políticas y sociales.

Si se enseñasen solo las bellas letras en una sociedad en que cada uno estuviese habitualmente dispuesto á hacer esfuerzos violentos para aumentar su fortuna, ó para conservarla, habria ciudadanos muy cultos y muy peligrosos; porque dándoles diariamente el estado social y político necesidades que la educación no les enseñaria á satisfacer,

turbarian el estado invocando á los griegos y romanos, en vez de fertilizarlo con su industria.

Es evidente que en las sociedades democráticas, el interes de los individuos, así como la seguridad del Estado, exigen que la educacion del mayor número sea científica, comercial é industrial, mas bien que literaria.

El latin y el griego no deben enseñarse en todas las escuelas; pero conviene que aquellos cuyo natural ó cuya fortuna destinan á cultivar las letras ó predisponen á apreciarlas, encuentren escuelas en donde se enseñe con perfeccion la literatura antigua, para penetrarse completamente de su espíritu. Algunas buenas universidades valdrian mas para conseguir este resultado, que una multitud de colegios malos, en donde estudios superfluos y mal seguidos, impiden aprovechar en los mas necesarios.

Todos los que ambicionan sobresalir en las letras en las naciones democráticas, deben estudiar las obras de la antigüedad. Esta es una higiene saludable. Yo no considero absolutamente sin tacha las producciones literarias de los antiguos; pienso solo que ellas tienen cualidades especiales, que pueden maravillosamente neutralizar nuestros defectos particulares, y sostenernos por el lado á que nos inclinamos.

CAPÍTULO XVI.

De qué modo la democracia americana ha modificado la lengua inglesa.

Si lo que he dicho acerca de las letras en general, se ha comprendido bien, se concebirá fácilmente la especie de influencia que el estado social y las instituciones democráticas pueden ejercer en la lengua misma, que es el primer instrumento del discurso.

Los autores americanos, á decir verdad, viven mas en Inglaterra que en su propio pais, pues estudian sin cesar los escritores ingleses y los toman cada dia por modelo: pero no sucede esto con el

turbarian el estado invocando á los griegos y romanos, en vez de fertilizarlo con su industria.

Es evidente que en las sociedades democráticas, el interes de los individuos, así como la seguridad del Estado, exigen que la educacion del mayor número sea científica, comercial é industrial, mas bien que literaria.

El latin y el griego no deben enseñarse en todas las escuelas; pero conviene que aquellos cuyo natural ó cuya fortuna destinan á cultivar las letras ó predisponen á apreciarlas, encuentren escuelas en donde se enseñe con perfeccion la literatura antigua, para penetrarse completamente de su espíritu. Algunas buenas universidades valdrian mas para conseguir este resultado, que una multitud de colegios malos, en donde estudios superfluos y mal seguidos, impiden aprovechar en los mas necesarios.

Todos los que ambicionan sobresalir en las letras en las naciones democráticas, deben estudiar las obras de la antigüedad. Esta es una higiene saludable. Yo no considero absolutamente sin tacha las producciones literarias de los antiguos; pienso solo que ellas tienen cualidades especiales, que pueden maravillosamente neutralizar nuestros defectos particulares, y sostenernos por el lado á que nos inclinamos.

CAPÍTULO XVI.

De qué modo la democracia americana ha modificado la lengua inglesa.

Si lo que he dicho acerca de las letras en general, se ha comprendido bien, se concebirá fácilmente la especie de influencia que el estado social y las instituciones democráticas pueden ejercer en la lengua misma, que es el primer instrumento del discurso.

Los autores americanos, á decir verdad, viven mas en Inglaterra que en su propio país, pues estudian sin cesar los escritores ingleses y los toman cada dia por modelo: pero no sucede esto con el

pueblo mismo, porque este se halla mas inmediatamente sometido á causas particulares que pueden obrar en los Estados-Unidos. Por consiguiente, el lenguaje de la conversacion, y no el de los escritos, es el que debe considerarse, si se quieren conocer las modificaciones que el idioma de un pueblo aristocrático puede sufrir, cuando pasa á ser la lengua de una democracia.

Ingleses instruidos y apreciadores mas competentes que yo en estos delicados matices, me han asegurado muchas veces que las clases instruidas de los Estados-Unidos difieren de una manera notable por su lenguaje, de las de la Gran Bretaña. No se quejaban solo de que los americanos hubiesen puesto en uso muchas palabras nuevas, porque la diferencia y la distancia del país hubieran bastado para esplicarlo; sino de que estas nuevas palabras hubiesen sido tomadas particularmente de la jerga de los partidos, de las artes mecánicas, ó del lenguaje de los negocios: añadian que las palabras antiguas inglesas se tomaban frecuentemente por los americanos en una acepcion nueva, y decian, en fin, que mezclaban los estilos de un modo singular, y reunian algunas veces ciertas palabras, que en la madre patria habian tenido costumbre de separar.

Estas observaciones hechas repetidas veces por

personas que me parecian dignas de crédito, me condugeron á reflexionar sobre este objeto, y mis reflexiones me llevaron teóricamente al punto á que ellos habian llegado por la práctica.

La lengua debe participar en las aristocracias del reposo en que se mantienen todas las cosas. Se introducen pocas palabras nuevas, porque se hacen pocas cosas nuevas, y aunque se hiciesen cosas nuevas, se esforzarian en llamarlas con palabras conocidas, cuyo sentido ha fijado la tradicion.

Si acontece que el espíritu humano se agite por sí mismo, ó que la luz penetrante de fuera lo despierte, las nuevas espresiones que se crean, tienen un carácter sabio, intelectual y filosófico que indica que no tienen su origen en la democracia. Cuando la caída de Constantinopla hizo refluir las ciencias y las letras hácia el occidente, la lengua francesa se encontró casi de repente invadida por una multitud de palabras nuevas de origen latino ó griego: se vió entónces en Francia un neologismo erudito que no se usaba sino por las clases ilustradas, y cuyos efectos no se hicieron sentir ó no se conocieron sino mui tarde en el pueblo. Todas las naciones de Europa presentaron sucesivamente el mismo espectáculo. Milton solo ha introducido en la lengua inglesa mas de seiscientas palabras, tomadas casi todas del latin, del griego y del hebreo.

El movimiento perpetuo que reina en el seno de una democracia, tiende por el contrario á renovar la faz de la lengua así como la de los negocios: en medio de esta agitacion general, y de este concurso de todos los espíritus, se forma un gran número de ideas nuevas, las antiguas se pierden ó vuelven á aparecer, ó bien se subdividen en una infinidad de grados diversos; se encuentran frecuentemente palabras que no deben usarse, y otras que es necesario adoptar de nuevo en el lenguaje.

Las naciones democráticas desean siempre el movimiento. Esto se observa en la lengua como en la política, y aun cuando no tengan necesidad de cambiar las palabras, lo están siempre deseando.

El genio de los pueblos democráticos no se manifiesta solo en el gran número de palabras nuevas que ponen en uso, sino tambien en la naturaleza de ideas que estas mismas palabras representan.

En estos pueblos la mayoría hace la lei en materia de lenguaje como en todo lo demas, y su espíritu se manifiesta igualmente allí que en otra parte; pero como la mayoría se ocupa mas de negocios que de estudios, y de intereses políticos y comerciales que de especulaciones filosóficas ó de bellas letras, la mayor parte de las palabras creadas ó admitidas por ella, llevarán el sello de estos há-

bitos, sirviendo principalmente para espesar las necesidades de la industria, las pasiones de los partidos, ó los detalles de la administracion pública: En este sentido la lengua se estenderá incesantemente, al paso que abandonará poco á poco el terreno de la metafísica y de la teología.

Nada es mas fácil que conocer el origen de donde las naciones democráticas toman sus nuevas palabras, y el medio de que se valen para inventarlas.

Los hombres que viven en las sociedades democráticas, apenas conocen la lengua que se hablaba en Roma y en Atenas, y se cuidan bien poco de remontar hasta la antigüedad para encontrar las expresiones que les faltan; si recurren alguna vez á sabias etimologías, no es porque su erudicion se las traiga á la memoria, sino porque su vanidad se las hace buscar en el fondo de las lenguas muertas; y aun sucede muchas veces que los mas ignorantes son los que hacen mas uso de estas palabras, por que el deseo democrático de salir de su esfera les conduce á querer realzar una profesion grosera con un nombre griego ó latino; y cuanto mas bajo es el oficio y mas distante está de la ciencia, mas pomposo y erudito es el nombre. Esta es la razón por que muchos bailarines de maroma se trasforman en acrobatos y en funámbulos.

Los pueblos democráticos toman palabras de las

lenguas vivas, en defecto de las muertas, porque comunican siempre entre sí, y los hombres de diferentes países se imitan con facilidad, en razón de que cada día se asemejan mas : pero en su propia lengua es donde sobre todo buscan los medios de innovar, pues toman de tiempo en tiempo de su vocabulario las espresiones ya olvidadas y las sacan de nuevo á luz, ó bien quitan á una clase particular de ciudadanos un término que la es peculiar para hacerlo entrar con un sentido figurado en el lenguaje habitual; de modo que una multitud de espresiones que no habian pertenecido sino al lenguaje especial de un partido ó de una profesion, se encuentran por esta causa introducidas repentinamente en la circulacion general.

El medio que emplean de ordinario los pueblos democráticos para hacer innovaciones en materia de lenguaje, consiste en dar á una espresion ya en uso un sentido inusitado. Este método es sencillo, fácil y cómodo; no se necesita ciencia para servirse de él y la ignorancia misma facilita su empleo; pero pone en peligro la lengua, pues haciendo doble el sentido de una palabra, vuelven tan dudoso el que le dejan como el que le dan.

Empieza un autor por desviar un poco una espresion conocida de su sentido primitivo, y la

adapta á su objeto como mejor le parece; viene otro despues y le da una nueva significacion; un tercero le dará, si es menester, otra ruta diversa, y como no hai árbitro comun ni tribunal permanente que pueda fijar de un modo definitivo el sentido de la palabra, queda esta en una situacion dudosa y ambulante. De aquí resulta que los escritores no parecen jamas adherirse á un solo pensamiento, sino que fluctúan en medio de un grupo de ideas, y dejan al lector el cuidado de juzgar la que se ha iniciado.

Todo esto es una triste consecuencia de la democracia. Yo querria mas bien que se plagase la lengua de términos chinos, tartaros ó hurones, que hacer incierto el sentido de las palabras francesas. La armonía y la homogeneidad no son sino bellezas secundarias del lenguaje. Existen tal vez en todo esto muchas convenciones que pueden en rigor desecharse, pero ningun idioma es bueno sin términos claros.

La igualdad trae necesariamente consigo otras muchas variaciones en el lenguaje. En los siglos aristocráticos, en que cada nacion propende á permanecer separada de todas las otras, y desea tener una fisonomía propia, acontece varias veces que muchos pueblos que tienen un origen comun, se hacen estraños los unos de los otros, en tales tér-

minos, que sin dejar de entenderse, no hablan sin embargo del mismo modo.

En estos mismos siglos cada nacion se divide en un cierto número de clases, que se ven pocas veces y no se mezclan jamas. Cada una de ellas toma y conserva invariablemente hábitos intelectuales que le son del todo propios, y adopta con preferencia ciertas palabras y ciertas voces que en seguida pasan de generacion en generacion como las herencias. Entónces se encuentra en el mismo idioma una lengua de pobres y una de ricos, una de plebeyos y otra de nobles, una sabia y otra vulgar; y cuanto mas profundas son las divisiones y las barreras mas insuperables, tanta mas razon hai para esto. Estoy seguro de que en las tribus de la India, el lenguaje varia prodigiosamente, y que se encuentra casi tanta diferencia entre el de un Paria y el de un Bracmau, como entre sus vestidos. Cuando por el contrario los hombres, cambiando de lugar, se ven y se comunican incesantemente, y que las clases se destruyen, se renuevan, y se confunden, todas las palabras de la lengua se mezclan: las que no pueden convenir al mayor número desaparecen, y el resto forma una masa comun en que cada uno toma sin regla. Casi todos los diversos dialectos que dividen los idiomas de la Europa tienden visiblemente á desaparecer. El *patuá* no existe en el

Nuevo-Mundo, y cada dia va desapareciendo del antiguo.

Esta revolucion del estado social influye en el estilo tanto como en la lengua, pues no solo todo el mundo se sirve de las mismas palabras, sino que se habitúa á emplearlas indiferentemente. Destruídas casi las reglas que habia creado el estilo, apenas se encuentran espresiones que por su naturaleza parezcan vulgares ni distinguidas, porque los individuos que pertenecian á diversas esferas han llevado siempre consigo las voces y los términos de que hacian uso; de manera que el origen de las palabras se ha perdido lo mismo que el de los hombres, y resulta una confusion en el lenguaje como en la sociedad.

Yo sé que en la clasificacion de las palabras hai reglas que no dicen relacion á una forma de sociedad mas que á otra, pues se derivan de la naturaleza misma de las cosas. Hai espresiones y giros que son vulgares, porque los sentimientos que deben espresar son realmente bajos, y otras que son sublimes porque los objetos que quieren representar son naturalmente elevados.

La confusion de las clases no hará nunca desaparecer estas diferencias; pero la igualdad no puede ménos de destruir lo que es puramente convencional y arbitrario en las formas del pensamiento,

y aun dudo si la clasificacion necesaria que indiqué mas arriba no será ménos respetada en un pueblo democrático que en cualquiera otro ; porque en un pais semejante no se encuentran fácilmente hombres, cuya educacion, luces y tiempo libre les permita estudiar de una manera permanente las leyes naturales del lenguaje y hacerlas respetar, observándolas ellos mismos.

No quiero abandonar esta materia sin representar las lenguas democráticas por el último rasgo que las caracteriza quizá mas que todos los otros.

He demostrado anteriormente que los pueblos democráticos tenian gusto y aun pasion por las ideas generales, lo cual depende de las cualidades y de los defectos que les son propios. Este amor de las ideas generales se manifiesta en las lenguas democráticas por el uso continuo de términos genéricos y de palabras abstractas, y por el modo de emplearlas. He aquí el gran mérito y la grande imperfeccion de estas lenguas.

Los pueblos democráticos gustan apasionadamente de los términos genéricos y de las palabras abstractas, porque estas espresiones engrandecen el pensamiento, y permitiendo encerrar en poco espacio muchos objetos, ausilian el trabajo de la inteligencia.

Un escritor democrático dirá de una manera

abstracta *las capacidades* por los hombres capaces, sin entrar en el detalle de las cosas á que esta capacidad se aplica. Hablará de *actualidades* para determinar de un golpe las cosas que pasan en aquel momento á su vista ; y entenderá bajo la palabra *eventualidades* todo lo que puede suceder en el universo desde el momento en que habla.

Los escritores democráticos crean incesantemente palabras abstractas de esta especie, ó toman en un sentido cada vez mas abstracto las voces abstractas de la lengua. Tambien, para hacer mas rápido el discurso, personifican el objeto de estas mismas palabras, y haciéndole obrar como á un individuo, dirán que *la fuerza de las cosas quiere que las capacidades gobiernen.*

Voi á esplicar mi idea con un ejemplo de lo mismo que yo he practicado. He hecho uso muchas veces de la palabra igualdad en un sentido general ; la he personificado ademas en muchos lugares, y aun he llegado á decir que la igualdad hacia ciertas cosas ó se abstenia de otras. Se puede afirmar que los hombres del siglo de Luis XIV no habrian hablado de esta suerte ; entónces, á ninguno le habria ocurrido usar la palabra igualdad sin aplicarla á una cosa particular, y mas bien habrian renunciado á servirse de ella, que consentir

en representarla como una persona viva. Esas palabras abstractas en que abundan las lenguas democráticas, y de que se hace uso á cada paso sin aplicarlas á ningun hecho particular, engrandecen y disfrazan el pensamiento, hacen la espresion mas rápida y la idea ménos clara. Mas en materia de lenguaje, los pueblos democráticos prefieren la oscuridad al trabajo.

No sé por otra parte si lo vago tiene un cierto agrado oculto para los que hablan y escriben en esos pueblos. Los hombres que viven en ellos, hallándose por la comun entregados á los esfuerzos individuales de su inteligencia, están casi siempre en la duda, y como su situacion cambia sin cesar, no permanecen firmes en ninguna de sus opiniones ni aun por la inmovilidad de su fortuna: así es que por lo comun tienen ideas vacilantes y necesitan espresiones mui amplias para encerrarlas. Como no saben si la idea que hoi espresan convendrá á la nueva situacion que ocuparán mañana, conciben naturalmente un gusto por los términos abstractos, y una palabra abstracta es como una caja de dos fondos; se colocan en ella las ideas que se quiere, y se sacan sin que nadie lo vea.

En todos los pueblos, los términos généricos y abstractos forman lo esencial de la lengua; yo no digo que se encuentren solamente estas palabras en

las lenguas democráticas, sino que los hombres propenden en los siglos de igualdad á aumentar particularmente el número de las palabras de esta especie, á tomarlas siempre en la acepcion mas abstracta, y á hacer uso de ellas en cualquiera ocasion aun cuando el discurso no lo requiera.



CAPÍTULO XVII.

De algunas fuentes de la poesía en las naciones democráticas.

Se han dado mui diversas significaciones á la palabra poesía, y seria inútil fatigar á los lectores averiguando cuál de estos diversos sentidos le conviene con preferencia; diré, pues, el que mejor me ha parecido.

La poesía en mi opinion es la pintura de lo ideal. El que cercenando una parte de lo que existe, agregando al cuadro algunos rasgos imaginarios, combinando ciertas circunstancias reales, pero cuyo concurso no se encuentra, completa y engrandece

la naturaleza, este es poeta. Así, la poesía no tendrá por objeto representar la verdad, sino adornar y ofrecer una imágen superior al espíritu.

Los versos que me parezcan como el bello ideal del lenguaje, serán en este sentido eminentemente poéticos, pero por sí solos no constituirán la poesía. Ahora voi á averiguar si entre las acciones, sentimientos é ideas de los pueblos democráticos se encuentran algunas que se presten á la imaginación de lo ideal, y que deban considerarse por esta razón como fuentes naturales de la poesía.

Desde luego es preciso reconocer que el gusto por lo ideal y el placer que se experimenta al ver la pintura, no es tan vivo ni se estiende tanto en un pueblo democrático como en el seno de una aristocracia.

En las naciones aristocráticas sucede algunas veces, que el cuerpo obra como por sí mismo, mientras que el alma está sumergida en un reposo molesto. En ellas el pueblo mismo deja ver gustos poéticos, y su espíritu se lanza algunas veces mas allá y por encima de lo que le rodea. Pero en las democracias el amor de los goces materiales, la idea de la perfección, la rivalidad, el encanto próximo del buen éxito, son como otros tantos estímulos que precipitan los pasos de cada hombre en la carrera que ha abrazado, y le prohíben sepa-

rarse de ella un solo instante. Los principales esfuerzos del alma se dirigen siempre hácia este objeto; no porque la imaginación esté debilitada, sino porque se entrega casi esclusivamente á concebir lo útil y á representar lo real.

La igualdad no solamente desvía los hombres de la pintura de lo ideal, sino que disminuye el número de los objetos que pueden describirse.

La aristocracia, conservando la sociedad inmóvil, favorece la duración y entereza de las religiones positivas, y la estabilidad de las instituciones políticas; y no solamente mantiene en la fe el espíritu humano, sino que le dispone también á adoptar una con preferencia á otra. Un pueblo aristocrático se inclinará siempre á colocar poderes intermediarios entre Dios y el hombre.

Por todo esto se puede decir que la aristocracia se muestra muy favorable á la poesía, pues cuando el universo se compone de seres sobrenaturales que no están al alcance de los sentidos, pero que el espíritu descubre, la imaginación se siente mas dispuesta, y los poetas, hallando mil asuntos diversos que representar, encuentran espectadores, y aficionados sin número, pronto á interesarse en sus cuadros.

En los siglos democráticos, sucede algunas veces que las creencias fluctúan como las leyes. La duda

reduce entónces la imaginacion de los poetas á las cosas de la tierra, y los encierra en el mundo visible y real.

Aun cuando la igualdad no conmueva las religiones, ella las simplifica, y desvía la atencion de los agentes secundarios, para atraerla principalmente hácia el soberano dueño.

La aristocracia conduce naturalmente el espíritu humano á la contemplacion de lo pasado, y lo fija en él. La democracia por el contrario, inspira á los hombres una especie de disgusto, como de instinto, por todo lo que es antiguo; de modo que la aristocracia es en esto mas bien favorable á la poesia, porque las cosas engrandecen por lo regular y se ocultan á medida que se alejan; y bajo este doble aspecto se prestan mas á la pintura de lo ideal.

Despues de haber quitado á la poesia lo pasado, la igualdad le arrebató en parte lo presente.

En los pueblos aristocráticos hai un cierto número de individuos privilegiados, cuya existencia está, por decirlo así, fuera de la condicion humana; el poder, la riqueza la gloria, el espíritu, la delicadeza y la distincion en todas las cosas parecen pertenecer á aquellos en propiedad. La multitud no los ve jamas de cerca, ni los sigue en los detalles, y mui poco es preciso hacer

para volver poética la pintura de estos hombres.

Por otra parte, las clases ignorantes, humildes y serviles que existen en esos mismos pueblos, se prestan á la poesia por el exceso de su tosquedad y de su miseria, como las otras por su extrema finura y su grandeza. Ademas, estando mui separadas las diversas clases de que se compone un pueblo aristocrático y conociéndose mal entre sí, la imaginacion puede siempre al representarlas agregar ó disminuir alguna cosa á la realidad.

En las sociedades democráticas en que los hombres son todos pequeños y mui semejantes, viéndose cada uno á sí mismo, ve al momento á todos los otros. Los poetas que viven en los siglos democráticos no pueden tomar nunca un hombre en particular por objeto de su cuadro; porque el que sea de tamaño mediano y se perciba distintamente por todos lados no se prestará jamas á lo ideal. Está demostrado que si la igualdad se establece sobre la tierra agotará por sí sola la mayor parte de las antiguas fuentes de la poesia. Veamos, pues, ahora de qué manera puede ella procurar otras nuevas.

Cuando la duda despobló el cielo, y los progresos de la igualdad redujeron al hombre á proporciones mejor conocidas y mas pequeñas, los poetas,

no imaginando todavía lo que debieran poner en lugar de los grandes objetos que huían con la aristocracia, dirigieron su vista hácia la naturaleza inanimada y alejando de su idea los héroes y los dioses, emprendieron desde luego la pintura de los rios y de las montañas. De aquí nació en el siglo último la poesía que por excelencia se llama descriptiva.

Algunos han pensado que esta pintura, embellecida con las cosas materiales é inanimadas que cubren la tierra, era la poesía mas propia de los siglos democráticos; pero yo creo que este es un error, pues en mi concepto ella no representa sino una época pasajera.

Estoi convencido de que la democracia desvía con el tiempo la imaginación de todo lo que es exterior al hombre, para fijarla en el hombre mismo. Los pueblos democráticos pueden entretenerse un momento en considerar la naturaleza; pero no se animan realmente sino á la vista de sí mismos, y solo por esta parte se encuentran en ellos las fuentes naturales de la poesía; aun puede creerse que los poetas que no quieran recurrir á ellas, perderán todo su imperio sobre el alma de los que pretenden hechizar, y acabarán por no tener mas que frios testigos de sus trasportes: he hecho ver de qué manera la idea del progreso y de la perfectibilidad

indefinida de la especie humana era propia de los siglos democráticos.

Los pueblos democráticos no se ocupan absolutamente de lo que ha pasado, pero meditan y aun sueñan en lo que será; en este sentido, su imaginación no tiene límites, y se estiende y aumenta sin medida. Esto presenta un vasto campo á los poetas y les permite ver el cuadro de léjos; así, la democracia que oculta lo pasado á la poesía, le abre el porvenir.

Como los ciudadanos que componen una sociedad democrática son casi iguales y semejantes, la poesía no puede fijarse en ninguno en particular; pero toda la nación se ofrece á su pincel. La semejanza de todos los individuos, que hace á cada uno separadamente impropio para objeto de la poesía, permite á los poetas encerrarlos á todos en una misma imágen, para considerar el pueblo mismo. Las naciones democráticas divisan con mas claridad que todas las otras su propia forma, y esta grande forma se presta maravillosamente á la pintura de lo ideal.

Convendré fácilmente en que los americanos no tienen poetas; pero no por eso admitiré que carezcan de ideas poéticas. En Europa se ocupan mucho de los desiertos de la América, y los americanos ni aun piensan en ellos, pues se mues-

tran insensibles á las maravillas de la naturaleza inanimada y no ven, por decirlo así, los admirables bosques que los rodean sino cuando caen bajo sus golpes. Su vista está fija en otra cosa, y el pueblo americano se ve marchar al traves de estos desiertos, desaguando las ciénagas, enderezando los rios, poblando la soledad y domando la naturaleza. Esta espléndida imágen de ellos mismos, no se ofrece tan solo de tiempo en tiempo á la imaginacion de los americanos, pues puede decirse que sigue á cada uno de ellos en sus mas mínimas acciones como en las principales, y que permanece siempre delante de su espíritu.

Nada puede concebirse tan pequeño, tan oscuro, tan lleno de miserables intereses, y tan antipoético, en una palabra, como la vida de un hombre en los Estados-Unidos; pero entre los pensamientos que la dirigen se encuentra uno lleno de poesía y que puede mirarse como el nervio oculto que da vigor á todo el resto.

En los siglos aristocráticos cada pueblo, así como cada individuo, propende á permanecer inmóvil y separado de los demas.

En los siglos democráticos, la extrema movilidad de los hombres y sus impacientes deseos, hacen que ellos cambien todos los dias de lugar y que los habitantes de diferentes paises se mezclen, se vean,

se escuchen y se imiten: no son solamente los miembros de una nacion los que se hacen semejantes, sino tambien las naciones mismas, y todas juntas no forman á la vista del espectador mas que una vasta democracia, en la que cada ciudadano es un pueblo. Esto descubre por la primera vez la forma del género humano.

Todo lo que tiene relacion con la existencia del género humano en general, con sus vicisitudes y porvenir, llega á ser una mina mui fecunda para la poesía.

Los poetas que vivieron en los siglos aristocráticos hicieron admirables pinturas, tomando por objeto ciertos incidentes de la vida de un pueblo ó de un hombre; pero ninguno de ellos se atrevió jamas á representar en su cuadro los destinos de la especie humana, miéntras que los poetas que escriben en los siglos democráticos pueden emprenderlo.

Cuando cada uno, elevando su vista mas allá de su país, empieza á descubrir la humanidad en sí misma, Dios se manifiesta al espíritu humano en su plena y entera majestad.

Si en los siglos democráticos la fe en las religiones positivas es frecuentemente vacilante, y las creencias en los poderes intermedios, cualquiera que sea el nombre que se les dé, se oscurecen,

tambien sucede por otra parte que los hombres se hallan dispuestos á concebir una idea mui vasta de la Divinidad misma, y su intervencion en los negocios humanos aparece con nueva y mayor claridad.

Considerando el género humano como una sola masa, conciben fácilmente que un mismo designio preside á todos sus destinos; y en las acciones de cada individuo reconocen la huella de ese plan general y constante, por el cual Dios conduce la especie. Esto puede considerarse como otra fuente abundantísima de poesía en estos siglos.

Los poetas democráticos parecerán siempre pequeños y frios si pretenden representar los dioses, los demonios ó los ángeles con formas corporales, ó si los hacen descender del cielo para disputarse la tierra; pero si quieren atribuir los grandes acontecimientos que describen á los designios generales de Dios sobre el universo, y sin mostrar la mano del soberano dueño, hacer penetrar en su pensamiento, serán admirados y comprendidos, porque la imaginacion de sus contemporáneos sigue por sí misma esta senda.

Se puede prever igualmente que los poetas que viven en los siglos democráticos pintarán las pasiones y las ideas, mas bien que las personas y los hechos.

El lenguaje, los usos y las acciones diarias de los hombres no se prestan en las democracias á la imaginacion de lo ideal. Tales cosas no son poéticas por sí mismas, y aun cesarian de serlo por la razon sola de que son demasiado conocidas de aquellos á quienes se quisiese hablar de ellas. Esto obliga á los poetas á penetrar mas adentro de la superficie exterior que los sentidos descubren, á fin de vislumbrar el alma misma; y no hai nada que se preste mas á la pintura de lo imaginario que el hombre contemplado de este modo en lo profundo de su naturaleza inmaterial.

No tengo necesidad de examinar el cielo ni la tierra para descubrir un objeto maravilloso lleno de contrastes, de grandeza y de pequeñeces infinitas, de oscuridades profundas y de singulares resplandores, capaz á la vez de hacer nacer la piedad, la admiracion, el desprecio y el terror; no tengo mas que considerarme á mí mismo: el hombre sale de la nada, atraviesa el tiempo y va á desaparecer para siempre en el seno de Dios; solo un momento se le ve vagar en el extremo de los dos abismos en que se pierde.

Si el hombre se ignorase completamente, no seria poético; porque no puede pintarse lo que no se conoce. Si se viese claramente, su imaginacion permaneceria ociosa y nada tendria que agregar al

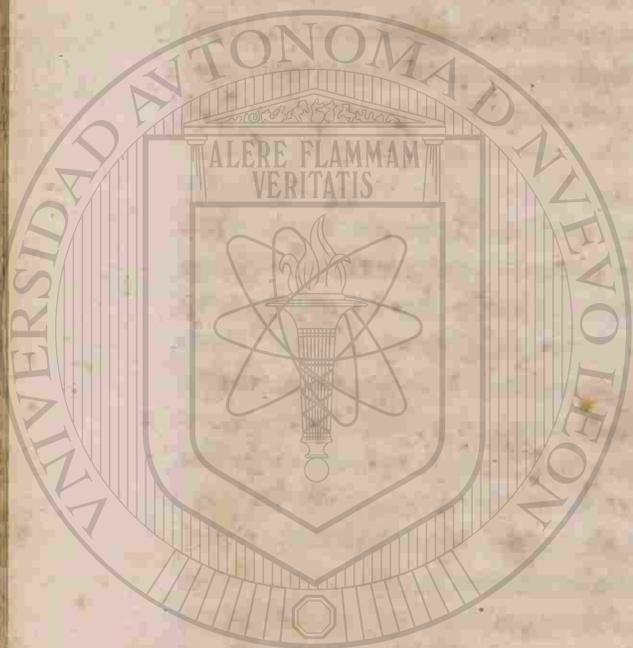
cuadro; pero el hombre está bastante descubierto para que pueda percibir algo de sí mismo, y demasiado oculto con el velo del destino, para que el resto se sumerja en tinieblas impenetrables, donde busca sin cesar y siempre en vano, á fin de acabar de conocerse.

Jamas debe esperarse que en los pueblos democráticos la poesía viva de leyendas, que se alimente con tradiciones y antiguos recuerdos, que pretenda volver á poblar el universo de seres sobrenaturales, en que ni los poetas ni los lectores creen, ni que personifique virtudes y vicios que quieran verse bajo su propia forma. Todos estos recursos le faltan, pero le queda el hombre y esto basta para ella. Los destinos humanos, el hombre, prescindiendo de su tiempo y de su país, y colocado en frente de la naturaleza y de Dios, con sus pasiones, sus dudas, sus prosperidades inauditas y sus miserias incomprensibles, vendrá á ser para estos pueblos el objeto principal y casi único de la poesía; y de este ya puede asegurarse, si se consideran los escritos de los mas grandes poetas que han aparecido desde que el mundo se dirige hácia la democracia.

Los escritores que en nuestros dias han reproducido tan admirablemente las acciones de Child-Harold, de René y de Jocelyn, no han pretendido

referir los hechos de un hombre, sino iluminar y engrandecer ciertas faces del corazon humano todavía oscuras.

Tales son los poemas de la democracia. La igualdad, pues, no destruye todos los objetos de la poesía, sino que los hace ménos numerosos y mas vastos.



CAPÍTULO XVIII.

Por qué los escritores y los oradores americanos tienen por lo general un estilo hinchado.

He observado frecuentemente que los americanos, que tratan en general los negocios en un lenguaje claro y seco, desprovisto de adorno alguno, y cuya extrema sencillez es muchas veces vulgar, se hacen hinchados cuando toman el estilo poético; entónces se muestran pomposos de un extremo á otro del discurso, y se creeria, viéndoseles prodigar las imágenes á cada paso, que jamas han dicho nada sencillamente.

Los ingleses caen raras veces en semejante defecto, y la causa se puede indicar con facilidad.

En las sociedades democráticas cada ciudadano se ocupa habitualmente en contemplar un objeto mui pequeño que es él mismo, y si eleva mas la vista, no percibe sino la inmensa imágen de la sociedad, ó la forma todavía mas grande del género humano. No tiene sino ideas mui claras y mui particulares, ó nociones mui generales y vagas; el espacio intermedio está vacío.

Cuando se le ha sacado de sí mismo, aguarda siempre que se ofrezca á su vista algun objeto prodigioso, y solo bajo esta condicion consiente en separarse un momento de los pequeños y complicados cuidados que agitan y encantan su vida.

Esto esplica bastante por qué los hombres de las democracias, que tienen en general negocios de poca trascendencia, reclaman de sus poetas concepciones tan vastas y pinturas tan desmesuradas. Por su parte los escritores obedecen casi siempre á estos instintos de que ellos mismos participan; de manera que envanecen su imaginacion incesantemente, y estendiéndola sin límites, la dirigen hácia lo gigantesco, abandonando con frecuencia lo sublime.

De este modo se figuran atraer inmediatamente

las miradas de la multitud, y fijarlas al rededor de sí; lo cual consiguen muchas veces, porque la multitud que no busca en la poesía sino objetos mui vastos, no tiene tiempo para considerar exactamente las proporciones de los que se le presentan, ni gusto bien establecido para conocer en qué consisten sus desproporciones; de manera que el autor y el público se corrompen recíprocamente.

Hemos visto por otra parte, que en los siglos democráticos las fuentes de la poesía eran bellas, pero poco abundantes; así es, que bien pronto se agotan, y no encontrando ya los poetas materia para lo ideal en lo verdadero ni en lo positivo, se separan enteramente de estos principios y crean monstruos.

No temo que la poesía de los pueblos democráticos se muestre tímida, ni que se humille en extremo; pues mas bien rezelo que se perderá á cada instante en las nubes, acabando por pintar regiones enteramente imaginarias. Temo sí, que las obras de los poetas democráticos ofrezcan frecuentemente imágenes inmensas é incoherentes, pinturas sobrecargadas, conjuntos estravagantes, y que los seres fantásticos salidos de su espíritu hagan recordar algunas veces con sentimiento el mundo real.



CAPÍTULO XIX.

Algunas observaciones acerca del teatro en los pueblos democráticos.

Cuando la revolución que ha cambiado el estado social y político de un pueblo aristocrático empieza a mostrarse en la literatura, en el teatro es donde se presenta desde luego, y allí permanece siempre visible.

El espectador de una obra dramática es en cierto modo sorprendido por la impresión que se le causa. Él no tiene tiempo de consultar su memoria ni los inteligentes; no se ocupa de combatir los nue-

vos instintos literarios que comienzan á manifestarse en sí mismo, y cede á ellos ántes de conocerlos.

Los autores conocen al instante de qué lado se inclina secretamente el gusto del público, y hácia él dirigen sus obras: las piezas dramáticas, despues de haber hecho descubrir la revolucion literaria que se prepara, acaban mui pronto por ponerla en práctica. El que quiera juzgar anticipadamente de la literatura de un pueblo que se hace democrático, debe estudiar su teatro.

Las piezas de teatro forman en las naciones aristocráticas mismas la porcion mas democrática de la literatura. No hai goce literario mas al alcance del pueblo que el que se experimenta en la escena. Para percibirlo no se necesita preparacion ni estudio, y se siente en medio de las preocupaciones y de la ignorancia. Cuando el amor, apénas formado, por los placeres del espíritu empieza á penetrar en alguna de las clases de los ciudadanos, inmediatamente la dirige al teatro. Los teatros de las naciones aristocráticas están siempre llenos de espectadores que no pertenecen á la aristocracia. Solo en ellos sucede que las clases superiores se mezclen con las medianas y las inferiores, y que consientan, si no en recibir su voto, á lo ménos en sufrir que lo den; y allí es donde los eruditos

y los letrados han tenido siempre mas dificultad en hacer prevalecer su gusto sobre el del pueblo, é impedir ser arrastrados ellos mismos por aquel. El patio hace por lo comun la lei á los palcos. Si le es difícil á una aristocracia impedir al pueblo que asista al teatro, esto mismo hace comprender que la multitud debe reinar allí en jefe, cuando los principios democráticos, penetrando en las leyes y en las costumbres, confundan las clases, acerquen las inteligencias como las fortunas, y la clase superior pierda con sus riquezas hereditarias, su poder, sus tradiciones y sus comodidades.

Los gustos y los instintos naturales de los pueblos democráticos en materia de literatura se manifestarán, pues, desde luego en el teatro, y aun puede preverse que se introducirán allí con violencia. Las leyes literarias de la aristocracia se modificarán poco á poco, y por decirlo así, de una manera legal en todos los escritos, pero en el teatro serán derrocadas por tumultos. El teatro saca á luz la mayor parte de las cualidades y casi todos los vicios inherentes á las literaturas democráticas.

Los pueblos democráticos hacen un mediano aprecio de la erudicion, y no se cuidan de saber á fondo lo que sucedia en Roma y en Aténas: quieren que se les hable de sí mismos y reclaman el cuadro de lo presente.

Cuando los héroes y las costumbres de la antigüedad se reproducen en la escena con frecuencia, y se guarda fidelidad á las tradiciones antiguas, esto basta para inferir que las clases democráticas no dominan en el teatro.

Racine se escusa con mucha humildad en el prefacio de *Britannicus* de haber comprendido á Junia en el número de las vestales, entre las cuales, según dice Aulu-Gelle, « no se recibía ninguna «joven antes de la edad de seis años ni después de «la de diez.» Puede creerse que si él hubiera escrito en nuestros días no habría pensado en acusarse ó defenderse de semejante crimen.

Un hecho igual me instruye no solo del estado de la literatura en el tiempo á que se refiere, sino también del de la sociedad misma. Un teatro democrático no prueba que la nación es democrática, pues como acabamos de manifestar, en las aristocracias mismas puede suceder que los gustos democráticos influyan en la escena; pero cuando el espíritu aristocrático reina solo en el teatro, esto mismo demuestra evidentemente que la sociedad entera es aristocrática, y con razón se puede deducir que esa clase erudita y letrada que dirige los autores, domina los ciudadanos y gobierna los negocios.

Es muy raro que los gustos refinados y las incli-

naciones altaneras de la aristocracia cuando gobierna el teatro, no la conduzcan por decirlo así á hacer una elección en la naturaleza humana. Ciertas condiciones sociales la interesan principalmente, y se complace en verlas representadas en la escena; ciertas virtudes y aun ciertos vicios le parecen más dignos de reproducirse; considera por lo mismo más grato el cuadro de estos objetos y aleja de su vista todos los demás. En el teatro como fuera de él, la aristocracia no quiere jamás encontrar sino grandes señores, y solo los reyes la conmueven. Lo mismo sucede en cuanto al estilo. Una aristocracia impone á los autores dramáticos ciertas maneras de decir, y quiere que todo se diga en este tono. Así es que el teatro llega con frecuencia á no pintar el hombre más que por un lado, y aun á representar algunas veces lo que no encuentra en la naturaleza humana; pudiéndose decir que se eleva hasta salir de ella misma.

En las sociedades democráticas los espectadores no hacen semejantes preferencias, y dejan ver raras veces tales antipatías; desean encontrar en la escena la mezcla confusa de condiciones, de sentimientos y de ideas que se les presentan todos los días, y entonces el teatro viene á ser más interesante, más vulgar y más verdadero. Sin embargo los que en tiempos democráticos escriben para el

teatro, se separan tambien algunas veces de la naturaleza humana, pero lo hacen por el lado opuesto al de sus antecesores, y á fuerza de querer reproducir minuciosamente las pequeñas singularidades del momento presente y la fisonomía particular de ciertos hombres, se olvidan de trazar los caracteres generales de la especie.

Luego que las clases democráticas reinan en el teatro, introducen tanta libertad en la manera de tratar el asunto, como en la elección misma de él.

Siendo el amor del teatro, entre todos los gustos literarios, el mas natural en los pueblos democráticos, el número de autores y el de espectadores, así como el de espectáculos crece sin cesar entre ellos; y una multitud semejante compuesta de elementos tan diversos y estendidos en tan distintos lugares, no puede reconocer las mismas leyes ni someterse á las mismas reglas. Resulta de esto que no puede existir absolutamente conformidad entre tan numerosos jueces, pues no sabiendo el punto en donde encontrarse, dirige cada uno su fallo separadamente. Si el efecto de la democracia es en general hacer dudosas las reglas y las convenciones literarias, en el teatro las anula del todo para sustituir el capricho de cada autor y de cada público.

En el teatro asimismo, es donde se hace ver

principalmente lo que he dicho en otra parte de una manera general, hablando del estilo y del arte en las literaturas democráticas. Cuando se leen las críticas de las obras drámaticas del siglo de Luis XIV, se sorprende uno al ver el gusto tan pronunciado del público por la verosimilitud, y la importancia que daba á que un hombre permaneciendo siempre de acuerdo con él mismo, no hiciese nada que no pudiese ser fácilmente explicado y comprendido.

Tambien es mui sorprendente la importancia que se daba entónces á las formas del lenguaje, y los argumentos de palabras que se hacian á los autores dramáticos.

Parece que los hombres del siglo de Luis XIV daban un valor mui exagerado á esos detalles que se perciben en el gabinete, pero que no se conocen en la escena; pues bien mirado, el principal objeto de una pieza es el ser representada, y su primer mérito el conmover. Esto provenia de que los espectadores de esa época eran al mismo tiempo lectores, y al salir de la representacion aguardaban en su casa al escritor para acabar de juzgarlo.

En las democracias se oyen las piezas de teatro, pero no se leen. La mayor parte de los que asisten á las representaciones teatrales no buscan en ellas los placeres del espíritu, sino las conmociones vivas

del corazón. No esperan encontrar allí una obra de literatura, sino un mero espectáculo, y con tal que el actor hable correctamente la lengua del país para hacerse entender, y que los personajes esciten la curiosidad y despierten las simpatías, están completamente satisfechos; de modo que sin pedir nada más á la ficción, entran muy pronto en el mundo positivo. El estilo es allí ménos necesario, porque en la escena no es tan fácil advertir la inobservancia de sus reglas.

En cuanto á la verosimilitud, es imposible, permaneciendo fiel á ella, ser nuevo, inesperado ni rápido; no hai riesgo ninguno en descuidarla, porque el público la perdona fácilmente, y aun puede creerse que no se fijará en las vías por donde se le conduzca, si al fin se encuentra delante de un objeto que le conmueve. Así, jamás reprobará que se le haya enternecido á despecho de las reglas.

Los americanos dejan ver especialmente estos diversos sentimientos que acabo de describir cuando van al teatro; pero es preciso saber que solo un corto número los frecuenta. Aunque los espectadores y los espectáculos se hayan aumentado prodigiosamente después de cuarenta años en los Estados-Unidos, la población no se entrega todavía á esta especie de recreo sino con una extrema circunspección.

Esto nace de causas particulares que el lector ya conoce, y que basta recordarle en dos palabras. Los puritanos que fundaron las repúblicas americanas no solamente eran enemigos de los placeres, sino que tenían un especial horror al teatro. Le consideraban como una diversion abominable, y mientras reinó solo su espíritu, las representaciones dramáticas eran absolutamente desconocidas entre ellos. Tales opiniones en los primeros padres de la colonia han dejado huellas profundas en el ánimo de sus descendientes.

La extrema regularidad del hábito y la gran rigidez de costumbres que se observa en los Estados-Unidos, han sido hasta ahora poco favorables al desarrollo del arte teatral. Es imposible que haya materia para componer dramas en un país que no ha presenciado grandes catástrofes políticas, y en donde el amor conduce siempre por un camino directo y fácil al matrimonio. Gentes que emplean todos los días de la semana en hacer fortuna y el domingo en rogar á Dios, no se prestan de modo alguno al número de la comedia. Un hecho solo basta para probar que el teatro es poco popular en los Estados-Unidos.

Los americanos, cuyas leyes autorizan la libertad y hasta la licencia de la palabra en todas las cosas, han sometido, sin embargo, los autores dra-

máticos á una especie de censura. Las representaciones dramáticas no pueden tener lugar sino cuando los regidores de la municipalidad las permiten; lo cual manifiesta bien que los pueblos son como los individuos: se entregan sin miramiento á sus principales pasiones, teniendo buen cuidado despues de no dejarse arrastrar por gustos que no conocen.

No hai parte de la literatura mas estrechamente ligada al estado actual de la sociedad que el teatro. El teatro de una época no puede nunca convenir á la que la siga, si una importante revolucion ha cambiado entre las dos las costumbres y las leyes.

No dejan de estudiarse aun los grandes escritores de otros siglos; pero no por eso se asiste á la representacion de las piezas escritas para otro público: los autores dramáticos de los tiempos pasados no existen sino en los libros.

El gusto tradicional de algunos hombres, la vanidad, la moda y el genio de un actor pueden sostener por algun tiempo, ó restablecer un teatro aristocrático en el seno de una democracia; pero muy pronto declinará por sí mismo, pues si bien no se le derriba, se le abandona.

CAPÍTULO XX.

De algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos.

Los historiadores que escriben en los siglos aristocráticos hacen depender casi todos los acontecimientos de la voluntad particular y del carácter de ciertos hombres, y deducen de los mas mínimos accidentes las revoluciones mas importantes: ellos dan un gran valor á las causas mas pequeñas, y frecuentemente no perciben las mas grandes. Los historiadores que viven en los siglos democráticos demuestran tendencias enteramente opuestas. La

máticos á una especie de censura. Las representaciones dramáticas no pueden tener lugar sino cuando los regidores de la municipalidad las permiten; lo cual manifiesta bien que los pueblos son como los individuos: se entregan sin miramiento á sus principales pasiones, teniendo buen cuidado despues de no dejarse arrastrar por gustos que no conocen.

No hai parte de la literatura mas estrechamente ligada al estado actual de la sociedad que el teatro. El teatro de una época no puede nunca convenir á la que la siga, si una importante revolucion ha cambiado entre las dos las costumbres y las leyes.

No dejan de estudiarse aun los grandes escritores de otros siglos; pero no por eso se asiste á la representacion de las piezas escritas para otro público: los autores dramáticos de los tiempos pasados no existen sino en los libros.

El gusto tradicional de algunos hombres, la vanidad, la moda y el genio de un actor pueden sostener por algun tiempo, ó restablecer un teatro aristocrático en el seno de una democracia; pero muy pronto declinará por sí mismo, pues si bien no se le derriba, se le abandona.

CAPÍTULO XX.

De algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos.

Los historiadores que escriben en los siglos aristocráticos hacen depender casi todos los acontecimientos de la voluntad particular y del carácter de ciertos hombres, y deducen de los mas mínimos accidentes las revoluciones mas importantes: ellos dan un gran valor á las causas mas pequeñas, y frecuentemente no perciben las mas grandes. Los historiadores que viven en los siglos democráticos demuestran tendencias enteramente opuestas. La

mayor parte de ellos no atribuyen casi ninguna influencia al individuo sobre el destino de la especie, ni á los ciudadanos sobre la suerte del pueblo; pero en compensacion suponen grandes causas á todos los hechos pequeños y particulares. Estas tendencias opuestas pueden esplicarse.

Quando los historiadores de los siglos aristocráticos fijan la vista sobre el teatro del mundo, descubren inmediatamente en él un pequeño número de actores principales que dirigen el drama. Estos grandes personajes que se mantienen siempre en el proscenio, detienen su vista y la fijan: mientras que se aplican á descubrir los motivos secretos que hacen obrar y hablar á aquellos, olvidan absolutamente lo demas.

La importancia de las cosas que ven hacer á algunos hombres, les da una idea mui exagerada de la influencia que puede ejercer cualquiera de ellos, y los dispone naturalmente á creer que es preciso siempre recurrir á la accion particular de un individuo para esplicar los movimientos de la multitud.

Quando al contrario, todos los ciudadanos son independientes los unos de los otros, y cada uno es por sí débil, no se descubre quién ejerza un poder mui grande, ni ménos mui durable sobre la masa. A primera vista los individuos parece que carecen

absolutamente de influencia sobre ella, y podria decirse que la sociedad marcha solo por el libre y espontáneo concurso de todos los hombres que la componen.

Esto conduce naturalmente el espíritu humano á inquirir la razon general que ha podido fijar á la vez tantas inteligencias, y dirigirlas simultáneamente hácia el mismo lado.

Estoi convencido de que en las naciones democráticas, el genio, los vicios ó las virtudes de ciertos individuos retardan ó precipitan el curso natural del destino del pueblo; pero esta especie de causas fortuitas y secundarias son infinitamente mas variadas, mas ocultas, mas complicadas, ménos poderosas y por consecuencia mas diffeiles de distinguir y conocer en los tiempos de igualdad que en los aristocráticos, en que únicamente se trata de analizar en medio de los hechos generales, la accion particular de uno solo ó de algunos hombres. El historiador se causa pronto de semejante trabajo; su espíritu se pierde en medio de este laberinto, y no pudiendo llegar á percibir con claridad ni á descubrir las influencias individuales, acaba por negarlas. Prefiere entónces hablarnos del natural de los linajes, de la constitucion física del país, ó del espíritu de la civilizacion, y con ménos trabajo satisface mejor al lector.

M. de Lafayette ha dicho en sus Memorias, que el sistema exagerado de causas generales era mui ventajoso á los hombres públicos de medianos talentos, y yo añadiré que tambien lo es á los historiadores mediocres. Él les suministra siempre algunas grandes razones que los sacan prontamente de apuros en lo mas difícil de sus escritos, y favorecen la debilidad ó la pereza de su espíritu, haciendo honor á su capacidad.

Por lo que hace á mí, pienso que no hai una época en que no sea preciso atribuir una parte de los acontecimientos de este mundo á hechos mui generales, y otra á influencias mui particulares: estas dos causas se encuentran siempre, y solo su relacion difiere. Los hechos generales esplican mas cosas en los siglos democráticos que en los aristocráticos, y las influencias particulares ménos. En los tiempos de aristocracia sucede lo contrario: las influencias particulares son mas fuertes, y las causas generales mas débiles, á no ser que se considere como una causa general el hecho mismo de la desigualdad de las condiciones, que permite á algunos individuos oponerse á las tendencias naturales de todos los otros.

Los historiadores que pretenden describir lo que pasa en las sociedades democráticas, tienen, pues, razon de atribuir una gran parte á las causas gene-

rales, y de interesarse principalmente en descubrirlas; pero no en negar enteramente la accion particular de los individuos, porque sea difícil encontrarla y seguirla.

No solamente los historiadores de los siglos democráticos se inclinan á señalar á cada hecho una gran causa, sino tambien á ligar los hechos entre sí y á hacer salir de ellos un sistema.

Como en los siglos aristocráticos la atencion de los historiadores se dirige siempre sobre los individuos, pierden el enlace de los acontecimientos, ó mas bien, no creen en un enlace semejante, y el hilo de la historia les parece interrumpido á cada instante por el paso de un hombre. En los siglos democráticos sucede al contrario, pues viendo el historiador mucho ménos los actores y mucho mas los actos, le es fácil establecer una filiacion y un orden metódico entre estos.

La literatura antigua, que nos ha dejado tan bellas historias, no ofrece ni un solo gran sistema histórico, al paso que las mas miserables literaturas modernas abundan en ellos. Parece que los historiadores antiguos no hacian bastante uso de estas teorías generales, de que los nuestros están siempre dispuestos á abusar. Todavía tienen una tendencia mas peligrosa los que escriben en los siglos democráticos.

Cuando se pierde la huella de la acción de los individuos sobre las naciones, sucede frecuentemente que el mundo se conmueve sin que se descubra el motor; y como es muy difícil averiguar y analizar las razones que, obrando separadamente sobre la voluntad de cada ciudadano, acaban por producir el movimiento del pueblo, se inclina uno á creer que este movimiento no es voluntario, y que las sociedades obedecen, sin saberlo, á una fuerza superior que las domina.

Aun cuando se cree descubrir en la tierra el hecho general que dirige la voluntad particular de todos los individuos, esto no salva la libertad humana. Una causa muy vasta para aplicarse á la vez á millones de hombres, y bastante fuerte para inclinarlos á todos del mismo lado, parece irresistible; cuando se ha visto que todos ceden á ella, no es difícil persuadirse de que no era posible resistirla.

Los historiadores de las épocas democráticas, no solamente niegan á algunos ciudadanos el poder de obrar sobre el destino del pueblo, sino que quitan á los pueblos mismos la facultad de modificar su propia suerte, y la someten ya sea á una providencia inflexible ó á una ciega fatalidad. Según ellos, cada nación está invenciblemente ligada por su posición, su origen, su natural, sus

anteriores á un cierto destino que todos sus esfuerzos no pueden cambiar. Suponen las generaciones dependientes las unas de las otras, y remontando así de edad en edad y de acontecimientos necesarios en acontecimientos necesarios hasta el origen del mundo, hacen una fuerte é inmensa cadena que rodea y liga todo el género humano. Como no les basta mostrar las razones que produjeron los hechos, pretenden hacer ver que no podían suceder de otra manera. Consideran por ejemplo una nación que ha llegado á un cierto punto de su historia, y afirman que se ha visto precisada á seguir el camino que la ha condeido de este modo; lo cual es más fácil que enseñar lo que hubiera debido hacer para tomar mejor ruta.

Los historiadores de los siglos aristocráticos, y particularmente los de la antigüedad, parecen dar á entender que el hombre puede hacerse dueño de su suerte y gobernar sus semejantes con solo aprender á dominarse á sí mismo; mientras que recorriendo las historias escritas en nuestros días, se diría que el hombre no puede nada ni sobre él ni sobre lo que le rodea. Los historiadores de la antigüedad enseñaban á mandar, los de nuestros tiempos no enseñan más que á obedecer. En sus escritos el autor parece frecuentemente grande, pero la humanidad es siempre pequeña.

Si esta doctrina de la fatalidad, que tiene tantos atractivos para los que escriben la historia en los siglos democráticos, pasando de los escritores á sus lectores, penetrase así en la masa entera de los ciudadanos y se apoderase del espíritu público, se podría prever que paralizaría mui pronto el movimiento de las nuevas sociedades, y convertiría los cristianos en turcos.

Diré además que una doctrina semejante es en particular peligrosa en la época en que nos hallamos: nuestros contemporáneos se inclinan mucho á dudar del libre albedrío, porque cada uno de ellos se siente limitado de todos lados por su debilidad; pero conceden sin embargo la fuerza y la independencia á los hombres reunidos en cuerpo social. Es preciso guardarse de oscurecer esta idea, pues se trata de reanimar las almas, y no de acabar de abatirlas.

CAPÍTULO XXI.

De la elocuencia parlamentaria en los Estados-Unidos.

En los pueblos aristocráticos todos los hombres dependen los unos de los otros, y existe entre ellos un lazo jerárquico con cuya ayuda cada uno puede mantenerse en su lugar, y el cuerpo entero en la obediencia. Alguna cosa análoga se encuentra siempre en el seno de las asambleas políticas de estos pueblos. Los partidos se alistan allí bajo ciertos jefes, á quienes obedecen por una especie de instinto que no es sino el resultado de hábitos

Si esta doctrina de la fatalidad, que tiene tantos atractivos para los que escriben la historia en los siglos democráticos, pasando de los escritores á sus lectores, penetrase así en la masa entera de los ciudadanos y se apoderase del espíritu público, se podría prever que paralizaría mui pronto el movimiento de las nuevas sociedades, y convertiría los cristianos en turcos.

Diré además que una doctrina semejante es en particular peligrosa en la época en que nos hallamos: nuestros contemporáneos se inclinan mucho á dudar del libre albedrío, porque cada uno de ellos se siente limitado de todos lados por su debilidad; pero conceden sin embargo la fuerza y la independencia á los hombres reunidos en cuerpo social. Es preciso guardarse de oscurecer esta idea, pues se trata de reanimar las almas, y no de acabar de abatirlas.

CAPÍTULO XXI.

De la elocuencia parlamentaria en los Estados-Unidos.

En los pueblos aristocráticos todos los hombres dependen los unos de los otros, y existe entre ellos un lazo jerárquico con cuya ayuda cada uno puede mantenerse en su lugar, y el cuerpo entero en la obediencia. Alguna cosa análoga se encuentra siempre en el seno de las asambleas políticas de estos pueblos. Los partidos se alistan allí bajo ciertos jefes, á quienes obedecen por una especie de instinto que no es sino el resultado de hábitos

contraídos en otra parte, y llevan á la pequeña sociedad las costumbres de la mas grande.

En los países democráticos sucede muchas veces, que un gran número de ciudadanos se dirige siempre hácia el mismo fin; pero ninguno marcha, ó por lo ménos se lisonjea de no marchar, sino por sí solo. Acostumbrado á dirigir sus movimientos segun sus propios impulsos, difícilmente se somete á recibir reglas de otros: tal gusto y tal uso de la independencia lo acompañan en los consejos nacionales, y si consiente en asociarse á los demas á fin de seguir un mismo designio, quiere á lo ménos conservar el derecho de cooperar al éxito comun á su modo. De aquí nace que en los países democráticos, los partidos se prestan difícilmente á que se les dirija, y no se manifiestan subordinados sino cuando el peligro es mui grande; sin embargo, la autoridad de los jefes, que en estas circunstancias puede estenderse hasta hacer obrar y hablar, no obtiene casi nunca el poder de hacer callar.

En los pueblos aristocráticos, los miembros de las asambleas políticas son al mismo tiempo los de la aristocracia. Cada uno de ellos ocupa por sí mismo un puesto elevado y estable, y el lugar que le está reservado en la asamblea es frecuentemente ménos importante á su modo de ver que el que

llena en el país. Esto le consuela de no figurar en la discusion de los negocios, y le dispone á no solicitar con demasiado afan una intervencion que sea mediana.

En América sucede de ordinario, que el diputado no tiene otro carácter que el que le da su posicion en la asamblea, por consiguiente le atormenta sin cesar la necesidad de adquirir importancia en ella, y siente un deseo petulante de sacar á luz á cada momento sus ideas. No solo se ve impulsado en este sentido por su vanidad, sino por la de sus electores, y por la precision continua de agradarlos.

En los pueblos aristocráticos, el miembro de la legislatura rara vez se halla en una dependencia estrecha de los electores; frecuentemente es para ellos un representante en cierto modo necesario; algunas veces él los tiene en una completa dependencia, y si llega el caso, en fin, de que le rehusen sus sufragios, se hará con facilidad nombrar en otra parte, ó bien renunciando á la carrera pública, se reducirá á una ociosidad que tenga sin embargo esplendor.

En un país democrático, como los Estados-[®]Unidos, el diputado no tiene jamas prestigio durable en el ánimo de sus electores. Por pequeño que sea un cuerpo electoral, la inestabilidad democrática

hace que continuamente cambie de faz y así es preciso cautivarle todos los días.

El diputado, por consiguiente, no está nunca seguro de ellos, y si le abandonan, pronto queda sin recurso, porque no tiene naturalmente una posición bastante elevada para que pueda ser con facilidad conocido por los que no están muy cerca; y en la independencia absoluta en que viven los ciudadanos, no es de esperar que ni sus amigos ni el gobierno influyan en un cuerpo electoral que no le conoce. Toda su suerte depende del cantón que representa, y de este rincón de tierra es preciso que salga para elevarse á dominar el pueblo é influir en los destinos del mundo.

Así, nada hai mas natural que el que los miembros de las asambleas políticas en los países democráticos, piensen mas en sus electores que en su mismo partido, mientras que en las aristocracias se ocupan mas de su partido que de sus electores.

Mas lo que es preciso decir para satisfacer los electores, no es siempre lo que convendría hacer para servir la opinión política que ellos profesan.

El interés general de un partido consiste casi siempre en que el diputado, miembro de él, no hable jamas de los grandes negocios cuando no los comprende perfectamente; que tome muy poca parte en los pequeños que embaracen la marcha de

los grandes, y muchas veces quizá, que se calle del todo. Guardar silencio es el servicio mas útil que un orador mediano puede prestar á la cosa pública; mas no es así como lo entienden los electores.

La población de un cantón encarga á un ciudadano de tomar parte en el gobierno del Estado, porque ella ha concebido una idea muy vasta de su mérito; y como los hombres parecen mas grandes á proporcion que se encuentran rodeados de objetos mas pequeños, es de creerse que la opinión que se formará del mandatario será tanto mas elevada, cuanto mas raros sean los talentos entre los que él representa. Sucederá, pues, muchas veces que los electores esperarán mas de su diputado cuando debieran esperar ménos, y que, por incapaz que sea, no dejarán de exigirle esfuerzos señalados que correspondan á la dignidad en que le han colocado.

Independientemente del legislador del Estado, los electores ven en su representante el protector natural del cantón cerca de la legislatura, y aun no están lejos de considerarle como el apoderado de cada uno de los que lo han elegido, lisonjeándose de que no desplegará ménos zelo en hacer valer sus intereses particulares que los del país.

Bajo tal concepto los electores están anticipadamente seguros de que el diputado que elijan será

un orador ; que hablará á menudo si puede, y que en caso que sea preciso limitarse, se esforzará á lo ménos en encerrar en sus raros discursos el exámen de todos los grandes negocios del Estado, sin olvidarse ni aun de los pequeños agravios de que tienen ellos mismos que quejarse ; de tal manera, que no pudiendo mostrarse con frecuencia, hará ver en cada ocasion lo que sabe hacer, y en lugar de estenderse incesantemente, se reducirá todo entero de cuando en cuando á un pequeño volumen, dando así una especie de compendio brillante y completo de sus comitentes y de sí mismo. Bajo tal condicion es como ellos le prometen sus próximos sufragios.

Esto solo escita la desesperacion de los hombres honrados de la clase media que, conociéndose, no serian capaces por sí mismos de producirse. El diputado á quien se escita de esta manera, toma la palabra con gran disgusto de sus amigos, y lanzándose imprudentemente en medio de los mas célebres oradores, embrolla el debate y fatiga la asamblea.

Las leyes que se dirigen á hacer al elegido mas dependiente del elector, no solamente modifican la conducta de los legisladores, como lo he hecho ver en otra parte, sino tambien su lenguaje ; influyen á la vez sobre los negocios y sobre el modo de

hablar de ellos. No hai miembro del congreso que consienta en volver á su hogar sin haberse hecho preceder al ménos por un discurso, ni que sufra que se le interrumpa ántes de haber podido encerrar en los límites de su arenga todo lo que puede decirse con utilidad de los veinte y cuatro Estados de que se compone la Union, y especialmente del distrito que representa. Muestra á sus oyentes grandes verdades generales que muchas veces él mismo no concibe, y que no indica sino confusamente, y pequeñas particularidades que le es mui fácil descubrir y esponer. Sucede tambien que en el seno de este gran cuerpo la discusion se hace vaga y embarazosa, y léjos de marchar directamente hácia el término que se ha propuesto, parece dirigirse á él como arrastrando. Creo que siempre se encontrará alguna cosa semejante en las asambleas públicas de las democracias.

Buenas leyes y circunstancias felices pudieran conseguir que la legislatura de un pueblo democrático se compusiese de hombres mas notables que los que los americanos envian á sus congresos ; pero no se impedirá jamas á los hombres mediocres que allí se encuentren el manifestarse gustosamente y por todos lados.

El mal no parece del todo fácil de curar, porque no procede solo del reglamento de la asam-

blea, sino de su constitucion, y hasta de la del país. Los habitantes de los Estados-Unidos parecen considerar esto bajo el mismo punto de vista, y acreditan su largo uso de la vida parlamentaria, no precisamente absteniéndose de los malos discursos, sino sometiéndose con resolucion á oírlos; parece que se resignan á ellos como á un mal que la naturaleza les ha hecho reconocer inevitable.

Creemos haber dado á conocer por un lado las discusiones políticas en las democracias; hagámoslas ver ahora por el otro.

Lo que ha pasado despues de ciento cincuenta años en el parlamento de Inglaterra no ha sido nunca de gran consecuencia en lo exterior; las ideas y los sentimientos espresados por los oradores han hallado siempre poca simpatía aun en los pueblos que se encuentran colocados cerca del gran teatro de la libertad británica; miéntras que desde los primeros debates que tuvieron lugar en las pequeñas asambleas coloniales de América en la época de su revolucion, la Europa toda se conmovió.

Esto no dependió solamente de circunstancias particulares y fortuitas, sino de causas generales y permanentes.

Yo no encuentro nada mas poderoso ni admira-

ble que un gran orador discutiendo grandes negocios en el seno de una asamblea democrática, pues como no hai allí jamas clase alguna que tenga sus representantes encargados de sostener sus intereses, se habla siempre á la nacion toda entera, y en nombre de toda ella. Esto engrandece el pensamiento y eleva el lenguaje.

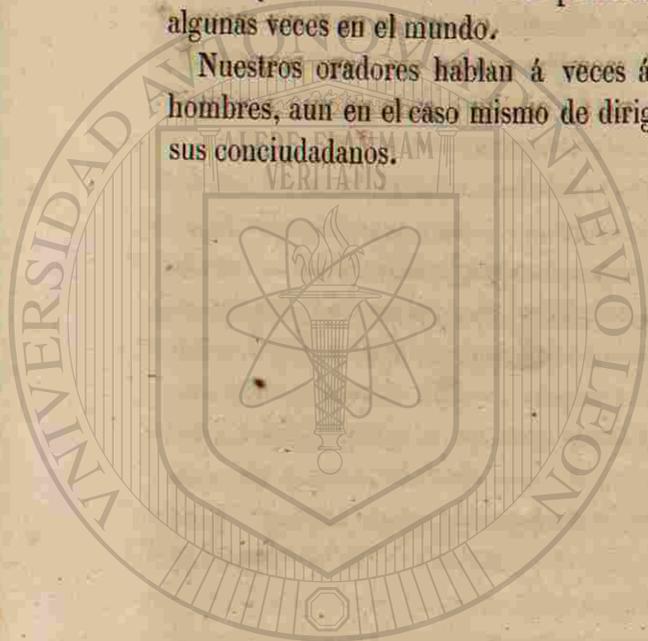
Como los precedentes tienen mui poco imperio, y no existen privilegios particulares anexos á ciertos bienes, ni derechos inherentes á ciertos cuerpos ó á ciertos hombres, el espíritu está obligado á remontar á las verdades generales sacadas de la naturaleza humana para tratar el asunto particular que le ocupa. De esto nace en las discusiones políticas de un pueblo democrático, por pequeño que sea, un carácter de generalidad que las hace importantes para el género humano; y todos los hombres se interesan en ellas, porque se trata del hombre, que en todas partes es el mismo.

Todo lo contrario sucede en los pueblos aristocráticos; las cuestiones mas generales se discuten siempre con razones particulares sacadas de los usos de una época ó de los derechos de una clase; y esto no interesa sino á la clase de que se habla, ó cuando mas al pueblo en cuyo seno se encuentra esta.

A tal causa tanto como al poder de la nacion

francesa, y á las disposiciones favorables de los pueblos que las escuchan, es preciso atribuir el grande efecto que nuestras discusiones políticas producen algunas veces en el mundo.

Nuestros oradores hablan á veces á todos los hombres, aun en el caso mismo de dirigirse solo á sus conciudadanos.



PARTE SEGUNDA.

INFLUENCIA DE LA DEMOCRACIA
EN LOS SENTIMIENTOS DE LOS AMERICANOS.

CAPÍTULO I.

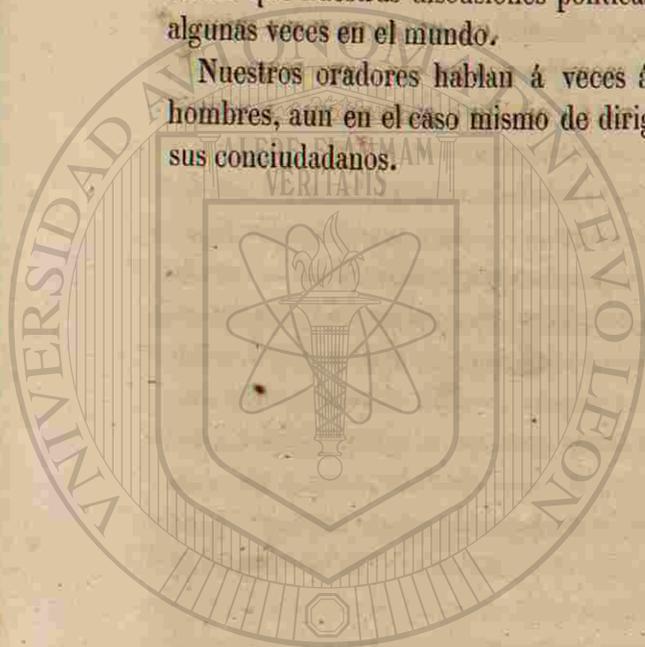
Por qué razon los pueblos democráticos muestran un amor mas vehemente y mas durable por la igualdad, que por la libertad.

No tengo necesidad de decir que la primera y la mas viva pasion que la igualdad de las condiciones hace nacer, es el amor de esta misma igualdad; y no se estrañará que me ocupe de ella ántes que de las otras.

Cada cual ha observado que en nuestros

francesa, y á las disposiciones favorables de los pueblos que las escuchan, es preciso atribuir el grande efecto que nuestras discusiones políticas producen algunas veces en el mundo.

Nuestros oradores hablan á veces á todos los hombres, aun en el caso mismo de dirigirse solo á sus conciudadanos.



PARTE SEGUNDA.

INFLUENCIA DE LA DEMOCRACIA
EN LOS SENTIMIENTOS DE LOS AMERICANOS.

CAPÍTULO I.

Por qué razon los pueblos democráticos muestran un amor mas vehemente y mas durable por la igualdad, que por la libertad.

No tengo necesidad de decir que la primera y la mas viva pasion que la igualdad de las condiciones hace nacer, es el amor de esta misma igualdad; y no se estrañará que me ocupe de ella ántes que de las otras.

Cada cual ha observado que en nuestros

especialmente en Francia, esta pasión de la igualdad tomaba cada vez un lugar mas amplio en el corazón humano. Se ha dicho muchas veces que nuestros contemporáneos tenían un amor mas ardiente y mas tenaz por la igualdad que por la libertad; pero no encuentro que se hayan averiguado bien todavía las causas de este hecho, y por tanto yo trataré de hacerlo.

Imaginemos un punto extremo en que la libertad y la igualdad se toquen y se confundan: yo supongo que todos los ciudadanos concurren al gobierno, y que cada uno tenga para ello igual derecho. No difiriendo entonces ninguno de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico: en este caso, pues, los hombres serán perfectamente libres, porque serán del todo iguales, y serán perfectamente iguales porque serán del todo libres; siendo este el objeto ideal hácia el cual propenden siempre los pueblos democráticos.

He aquí la forma mas completa que puede tomar la igualdad sobre la tierra; pero hai otras muchas que sin ser tan perfectas, no son ménos apetecidas por estos pueblos.

La igualdad puede establecerse en la sociedad civil, y no por eso reinar en el mundo político. Se puede tener el derecho de entregarse á los mismos

contrarse en los mismos lugares; en una palabra, de vivir del mismo modo y de buscar las riquezas por los mismos medios, sin tomar todos la misma parte en los asuntos del gobierno. Aun puede establecerse una especie de igualdad en el mundo político sin que la libertad política exista; un individuo es igual á todos sus semejantes, esceptuando solo uno, que es el señor de todos indistintamente, y que elige entre ellos los agentes de su poder.

Seria fácil formar otras muchas hipótesis en que se combinase una igualdad mui grande con instituciones mas ó ménos libres, y quizá con instituciones que no lo fuesen absolutamente.

Aunque los hombres no pueden llegar á ser del todo iguales sin ser enteramente libres, y que por consecuencia la igualdad, en su último extremo, se confunda con la libertad, hai razón para distinguir la una de la otra.

El gusto que los hombres tienen por la libertad y el que sienten por la igualdad, son, en efecto, dos cosas distintas, y me atrevo á añadir que en los pueblos democráticos estas dos cosas son desiguales.

Si se quiere fijar la atención, se verá que en cada siglo se encuentra un hecho singular y dominante de que dependen todos los demas; este hecho da casi siempre origen á un primer pensa-

miento ó á una pasion principal, que acaba por atraer despues hácia ella y por arrastrar en su curso todos los sentimientos y todas las ideas; es como un gran rio hácia el cual parece correr cada uno de los pequeños arroyos que le rodean.

La libertad se manifiesta á los hombres en diferentes tiempos y bajo diversas formas, y no se fija esclusivamente en un estado social, ni se encuentra solo en las democracias: no podria ella por lo mismo formar el carácter distintivo de los siglos democráticos.

El hecho particular y dominante que singulariza estos siglos, es la igualdad de las condiciones, y la pasion principal que agita los hombres en semejantes tiempos, es el amor de esta igualdad.

No hai que examinar cuál sea el atractivo singular que encuentran los hombres de los siglos democráticos en vivir iguales, ni las razones particulares que pueden tener para inclinarse con tanta obstinacion á la igualdad, mas bien que á los otros bienes que la sociedad les presenta. La igualdad forma el carácter distintivo de la época en que ellos viven, y esto basta para esplicar por qué la prefieren á todo lo demas.

Fuera de esta razon, hai otras que en todos tiempos conducirán á los hombres á preferir la igualdad á la libertad.

Si un pueblo tratase de destruir, ó solamente de disminuir por sí mismo la igualdad que reina en su seno, no lo conseguiria sino despues de largos y penosos esfuerzos, y seria preciso que modificase su estado social, aboliese sus leyes, renovase sus ideas, cambiase sus hábitos y alterase sus costumbres; mientras que para perder la libertad política, basta solo no retenerla, y ella misma se desvanece.

Los hombres no solamente aman la igualdad porque les es cara, sino tambien porque se persuaden que debe durar siempre.

No se encuentran hombres, por limitados y superficiales que se les suponga, que no conozcan que la libertad política puede en su exceso comprometer la tranquilidad, el patrimonio y la vida misma de los particulares; mientras que al contrario solo las gentes perspicaces y advertidas pueden percibir los peligros con que la igualdad amenaza; y estas evitan ordinariamente el señalarlos, porque saben que los males que temen están mui remotos, y se lisonjean de que no alcanzarán sino á las generaciones venideras, de que se inquieta mui poco la presente. Los males que la libertad causa son algunas veces inmediatos, visibles para todos, y todos mas ó menos los conocen. Los males que la extrema igualdad puede producir no se manifiestan sino poco á poco; se insinúan gradualmente en el cuerpo so-

cial; no se les ve sino de tiempo en tiempo, y al momento en que ellos se hacen mas violentos, el hábito de verlos hace que ya no se les sienta.

Los bienes que procura la libertad no se descubren sino á la larga, y no es siempre fácil averiguar la causa que los produce.

Las ventajas de la igualdad se dejan sentir desde el instante, y continuamente se las ve fluir de su origen.

La libertad política proporciona de tiempo en tiempo á un cierto número de ciudadanos placeres sublimes.

La igualdad suministra cada dia una multitud de pequeños gozes á cada hombre. Sus hechizos se sienten á cada momento y están al alcance de todos; á los corazones mas nobles no les son insensibles, y las almas mas vulgares hacen de ellos sus delicias. La pasión que la igualdad hace nacer debe, pues, ser á la vez general y enérgica.

Los hombres no pueden gozar de la libertad política sin comprarla con algunos sacrificios, y si la consiguen es con muchos esfuerzos; pero los placeres que la igualdad procura se ofrecen por sí solos; cada uno de los pequeños incidentes de la vida privada parece que los hace nacer, y para gustarlos no se necesita mas que vivir.

Los pueblos democráticos quieren la igualdad



en todas épocas, pero hai algunas en que llevan este deseo hasta el extremo de una pasión violenta, lo cual sucede al momento en que la antigua jerarquía social, por largo tiempo amenazada, acaba por destruirse despues de una lucha intestina en que las barreras que separan los ciudadanos son al fin derribadas. Los hombres se precipitan entónces sobre la igualdad como sobre una conquista, y se unen á ella como á un bien precioso que se les quiere arrebatar. La pasión de la igualdad penetra por todas partes en el corazón humano, se estiende en él, y por decirlo así, lo ocupa todo entero; y aunque se diga á los hombres que entregándose tan ciegamente á una pasión esclusiva comprometen sus mas caros intereses, no lo escucharán. Tambien será inútil el advertirles que la libertad se les escapa de entre las manos mientras que fijan su vista en otra parte; estarán ciegos, y no descubrirán en todo el universo sino un solo bien digno de envidia.

Todo esto se aplica á las naciones democráticas; lo que sigue no tiene relacion mas que con nosotros mismos.

En la mayor parte de las naciones modernas, y en particular en todos los pueblos del continente europeo, el gusto y la idea de la libertad no han empezado á nacer y á desenvolverse sino al mo-

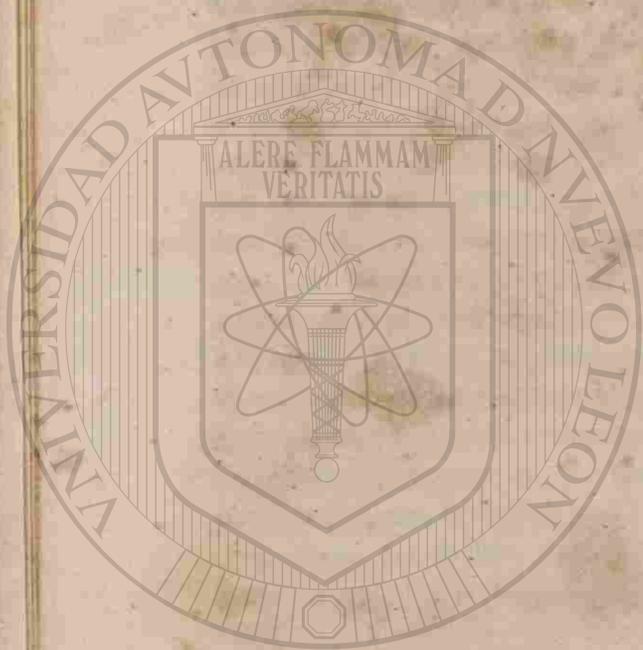


mento en que las condiciones empezaban á igualarse, y como consecuencia de esta igualdad misma. Los reyes absolutos son los que mas han trabajado por nivelar las clases entre sus súbditos. En estos pueblos la igualdad ha precedido á la libertad: la igualdad era pues un hecho antiguo, cuando la libertad era todavía una cosa nueva; la una habia ya creado opiniones, usos y leyes que le eran propios, mientras que la otra se presentaba sola y por primera vez al mundo. Así, la segunda apenas existia en los gustos y en las ideas, cuando la primera habia ya penetrado en los hábitos, apoderándose de las costumbres y dando un giro particular á las acciones ménos importantes de la vida. ¿Será, pues, raro que los hombres de nuestros dias prefieran la una á la otra?

Creo que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad: abandonados á si mismos, la buscan, la aman y ven con dolor que se los aleje de ella. Pero tienen por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna, invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si no pueden obtenerla, la quieren hasta en la esclavitud; de modo que sufrirían la pobreza, la servidumbre, la barbarie, pero no la aristocracia.

Esto es exacto en todos tiempos, pero sobre todo en el nuestro. Los hombres y los poderes que quie-

ran luchar contra esta acción irresistible serán derribados y destruidos por ella. En nuestros dias la libertad no puede establecerse sin su apoyo, y ni aun el despotismo podría reinar sin ella.



CAPÍTULO II.

Del individualismo en los países democráticos.

He hecho ver de qué manera en los siglos de igualdad busca cada hombre en sí mismo sus creencias; veamos ahora cómo es que en los mismos siglos dirige todos sus sentimientos hácia él solo.

El *individualismo* es una espresion reciente que una idea nueva ha creado : nuestros padres no conocian sino el egoismo.

El egoismo es un amor apasionado y exagerado de sí mismo , que conduce al hombre á no referir nada sino á él solo y á preferirse á todo.

El individualismo es un sentimiento pacífico y reflexionado que predispone á cada ciudadano á separarse de la masa de sus semejantes, á retirarse á un paraje aislado con su familia y sus amigos; de suerte que despues de haberse así creado una pequeña sociedad á su modo, abandona con gusto la grande.

El egoismo nace de un ciego instinto; el individualismo procede de un juicio erróneo mas bien que de un sentimiento depravado, y toma su origen en los defectos del espíritu como en los vicios del corazón. El egoismo deseca el gérmen de todas las virtudes; el individualismo no agota desde luego sino la fuente de las virtudes públicas; mas á la larga ataca y destruye todas las otras y va en fin á absorberse en el egoismo.

El egoismo es un vicio que existe desde que hai mundo y pertenece indistintamente á cualquiera forma de sociedad.

El individualismo es de origen democrático, y amenaza desarrollarse á medida que las condiciones se igualan.

En los pueblos aristocráticos las familias permanecen durante siglos en el mismo estado y frecuentemente en el mismo lugar; esto hace, por decirlo así, todas las generaciones contemporáneas. Un hombre conoce casi siempre sus abuelos y los

respeto, y cree ya divisar sus biznietos y los ama. Se impone gustoso deberes hácia los unos y los otros, y muchas veces viene á sacrificar sus goces personales á estos seres que han dejado de existir ó que no existen todavía.

Las instituciones aristocráticas ligan además estrechamente cada hombre á muchos de sus conciudadanos.

Siendo las clases muy distintas é inmóviles en el seno de una aristocracia, cada una viene á ser para el que hace parte de ella una especie de pequeña patria, mas visible y mas amada que la grande.

Como en las sociedades aristocráticas todos los ciudadanos tienen su puesto fijo, unos mas elevados que otros, resulta que cada uno de ellos divisa siempre sobre él un hombre cuya proteccion le es necesaria, y mas abajo otro de quien puede reclamar la asistencia.

Los hombres que viven en los siglos aristocráticos se hallan casi siempre ligados á alguna cosa colocada fuera de ellos, y están frecuentemente dispuestos á olvidarse de sí mismos. Es verdad que en estos siglos de aristocracia la noción general de semejante es oscura y apenas se piensa en consagrarse á ella por la causa de la humanidad; pero muchas veces se hacen sacrificios por ciertos hombres. En los siglos democráticos sucede al contra-

rio; como los deberes de cada individuo hácia la especie son mas evidentes, el aprecio hácia un hombre viene á ser mas raro, y el vínculo de las afecciones humanas se estiende y se afloja.

En los pueblos democráticos nuevas familias salen sin cesar de la nada, otras caen en ella á cada instante, y todas las que existen cambian de faz: el hilo de los tiempos se rompe á cada paso, y la huella de las generaciones desaparece. Se olvidan fácilmente los que han precedido y no se tiene idea de los que seguirán. Los que están mas inmediatos son los únicos que interesan.

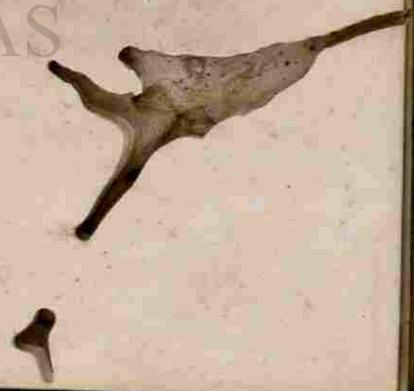
Cuando cada clase se acerca y se confunde con las otras, sus miembros se hacen indiferentes y como estraños entre sí.

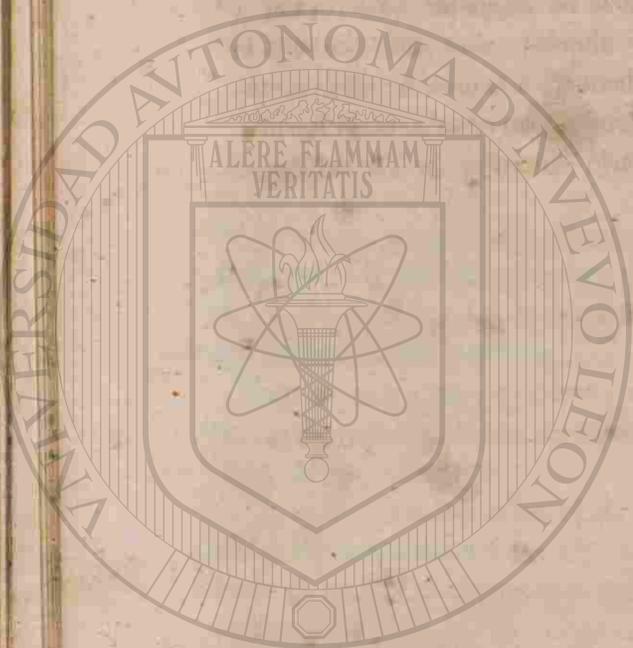
La aristocracia habia hecho de todos los ciudadanos una larga cadena que remontaba del aldeano hasta el rei; la democracia la rompe y pone cada anillo aparte.

A medida que las condiciones se igualan, se encuentra un mayor número de individuos que no siendo bastante ricos ni poderosos para ejercer una grande influencia en la suerte de sus semejantes, han adquirido sin embargo, ó han conservado bastantes luces y bienes para satisfacerse á ellos mismos. No deben nada á nadie, no esperan por decirlo así nada de nadie; se habitúan á considerarse siem-

pre aisladamente, y se figuran que su destino depende de ellos.

Así, la democracia no solamente hace olvidar á cada hombre sus abuelos, sino que tambien le oculta sus descendientes y le separa de sus contemporáneos: ella le conduce sin cesar hácia sí mismo, y amenaza encerrarlo entero en la soledad de su propio corazon.





CAPÍTULO III.

Por qué es mayor el individualismo al salir de una revolución democrática, que en otra época.

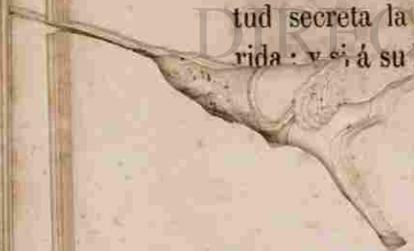
Cuando una sociedad democrática acaba de formarse sobre los restos de una aristocracia, el aislamiento de los hombres y el egoísmo que es su consecuencia, se hacen principalmente más notables.

Estas sociedades no contienen solo un gran número de ciudadanos independientes, y abundan de ordinario en hombres que acabados de llegar á la independencia, se embriagan con su nuevo poder,

conciben una vana confianza de sus fuerzas, y creyendo que no tendrán necesidad en adelante de implorar el socorro de sus semejantes, no encuentran dificultad en hacer ver que no se ocupan sino de ellos mismos.

Una aristocracia no sucumbe por lo comun sino despues de una larga lucha, durante la cual se encienden odios implacables entre las diversas clases de la sociedad. Estas pasiones sobreviven á la victoria, y se puede seguir su huella en medio de la confusion democrática que le sucedé.

Los ciudadanos que ocupaban el primer puesto en la jerarquía destruida no pueden olvidar tan pronto su antigua grandeza, y se consideran por largo tiempo como extranjeros en el seno de una sociedad nueva. Ven en todos los que esta sociedad hace sus iguales otros tantos opresores cuyo destino no puede escitar la simpatía; y como han perdido de vista sus antiguos iguales, y no se sienten ligados por un interes comun á su suerte, se retira cada uno aparte, y se cree reducido á no ocuparse sino de sí mismo. Los que por el contrario ocupaban en otro tiempo un lugar inferior y que una revolucion repentina ha acercado al nivel comun, no gozan sino con una especie de inquietud secreta la independencía nuevamente adquirida: y á su lado encuentran algunos de sus an-



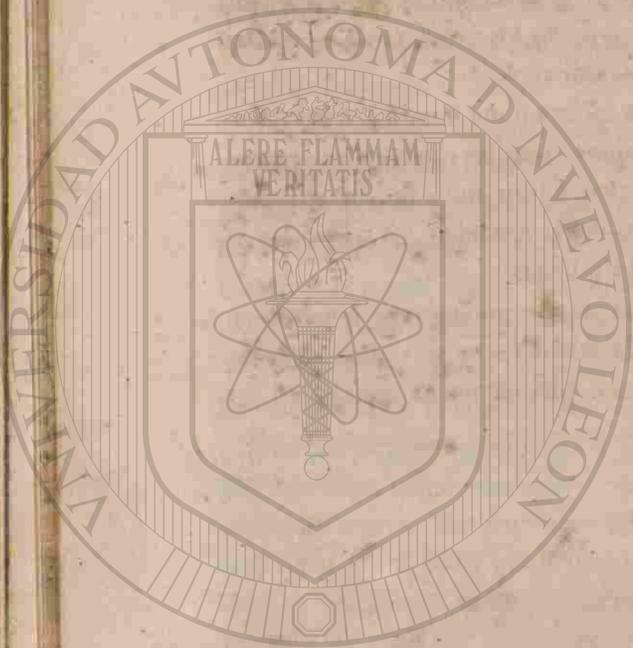
tiguos superiores, echan sobre ellos miradas de triunfo y de temor, y se separan.

Ordinariamente en el principio de las sociedades democráticas es cuando los ciudadanos se hallan mas dispuestos á aislarse.

La democracia inclina á los hombres á no acercarse á sus semejantes; mas las revoluciones democráticas los disponen á huir unos de otros y perpetúan en el seno de la igualdad los odios que la desigualdad ha hecho nacer.

La gran ventaja de los americanos consiste en haber llegado á la democracia sin sufrir revoluciones democráticas, y haber nacido iguales en vez de llegar á serlo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO IV.

De qué manera combaten los americanos el individualismo con instituciones libres.

El despotismo, que por su naturaleza es tímido, ve en el aislamiento de los hombres la garantía mas cierta de su propia duracion, y procura aislarlos por cuantos medios están á su alcance. No hai vicio del corazon humano que le agrade tanto como el egoismo : un déspota perdona fácilmente á los gobernados que no le amen, con tal que ellos no se amen entre sí; no les exige su asistencia para conducir el Estado, y se contenta con que ellos no



aspiren á dirigirlo por sí mismos. Llama espíritus turbulentos é inquietos los que pretenden unir sus esfuerzos para crear la prosperidad comun, y cambiando el sentido natural de la palabra, llama buenos ciudadanos á los que se encierran estrechamente en sí mismos.

Así, los vicios que el despotismo hace nacer son precisamente los que la igualdad favorece. Estas dos cosas se completan y se ayudan de una manera funesta.

La igualdad coloca los hombres unos al lado de otros, sin lazo comun que los retenga. El despotismo levanta barreras entre ellos y los separa; aquella los dispone á no pensar en sus semejantes, y este hace de la indiferencia una especie de virtud pública.

El despotismo es peligroso en todos tiempos, pero es mucho mas temible en los siglos democráticos.

Es fácil observar que en estos mismos siglos, los hombres necesitan mas particularmente la libertad.

Luego que los ciudadanos se ven forzados á ocuparse de los negocios públicos, salen por precision del seno de sus intereses individuales, y se apartan de la consideracion de sí mismos.

Desde el momento en que se tratan en comun



los negocios públicos, cada hombre conoce que no es tan independiente de sus semejantes como ántes se lo figuraba, y que para obtener su apoyo es indispensable prestarles frecuentemente su asistencia.

Cuando el público gobierna no hai hombre que no reconozca el precio de la benevolencia general, y que no trate de cautivarla atrayendo la estimacion y el afecto de aquellos en cuyo seno debe vivir.

Muchas pasiones que entibian los corazones y los dividen se ven entónces obligadas á retirarse al fondo del alma y á ocultarse en ella. El orgullo se disimula, el desprecio no se atreve á aparecer y el egoismo se teme á sí propio.

Siendo electivas bajo un gobierno libre la mayor parte de las funciones públicas, los hombres á quienes la elevacion de su alma ó la inquietud de sus deseos pone en estrechez en la vida privada, sienten cada dia no poder pasarse sin la poblacion que los rodea. Entónces, la ambicion les hace pensar en sus semejantes, y aun frecuentemente hai una especie de interes en olvidarse de sí mismo. Creo que se me pueden oponer todas las intrigas que una eleccion hace nacer; los medios vergonzosos de que se sirven por lo regular los candidatos, y las calumnias que difunden sus enemigos



Estas son ciertamente ocasiones de venganza y de aborrecimiento, tanto mas frecuentes cuanto mas lo sean las elecciones; pero estos males, aunque grandes, son tambien pasajeros, miéntras que los bienes que nacen con ellos duran siempre.

El deseo de ser elegido puede conducir momentáneamente á ciertos hombres á hacerse la guerra; pero él mismo los conduce á todos con el tiempo á prestarse un mutuo apoyo; y si acontece que una eleccion divida accidentalmente dos amigos, el sistema electoral aproxima de un modo permanente una multitud de ciudadanos que siempre habrian permanecido estraños los unos á los otros. La libertad crea odios particulares; pero el despotismo hace nacer la indiferencia general.

Los americanos han combatido con la libertad el individualismo que la igualdad hacia nacer, y al fin lo han vencido.

Los legisladores americanos no han creido que para curar una enfermedad tan natural y tan funesta al cuerpo social en los tiempos democráticos, bastaba conceder á toda la nacion el que se representase por sí misma, y han pensado que á mas de esto convenia dar una vida política á cada porcion del territorio, á fin de multiplicar á los ciudadanos las ocasiones de obrar juntos, y de hacerlos sentir diariamente que dependen los unos de los



otros. Esto es conducirse con juicio y discrecion.

Los negocios generales de un país no ocupan sino á los principales ciudadanos. Estos no se reunen sino de tiempo en tiempo en los mismos lugares; y como frecuentemente sucede que se pierden en seguida de vista, no se establecen entre ellos lazos durables. Pero cuando se trata de arreglar los negocios particulares de un canton por los hombres que lo habitan, los mismos individuos están siempre en contacto y en cierto modo obligados á conocerse y á agradarse.

Difícilmente se saca un hombre de sí mismo para interesarlo en los destinos de todo el Estado, porque apenas concibe la influencia que este mismo destino puede ejercer en su suerte. Pero que se trate de hacer pasar un camino por sus dominios; al momento verá la relacion que hai entre este pequeño negocio público y sus mas grandes intereses privados, y descubrirá sin que se le muestre, el lazo estrecho que une el interes particular al general.

Así pues, encargando á los ciudadanos de la administracion de los pequeños negocios, mas bien que entregándoles el gobierno de los grandes, se les interesa en el bien público, y se les hace ver la necesidad que incesantemente tienen los unos de los otros para producirlo.



Se puede por una accion espléndida cautivar de repente el favor de un pueblo ; pero para ganar el amor y el respeto de todo él, es preciso una larga serie de pequeños servicios y de buenos oficios, un constante hábito de benevolencia y una reputacion bien establecida de desinterés.

Las libertades locales, que hacen que un gran número de ciudadanos aprecien el afecto de sus vecinos y de sus allegados, dirigen, pues, incesantemente á los hombres los unos hácia los otros y los obligan á ayudarse mutuamente á pesar de los instintos que los separan.

Los mas opulentos ciudadanos de los Estados-Unidos tienen buen cuidado de no aislarse del pueblo ; se acercan á él constantemente, lo escuchan con agrado y le hablan todos los dias. Conocen que los ricos de las democracias tienen siempre necesidad de los pobres, y que á estos se les gana mas bien en los tiempos democráticos con los buenos modales que con beneficios. La grandeza misma de los beneficios que hace sobresalir mas la diferencia de las condiciones, irrita secretamente á los que se aprovechan de ellos ; mientras que la sencillez de las maneras tiene encantos casi irresistibles ; su familiaridad seduce, y ni aun su misma rusticidad desagrada siempre.

Esta verdad no penetra desde luego en el espí-

ritu de los ricos. Ordinariamente ellos la resisten mientras dura la revolucion democrática, y ni aun la admiten tan pronto despues de terminada. Consienten gustosos en hacer el bien al pueblo ; pero quieren continuar teniéndolo cuidadosamente á distancia : creen que esto basta y se engañan, pues es seguro que se arruinarían sin conseguir entusiasmar el corazon del pueblo que los rodea, y que no les pide el sacrificio de sus bienes sino el de su orgullo.

Diráse acaso que en los Estados-Unidos no hai imaginacion que no se agote inventando medios de aumentar la riqueza y de satisfacer las necesidades del público : los habitantes mas ilustrados de cada canton se sirven incesantemente de sus luces para descubrir nuevos secretos propios para acrecentar la prosperidad comun, y cuando encuentran algunos, se apresuran á ponerlos á disposicion de la multitud.

Cuando se examinan de cerca los vicios y debilidades que se descubren frecuentemente en América en los que gobiernan, se asombran algunos de la prosperidad creciente del pueblo, y en esto se equivocan. No es el magistrado elegido el que hace prosperar la democracia americana, sino que ella prospera porque el magistrado es electivo.

Seria injusto creer que el patriotismo de los ame-

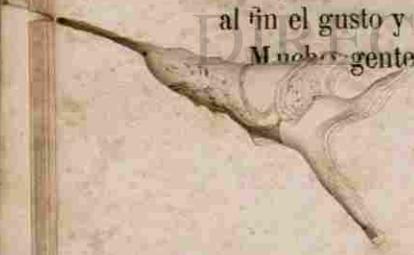
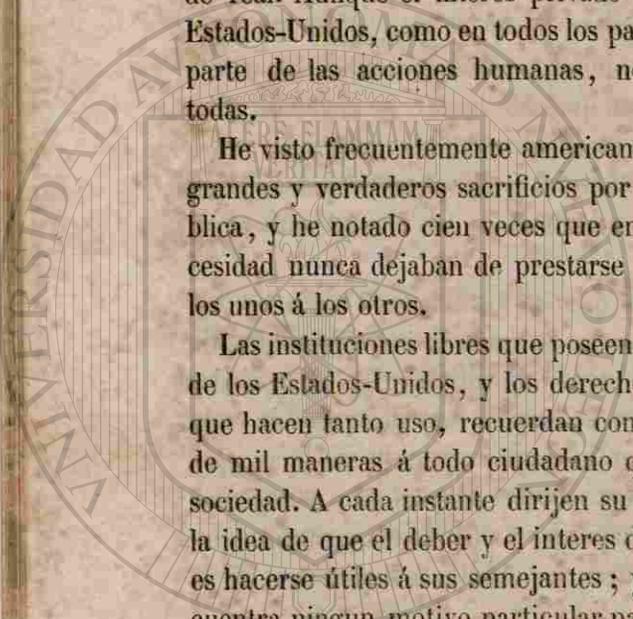
ricanos y el zelo que muestra cada uno de ellos por el bienestar de sus conciudadanos, no tienen nada de real. Aunque el interes privado dirija en los Estados-Unidos, como en todos los paises, la mayor parte de las acciones humanas, no las arregla todas.

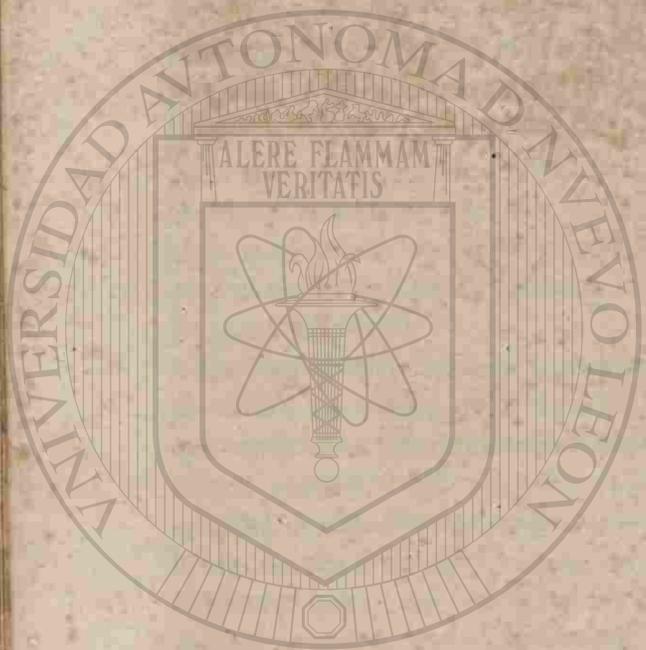
He visto frecuentemente americanos que hacian grandes y verdaderos sacrificios por la causa pública, y he notado cien veces que en caso de necesidad nunca dejaban de prestarse un fiel apoyo los unos á los otros.

Las instituciones libres que poseen los habitantes de los Estados-Unidos, y los derechos políticos de que hacen tanto uso, recuerdan constantemente y de mil maneras á todo ciudadano que él vive en sociedad. A cada instante dirijen su espíritu hácia la idea de que el deber y el interes de los hombres es hacerse útiles á sus semejantes; y como no encuentra ningun motivo particular para aborrecerlos, pues que él no es jamas ni su señor ni su esclavo, su corazon se inclina fácilmente del lado de la benevolencia. Se ocupa desde luego del interes general por necesidad y despues por conveniencia; lo que era cálculo se hace instinto, y á fuerza de trabajar por el bien de sus conciudadanos, adquiere al fin el gusto y el hábito de servirlos.

Muchos gentes consideran en Francia la igualdad

de las condiciones como un primer mal; como un segundo la libertad política. Cuando se ven obligadas á sufrir la una, se esfuerzan á lo ménos en escapar de la otra. Por mi parte, pienso que para combatir los males que la igualdad puede producir, no hai sino un remedio eficaz, que es la libertad política.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO V.

Del uso que hacen los americanos de la asociación
en la vida civil.

No pretendo hablar de esas asociaciones políticas por cuyo medio tratan los hombres de defenderse contra la acción despótica de una mayoría ó contra las usurpaciones del poder real. En otro lugar me he ocupado ya de esto. Es evidente que si cada ciudadano, á medida que se hace individualmente mas débil, y por consecuencia mas incapaz de preservar por sí solo su libertad, no aprendiese á unirse á sus semejantes para defenderla, la tiranía

creceria por precision con la igualdad ; no se trata aquí sino de las asociaciones que se forman en la vida civil, y cuyo objeto no tiene nada de político.

Las asociaciones políticas que existen en los Estados-Unidos, no forman sino una parte del cuadro inmenso que el conjunto de las asociaciones presenta en ese país. Los americanos de todas edades, de todas condiciones y de todos ingenios se unen constantemente, y no solo tienen asociaciones comerciales é industriales en que todos toman parte, sino otras mil diferentes : religiosas, morales, graves, fútiles, mui generales y mui particulares, inmensas y mui pequeñas : los americanos se asocian para dar fiestas, fundar seminarios, establecer posadas, levantar iglesias, distribuir libros, enviar misioneros á los antípodas ; y tambien crean hospitales, prisiones y escuelas. Si se trata, en fin, de sacar á luz una verdad ó de desenvolver un sentimiento con el apoyo de un gran ejemplo, ellos se asocian. Siempre que á la cabeza de una nueva empresa se vea por ejemplo en Francia al gobierno y en Inglaterra á un gran señor, en los Estados-Unidos se verá indudablemente una asociacion.

He encontrado en América ciertas asociaciones de las cuales confieso que ni aun siquiera tenia idea,

y muchas veces he admirado el arte prodigioso con que los habitantes de los Estados-Unidos vienen á fijar un objeto comun á los esfuerzos de un gran número de hombres y á hacerlos marchar hácia él libremente. He recorrido despues la Inglaterra, en donde los americanos han tomado algunas de sus leyes y muchos de sus usos, y me ha parecido que estaban mui léjos de hacer un empleo tan útil y tan constante de la asociacion.

Sucede muchas veces, que los ingleses ejecutan aisladamente mui grandes cosas, miéntras que apenas hai empresa, por pequeña que sea, para la cual no se unan los americanos. Es evidente que los primeros consideran la sociedad como un medio poderoso de accion, al paso que los otros ven en ella el único con que pueden obrar. Así, el país mas democrático de la tierra se encuentra ser aquel en que los hombres han perfeccionado mas el arte de seguir en comun el objeto de sus deseos, y han aplicado al mayor número de objetos esta nueva ciencia.

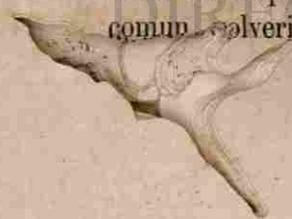
¿ Se debe este resultado á un accidente, ó consiste tal vez en que hai una relacion necesaria entre las asociaciones y la igualdad ? Las sociedades aristocráticas encierran siempre en su seno, en medio de una multitud de individuos que no pueden nada por sí mismos, un pequeño número de ciu-

dadanos mui ricos y mui poderosos, y cada uno de estos puede ejecutar por sí solo grandes empresas.

En las sociedades aristocráticas los hombres no necesitan juntarse para obrar, porque se conservan fuertemente unidos. Cada ciudadano rico y poderoso forma allí como la cabeza de una asociación permanente y forzada, que se compone de los que tiene en su dependencia y que hace concurrir á la ejecución de sus designios.

En los pueblos democráticos, por el contrario, todos los ciudadanos son independientes y débiles; nada casi son por sí mismos, y ninguno de ellos puede obligar á sus semejantes á prestarle ayuda; de modo que caerían todos en la impotencia si no aprendiesen á ayudarse libremente.

Si los hombres que viven en los países democráticos no tuviesen el derecho ni el gusto para unirse con fines políticos, su independencia correría grandes riesgos, pero podrían conservar por largo tiempo sus riquezas y sus luces; mientras que si no adquiriesen el uso de asociarse en la vida ordinaria, la civilización misma estaría en peligro. Un pueblo en que los particulares perdiesen el poder de hacer aisladamente grandes cosas sin adquirir la facultad de producir las en común, volvería bien pronto á la barbarie.



Desgraciadamente, el mismo estado social que hace las asociaciones tan necesarias en los pueblos democráticos, las vuelve mas difíciles que en todos los otros.

Cuando muchos miembros de una aristocracia quieren asociarse, lo consiguen fácilmente; pues como cada uno de ellos contribuye con una gran fuerza, el número de socios puede ser mui pequeño, y entonces les es mucho mas fácil conocerse, comprenderse y establecer reglas fijas.

No se encuentra la misma facilidad en las naciones democráticas; allí es preciso que sean mui numerosos los socios, para que la asociación tenga algun poder. Sé que hai muchos de mis contemporáneos á quienes esto no detiene, pues pretenden que á medida que los ciudadanos se vuelven mas débiles y mas ineptos, es preciso hacer al gobierno mas activo y mas hábil, para que la sociedad ejecute lo que no pueden los individuos: creen que diciendo esto han respondido á todo, pero yo pienso que se equivocan.

Un gobierno podría ocupar el lugar de algunas de las mas grandes asociaciones americanas, y en el seno de la Union muchos Estados particulares lo han intentado.

Pero ¿qué poder político sería nunca capaz de



bastar á la multitud de empresas pequeñas que los ciudadanos americanos ejecutan todos los dias con ayuda de la asociacion?

Es fácil prever que se acerca el tiempo en que el hombre será incapaz de producir por sí solo las cosas mas comunes y mas necesarias para la vida. La tarea del poder social crecerá incesantemente y sus mismos esfuerzos la harán mas vasta cada dia, porque mientras mas éntre él á ocupar el lugar de las asociaciones, los particulares, perdiendo la idea de asociarse, tendrán mayor necesidad de que aquellos vengan en su ayuda. Estas son causas y efectos que se producen sin cesar. ¿La administracion pública acabará por dirigir todas las industrias á que no puede bastar un ciudadano aislado? Y si por fin llega un momento en que por la extrema division de los bienes raíces se encuentre la tierra repartida á lo infinito, de modo que no pueda cultivarse sino por asociaciones de labradores, ¿será preciso que el jefe del gobierno abandone el timon del Estado para venir á tomar en su lugar el arado?

La moral y la inteligencia de un pueblo democrático no correrian ménos riesgo que sus negocios y su industria, si el gobierno viniese á tomar parte en todas las asociaciones.

Las ideas y los sentimientos no se renuevan, el corazon no se engrandece ni el espíritu humano



se desarrolla sino por la accion recíproca de unos hombres sobre los otros.

He hecho ver que esta accion es casi nula en los países democráticos, y que es preciso crearla artificialmente; esto es lo que las asociaciones solas pueden hacer.

Cuando los miembros de una aristocracia adoptan una idea nueva ó conciben un sentimiento nuevo, lo colocan en cierto modo á su lado en el gran teatro en que ellos mismos se hallan, y esponiéndolo así á la vista de la multitud, lo introducen con facilidad en el espíritu ó en el corazon de todos los que les rodean.

En los países democráticos solo el poder social se halla naturalmente en estado de obrar así; pero es fácil conocer que su accion es siempre insuficiente y muchas veces peligrosa.

Un gobierno no puede bastar á conservar y á renovar por sí solo la circulacion de los sentimientos y de las ideas en un gran pueblo, así como no puede conducir todas las empresas industriales. Desde que él pretendiese salir de la esfera política para lanzarse en esta nueva via, ejerceria sin quererlo una tiranía insoportable, pues un gobierno no sabe mas que dictar reglas precisas; impone los sentimientos é ideas que él favorece, y con dificultad se pueden distinguir sus órdenes de sus consejos.



Todavía será peor si él se cree realmente interesado en que nada se altere, pues entónces permanecerá inmóvil y entorpecido por un sueño voluntario.

Es pues indispensable que un gobierno no obre por sí solo. Las asociaciones son las que en los pueblos democráticos deben ocupar el lugar de los particulares poderosos que la igualdad de las condiciones ha hecho desaparecer.

Tan pronto como varios habitantes de los Estados-Unidos conciben un sentimiento ó una idea que quieren presentar en el mundo, se buscan con instancia y así que se encuentran se unen. Desde entónces ya no son hombres aislados, sino un poder que se ve de léjos, cuyas acciones sirven de ejemplo, que habla y que se escucha.

La primera vez que oí decir en los Estados-Unidos que cien mil hombres se habian públicamente comprometido á no hacer uso de licores fuertes, la cosa me pareció mas ridícula que sería; y al principio no veía por qué estos ciudadanos tan sobrios no se contentaban con beber agua en el interior de sus familias. al fin pude comprender que estos cien mil americanos, horrorizados del progreso que hacia al rededor suyo la embriaguez, habian querido favorecer la sobriedad, obrando precisamente como un gran señor que se vistiera con muchísima



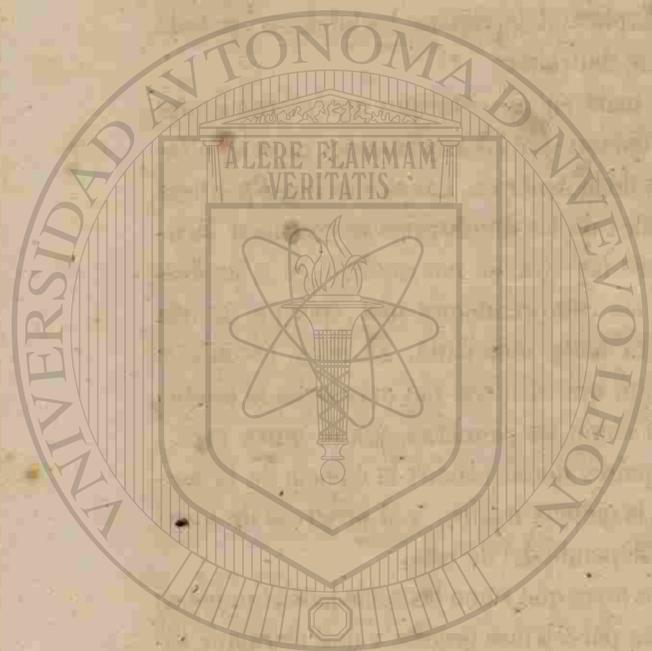
sencillez á fin de inspirar á los ciudadanos el desprecio del lujo. Si estos cien mil hombres hubiesen vivido en Francia, cada uno se habria dirigido al gobierno suplicándole vigilase las tabernas en toda la superficie del reino.

No hai nada en mi concepto que merezca mas nuestra atencion que las asociaciones morales é intelectuales de la América. Las asociaciones políticas é industriales de los americanos se conciben fácilmente, pero las otras se nos ocultan, y si las descubrimos las comprendemos mal, porque nunca hemos visto nada semejante. Se debe reconocer sin embargo, que ellas son tan necesarias al pueblo americano como las primeras, y aun quizá mas.

En los países democráticos la ciencia de la asociacion es la ciencia madre, y el progreso de todas las demas depende del de esta.

Entre las leyes que rigen las sociedades humanas, hai una que parece mas precisa y mas clara que todas las demas. Para que los hombres permanezcan civilizados ó lleguen á serlo, es necesario que el arte de asociarse se desarrolle entre ellos, y se perfeccione á proporcion que la igualdad de las condiciones se aumenta.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO VI.

De la relación que existe entre las asociaciones y los periódicos.

No estando los hombres ligados entre sí de un modo sólido y permanente, no puede lograrse que un gran número opere en común, á no ser que se le persuada á cada uno de aquellos cuyo concurso es necesario, que su interés particular lo obliga á unir sus esfuerzos á los de todos los otros.

Esto no se puede hacer habitual y cómodamente sino con la ayuda de un diario, y solo él puede depositar á la vez en mil espíritus el mismo pensamiento. ®



Un diario es un consejero á quien no hai necesidad de ir á buscar, porque se presenta todos los dias por sí mismo, y habla brevemente del negocio comun, sin distraer de los negocios particulares. Los periódicos se hacen mas necesarios á medida que los hombres son mas iguales, y que es mas de temer el individualismo. Seria disminuir su importancia, el pensar que no sirven sino para garantir la libertad, cuando sostienen y conservan igualmente la civilizacion.

No negaré que en los países democráticos los diarios conducen frecuentemente á los ciudadanos á hacer en comun empresas inconsideradas; pero si no existiesen estos, apénas habria accion comun: así pues, el mal que producen es infinitamente menor que el que remedian. Un diario no solamente tiene por objeto sugerir á un gran número de hombres el mismo designio, sino que tambien les suministra los medios de ejecutar en comun los que habrian concebido por sí solos.

Los ciudadanos principales que habitan un país aristocrático se descubren desde léjos, y si quieren reunir sus esfuerzos, marchan los unos hácia los otros arrastrando consigo una multitud.

En los países democráticos sucede muchas veces lo contrario; un gran número de hombres que tiene el deseo ó la necesidad de asociarse, no puede ha-

cerlo, porque siendo todos mui pequeños y estando perdidos en la multitud, no se ven ni saben en dónde encontrarse. Aparece un diario que espone á los ojos del público el sentimiento ó la idea que se habia presentado simultáneamente, pero con separacion, á cada uno de ellos; entónces todos se dirigen hácia esta luz, y aquellos espíritus vacilantes que se buscaban hacia largo tiempo en las tinieblas, se encuentran al fin y se reúnen.

Los papeles públicos despues de haberlos reunido, continúan siéndoles necesarios para mantenerlos juntos.

Para que en un pueblo democrático tenga una asociacion algun poder es necesario que sea numerosa; y como los que la componen están ordinariamente diseminados en un grande espacio, y cada uno de ellos tiene que permanecer en el lugar que habita, sea por la mediocridad de su fortuna ó por la multitud de pequeños cuidados que ella exige, les es indispensable hallar un medio de hablarse todos los dias sin verse y marchar de acuerdo sin estar reunidos. Por lo tanto, no hai asociacion alguna democrática que no tenga necesidad de un periódico.

Entre las asociaciones y los diarios existe, pues, una relacion necesaria: los diarios hacen las asociaciones y las asociaciones hacen los diarios; y si

es cierto como se ha dicho, que las asociaciones deben multiplicarse á medida que las condiciones se igualan, no lo es ménos que el número de diarios crece á medida que las asociaciones se multiplican.

Por esto, pues, la América es el país del mundo en que se encuentran á la vez mas asociaciones y mas diarios.

Esta relacion entre el número de los diarios y el de las asociaciones nos conduce á descubrir otra entre el estado de la prensa periódica y la forma de la administracion del país, y nos enseña que el número de diarios de un pueblo democrático debe disminuir ó crecer, á medida que la centralizacion administrativa es mas ó ménos grande; porque en los pueblos democráticos no puede confiarse, como en los aristocráticos, el ejercicio de los poderes locales á los principales ciudadanos, y es preciso abolir estos poderes ó estender su uso á un gran número de hombres. Estos forman una verdadera asociacion establecida por la lei de un modo permanente para la administracion de una parte del territorio, y tienen necesidad de que un diario venga á buscarlos cada dia en medio de sus quehaceres, y les diga en qué estado se encuentran los asuntos públicos. Miéntras mas numerosos son los poderes locales, mayor es el número de los

que la lei llama á ejercerlos; y tanto mas se multiplican los diarios, cuanto que esta necesidad se hace sentir á cada instante.

La division infinita del poder administrativo, mas que la grande libertad política y la independencia absoluta de la prensa, es lo que multiplica tan singularmente el número de los diarios en América. Si todos los habitantes de la Union fueran electores, bajo un sistema que limitase su derecho electoral á la eleccion de los legisladores del Estado, no necesitarian sino de un pequeño número de diarios, porque no tendrían sino algunas ocasiones mui raras, aunque mui importantes, de obrar juntos; pero en el interior de la grande asociacion nacional, la lei ha establecido en cada provincia, en cada ciudad, y por decirlo así, en cada pueblo, pequeñas asociaciones que tienen por objeto la administracion local: de esta manera el legislador ha obligado á cada americano á concurrir diariamente con algunos de sus conciudadanos á una obra comun, y todos necesitan por consecuencia un diario que les diga lo que hacen los demas.

Creo que un pueblo democrático (1) que no tuviese representacion nacional, sino un gran nú-

(1) Digo un *pueblo democrático*. La administracion puede estar mui *descentralizada* en un pueblo aristocrático, sin que se haga sentir la necesidad de los diarios, porque los poderes

mero de pequeños poderes locales, concluiría por poseer mas diarios que otro cuya administracion centralizada existiera al lado de una legislatura electiva. Lo que mejor esplica el desarrollo prodigioso que ha tomado la prensa periódica en los Estados-Unidos, es que la mas grande libertad nacional se combina entre los americanos con las libertades locales de toda especie.

Se cree generalmente en Francia y en Inglaterra, que basta abolir los impuestos de la prensa para aumentar indefinidamente los periódicos: esta opinion exagera demasiado los efectos de una reforma semejante. Los diarios no se multiplican solamente porque sean baratos, sino segun la necesidad mas ó ménos frecuente que tiene un gran número de hombres de comunicarse y de obrar en comun.

Yo atribuiria tambien el poder creciente de los diarios á razones mas generales de las que se alegan frecuentemente para explicarla. Un diario no puede subsistir sino á condicion de reproducir una doctrina ó un sentimiento comun á un gran número de hombres: él representa siempre una asociacion cuyos miembros son sus lectores habituales.

locales se hallan entónces en manos de un corto número de hombres que obran aisladamente, se conocen y pueden con facilidad verse y entenderse.

Esta asociacion puede ser mas ó ménos definida, mas ó ménos estrecha, mas ó ménos numerosa; pero siempre existe su gérmen en los espíritus, puesto que el diario no muere.

De aquí nace otra reflexion que terminará este capítulo. Cuanto mas iguales se hacen las condiciones, tanto mas débiles son los hombres individualmente, con tanta mas facilidad se dejan arrastrar por la corriente de la multitud y mas trabajo les cuesta mantenerse solos en una opinion que ella abandona.

El diario representa la asociacion y puede decirse que habla á cada uno de sus lectores en nombre de todos los demas: los arrastra con tanta mas facilidad cuanto mas débiles son individualmente.

El imperio de los diarios debe pues crecer á medida que los hombres se igualan.



CAPÍTULO VII.

De la relación que existe entre las asociaciones civiles y las políticas.

No ha sino una nación en el mundo donde se use cada día de la libertad ilimitada de asociarse con miras políticas. Esta misma nación es la única en que los ciudadanos han imaginado hacer un continuo uso del derecho de asociación en la vida civil, y conseguido procurarse por este medio todos los bienes que la civilización puede ofrecer.

En todos los pueblos en que se prohíbe la asociación

cion política, la asociacion civil es rara; y no es probable que esto sea el resultado de un accidente, sino mas bien se debe deducir que existe una relacion natural, y quizá necesaria, entre estas dos especies de asociaciones. La casualidad conduce muchas veces ciertos hombres á tener un interes comun en un negocio particular. Ocurre, por ejemplo, dirigir una empresa comercial ó concluir una operacion industrial, entónces se encuentran y se reunen y de este modo se familiarizan poco á poco con la asociacion.

Miéntas mas crece el número de estos pequeños negocios comunes, mas fácilmente adquieren los hombres, aun sin saberlo, la facultad de seguir en comun los grandes. Así pues, las asociaciones civiles facilitan las asociaciones políticas, y por otra parte la asociacion política desarrolla y perfecciona singularmente la asociacion civil.

En la vida civil cada hombre puede, en rigor, suponer que se halla en estado de bastarse á sí mismo; pero en política no puede jamas imaginárselo. Cuando un pueblo tiene una vida pública, la idea de la asociacion y el deseo de asociarse se presentan cada dia al espíritu de todos los ciudadanos, y por mas repugnancia natural que los hombres tengan á obrar en comun, estarán siempre prontos á hacerlo por el interes de un partido. Así, la po-

lítica generaliza el gusto y el hábito de la asociacion, forma el deseo de unirse y enseña el arte de verificarlo á una multitud de hombres que de otra suerte habrian vivido solos.

La política no solamente hace nacer muchas asociaciones, sino que tambien las crea muy vastas. En la vida civil es muy raro que un mismo interes atraiga hácia una accion comun un gran número de hombres; esto no puede conseguirse sino con mucho arte: pero en política la ocasion se ofrece por sí misma á cada instante, pues solo en las grandes asociaciones se manifiesta el valor general de la asociacion. Los ciudadanos, individualmente débiles, no forman de antemano una idea clara de la fuerza que pueden adquirir uniéndose, y es preciso que se les haga ver para que lo comprendan. De aquí viene que es mas fácil muchas veces reunir para un fin comun una multitud que algunos hombres: mil ciudadanos pueden tal vez no ver el interes que tienen en reunirse; pero diez mil lo descubren. En política los hombres se unen para grandes empresas, y el partido que sacan de la asociacion en los negocios importantes, les enseña de un modo práctico el interes que tienen en ayudarse en los menores.

Una asociacion política saca á la vez una multitud de individuos fuera de sí mismos: por muy se-

parados que se hallen naturalmente por la edad, por el talento ó por la fortuna, los acerca y los pone en contacto, y una vez encontrados y conocidos, aprenden á hallarse siempre.

No se puede entrar en la mayor parte de las asociaciones civiles sin esponer una parte del patrimonio, y esto sucede en todas las compañías industriales y comerciales. Cuando los hombres están todavía poco versados en el arte de asociarse é ignoran las principales reglas, temen al hacerlo por la primera vez, pagar mui cara su esperiencia, y prefieren mas bien privarse de un medio poderoso de buen éxito, que correr los riesgos que le acompañan: vacilan ménos en tomar parte en las asociaciones políticas, que les parecen sin peligro porque no corre riesgo su dinero. Ellos no pueden hacer parte de estas asociaciones por largo tiempo, sin descubrir de qué manera se mantiene el órden entre un gran número de hombres, y por qué medio se obtiene hacerlos marchar de acuerdo y metódicamente hácia el mismo fin; aprenden entónces á someter su voluntad á la de todos los otros y á subordinar sus esfuerzos particulares á la accion comun, cosas que es indispensable saber tanto en las asociaciones civiles como en las políticas.

Las asociaciones políticas pueden considerarse como grandes escuelas gratuitas, adonde todos



los ciudadanos van á aprender la teoría general de las asociaciones.

Aun cuando la asociacion política no sirviese directamente al progreso de la asociacion civil, se impediria el desarrollo de esta destruyendo la primera.

Cuando los ciudadanos no pueden asociarse sino en ciertos casos, miran la asociacion como un procedimiento raro y singular y se cuidan bien poco de pensar en ella; pero cuando se les deja asociar en todas las cosas libremente, acaban por ver en la asociacion el medio universal y, por decirlo así, el único de que pueden servirse los hombres para lograr los diversos fines que se proponen; y cada nueva necesidad despierta al momento esta idea. El arte de la asociacion se hace entónces, como ya ántes he dicho, la ciencia madre, y todos la estudian y la aplican.

Cuando ciertas asociaciones son prohibidas y otras permitidas, es difícil distinguir con anticipacion las primeras de las segundas. En la duda, se abstienen de todas, y se establece una especie de opinion pública que tiende á hacer considerar una asociacion cualquiera como una empresa atrevida y casi ilícita (1).

(1) Esto es principalmente cierto cuando el poder ejecutivo



Es una quimera creer que el espíritu de asociación comprimido en un punto, se desarrollará en otros con la misma fuerza, y que bastará permitir á los hombres ejecutar en comun ciertas empresas, para que se apresuren á aventurarlas. Luego que los ciudadanos tengan la facultad y el hábito de asociarse para todas las cosas, lo harán con gusto para las pequeñas como para las grandes; pero si no pueden asociarse sino para las primeras, no tendrán el gusto ni la capacidad de hacerlo; y en vano se les dejará entera libertad para ocuparse

es el encargado de permitir ó de prohibir las asociaciones segun su voluntad arbitraria.

Cuando la lei se limita á prohibir ciertas asociaciones, y deja á los tribunales el cuidado de castigar á los que desobedecen, el mal es ménos grande; cada ciudadano sabe entónces con anticipacion sobre qué puede contar, en cierto modo se juzga por sí mismo ántes de que lo juzguen, y separándose de las asociaciones prohibidas, se entrega á las permitidas. Así es como han comprendido todos los pueblos libres que se podia restringir el derecho de asociacion. Pero si el legislador encargase de antemano á un hombre de distinguir las asociaciones peligrosas de las útiles, y le permitiese libremente destruirlas todas en su origen ó dejarlas nacer, el espíritu de asociacion seria enteramente descuidado, porque nadie podria prever en qué caso es permitido asociarse y en cuál no. La primera de estas dos leyes no ataca sino ciertas asociaciones; la segunda se dirige á la sociedad misma y la hiere. Creo que un gobierno regular puede recurrir á la primera, pero no reconozco en ninguno el derecho de sostener la segunda.

en comun de sus negocios, pues no usarán sino con negligencia de los derechos que se les conceden; y despues de agotar los esfuerzos para separarlos de las asociaciones prohibidas, se verá con sorpresa que no puede persuadirseles á formar asociaciones permitidas.

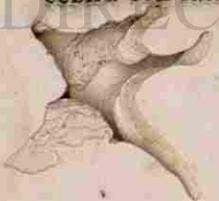
No digo, pues, que no pueda haber asociaciones civiles en un país en que es prohibida la asociacion política, porque al fin los hombres no pueden vivir en sociedad sin entregarse á una empresa comun. Pero sostengo que en un país semejante las asociaciones civiles serán siempre en corto número, concebidas con flojedad, conducidas sin habilidad, no abrazando nunca vastos designios ó frustrándose al empezar á ejecutarlos.

Esto me conduce naturalmente á pensar que la libertad de asociarse en materias políticas no es tan peligrosa á la tranquilidad pública como se la supone; y que podria suceder que despues de haber conmovido el Estado por algun tiempo, viniese al fin á asegurarlo.

En los países democráticos las asociaciones políticas forman, por decirlo así, los únicos poderes particulares que aspiran á dirigir el Estado. Por esto los gobiernos de nuestros dias consideran esta especie de asociaciones como los reyes de la edad media reputaban los grandes vasallos de la corona,

sintiendo hácia ellas una especie de horror como por instinto, y combatiéndolas en todas ocasiones; pero respecto á las asociaciones civiles tienen al contrario una benevolencia natural, pues han descubierto fácilmente que estas, en vez de dirigir el espíritu de los ciudadanos hácia los negocios públicos, sirven para distraerlo, y comprométiéndolos mas y mas en proyectos que no pueden realizar sin el socorro de la paz pública, los apartan de las revoluciones. Mas no advierten que las asociaciones políticas multiplican y facilitan prodigiosamente las asociaciones civiles, y que al evitar un mal peligroso, se privan de un remedio eficaz. Cuando se ve á los americanos asociarse libremente cada dia con el objeto de hacer prevalecer una opinion política, de elevar un hombre de estado al gobierno ó de quitar el poder á otro, apénas se puede comprender que hombres tan independientes no caigan á cada instante en la licencia y el desorden.

Si por otro lado se viene á considerar el número infinito de empresas industriales que se siguen en comun en los Estados-Unidos, y se ve por todas partes á los americanos trabajando sin descanso en la ejecucion de algun proyecto importante y difícil, que la menor revolución podria perturbar, se concebirá con facilidad por qué estas gentes no inten-



tan trastornar el Estado ni destruir el reposo público de que ellos mismos se aprovechan.

No es bastante en mi concepto concebir estas cosas sin descubrir el nudo que las une; es menester penetrar en el seno mismo de las asociaciones políticas en que los americanos de todos estados, de todas edades y de todos talentos toman cada dia el gusto general por la asociacion y se familiarizan con su empleo. Allí se ven en gran número, se hablan, se entienden y se animan en comun para toda suerte de empresas; trasladando en seguida á la vida civil las nociones que han adquirido, para emplearlas en mil usos.

Gozando así los americanos de una peligrosa libertad, aprenden á hacer ménos grandes estos mismos peligros. Si se escogiera un cierto momento en la vida de una nacion, seria fácil probar que las asociaciones políticas turban el Estado y paralizan la industria; pero tomando enteramente la existencia de un pueblo, es fácil demostrar que la libertad de asociacion en materias políticas es favorable al bienestar y aun á la tranquilidad de los ciudadanos.

He dicho en la primera parte de esta obra « que « la libertad ilimitada de asociarse no puede con- « fundirse con la libertad de escribir; la una es á « la vez ménos necesaria y mas peligrosa que la



« otra. » Una nacion puede poner á aquella ciertos límites sin dejar de ser dueña de sí misma, y debe hacerlo algunas veces si quiere gobernarse. Y despues añadía : « No se puede negar que la libertad ilimitada de asociacion en materia política, es de todas las libertades la última que un pueblo puede sostener, pues si ella no le hace caer en la anarquía, le obliga á lo ménos, por decirlo así, á tocarla á cada instante. »

No creo que una nacion pueda tener siempre la libertad de dejar á los ciudadanos el derecho absoluto de asociarse en materias políticas, y aun pienso que en ningun país y en ninguna época seria prudente dejar sin límites la libertad de asociacion.

Se dice que un pueblo no podria mantener la tranquilidad en su seno, inspirar respeto á las leyes ni fundar un gobierno estable, sin encerrar en límites muy estrechos el derecho de asociacion. Semejantes bienes son preciosos sin duda, y yo concibo que para adquirirlos ó conservarlos debe consentir una nacion en imponerse momentáneamente grandes sacrificios; pero todavía conviene que sepa con precisión lo que le cuestan estos bienes.

Comprendo que para salvar la vida de un hombre se le corte un brazo; pero no quiero que se me diga que va á quedar tan diestro como si no estuviese manco.



CAPÍTULO VIII.

De qué manera los americanos combaten el individualismo con la doctrina del interes bien entendido.

Quando el mundo era conducido por un pequeño número de individuos ricos y poderosos, tenían estos el gusto de formarse una idea sublime de los deberes del hombre, y se complacian en reconocer que es glorioso olvidarse de sí y hacer el bien sin interes, como Dios mismo. Tal era la doctrina oficial de este tiempo en materia de moral.

Dudo que los hombres fuesen mas virtuosos en los siglos aristocráticos que en los otros; mas es



« otra. » Una nacion puede poner á aquella ciertos límites sin dejar de ser dueña de sí misma, y debe hacerlo algunas veces si quiere gobernarse. Y despues añadía : « No se puede negar que la libertad ilimitada de asociacion en materia política, es de todas las libertades la última que un pueblo puede sostener, pues si ella no le hace caer en la anarquía, le obliga á lo ménos, por decirlo así, á tocarla á cada instante. »

No creo que una nacion pueda tener siempre la libertad de dejar á los ciudadanos el derecho absoluto de asociarse en materias políticas, y aun pienso que en ningun país y en ninguna época seria prudente dejar sin límites la libertad de asociacion.

Se dice que un pueblo no podria mantener la tranquilidad en su seno, inspirar respeto á las leyes ni fundar un gobierno estable, sin encerrar en límites muy estrechos el derecho de asociacion. Semejantes bienes son preciosos sin duda, y yo concibo que para adquirirlos ó conservarlos debe consentir una nacion en imponerse momentáneamente grandes sacrificios; pero todavía conviene que sepa con precisión lo que le cuestan estos bienes.

Comprendo que para salvar la vida de un hombre se le corte un brazo; pero no quiero que se me diga que va á quedar tan diestro como si no estuviese manco.



CAPÍTULO VIII.

De qué manera los americanos combaten el individualismo con la doctrina del interes bien entendido.

Quando el mundo era conducido por un pequeño número de individuos ricos y poderosos, tenían estos el gusto de formarse una idea sublime de los deberes del hombre, y se complacian en reconocer que es glorioso olvidarse de sí y hacer el bien sin interes, como Dios mismo. Tal era la doctrina oficial de este tiempo en materia de moral.

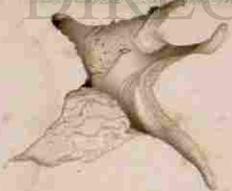
Dudo que los hombres fuesen mas virtuosos en los siglos aristocráticos que en los otros; mas es



cierto que en ellos se hablaba incesantemente de la belleza de las virtudes, y no estudiaban sino en secreto por qué lado eran útiles. Pero á medida que la imaginacion se eleva ménos, y que cada uno se reconcentra en sí mismo, los moralistas se espantan con esta idea de sacrificio, y no se atreven á ofrecerla al espíritu humano : se reducen, pues, á averiguar si la ventaja individual de los ciudadanos consiste en trabajar en la felicidad de todos, y cuando descubren uno de esos puntos en que el interes particular viene á encontrarse con el general y á confundirse, se apresuran á darlo á conocer, y poco á poco las observaciones semejantes se multiplican. Lo que no era mas que una observacion aislada se hace una doctrina general, y se cree en fin descubrir que al servir el hombre á sus semejantes se sirve á sí mismo, y que su interes particular es el de hacer el bien.

He demostrado varias veces en esta obra que los americanos saben casi siempre combinar su propio interes con el de sus conciudadanos, y ahora me propongo explicar la teoría general con cuya ayuda lo consiguen.

Casi nunca se dice en los Estados-Unidos, que la virtud es bella; se sostiene que es útil y esto mismo se prueba todos los dias. Los moralistas americanos no pretenden que sea preciso sacrificarse



á sus semejantes porque sea una heroicidad el hacerlo; pero dicen sin rebozo que semejantes sacrificios son tan necesarios al que se los impone como al que se aprovecha de ellos; conocen que en su país y en su tiempo, el hombre es atraído hácia sí por una fuerza irresistible, y perdiendo la esperanza de detenerle, no se ocupan sino de conducirle. No niegan á cada uno el derecho de seguir su interes; pero se esfuerzan en probar que este consiste en ser honrado. No quiero entrar aquí en el pormenor de sus razonamientos, porque esto me separaria de mi objeto; baste decir que ellos han convencido á sus conciudadanos.

Hace mucho tiempo que Montaigne dijo : « Aun « cuando para la rectitud no fuese necesario seguir « el camino derecho, yo lo seguiria por haberme « enseñado la esperiencia que al fin de todo, es el « mas acertado y el mas útil.

La doctrina del interes bien entendido no es nueva, pero en los americanos de nuestros dias ha sido universalmente admitida y ha venido á ser popular : se la encuentra en el fondo de todas las acciones y penetra al traves de todos los discursos. Por todas partes se halla, y lo mismo se encuentra en la boca del pobre que en la del rico.

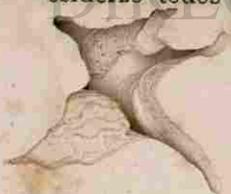
La doctrina del interes bien entendido no es tan refinada en Europa como en América; al mismo



tiempo se halla ménos estendida, y sobre todo, se deja ver ménos; mas se fingen grandes sacrificios que no se hacen. Los americanos, al contrario, se complacen en explicar con la ayuda del interes bien entendido casi todos los actos de la vida, y hacen ver cómo el amor ilustrado por ellos mismos los conduce incesantemente á ayudarse entre sí, y los dispone á sacrificar al bien del Estado una parte de su tiempo y de sus riquezas. Pienso que en esto muchas veces no se hacen justicia, pues se ve de cuando en cuando en los Estados-Unidos, así como en otras partes, que los ciudadanos se abandonan á los ímpetus desinteresados é irreflexivos que son naturales al hombre; pero los americanos nunca confiesan que ceden á impulsos de esta especie, y prefieren hacer honor á su filosofía mas bien que á ellos mismos.

Podria detenerme aquí y no tratar de juzgar lo que acabo de describir, sirviéndome de excusa la extrema dificultad del asunto; pero no quiero aprovecharme de ella y prefiero que mis lectores, al ver claramente mi objeto, rehusen seguirme, mas bien que dejarlos en suspenso.

El interes bien entendido es una doctrina poco elevada, pero clara y segura; ella no pretende alcanzar grandes objetos, pero obtiene sin mucho esfuerzo todos los que divisa; y como se encuen-



tra al alcance de todas las inteligencias, cada individuo la comprende fácilmente y la retiene sin trabajo. Acomodándose maravillosamente á las debilidades de los hombres, consigue un grande imperio, y no le es difícil conservarlo, porque vuelve el interes personal contra sí mismo, y se sirve para dirigir las pasiones del aguijon que las escita.

La doctrina del interes bien entendido no produce afectos estremados, pero sugiere cada dia pequeños sacrificios: por sí sola no podria hacer un hombre virtuoso, mas sí formar una multitud de ciudadanos sobrios, arreglados, templados, precavidos y dueños de sí mismos; y si no conduce directamente á la virtud por la voluntad, á lo ménos acerca insensiblemente á ella por los hábitos.

Si la doctrina del interes bien entendido viniese á dominar enteramente el mundo moral, las virtudes extraordinarias serian sin duda mas raras; pero tambien creo que las groseras depravaciones serian ménos comunes. La doctrina del interes bien entendido impide quizá á algunos hombres elevarse demasiado sobre el nivel ordinario de la humanidad; pero otros muchos que descendian de este mismo nivel la encuentran y se contienen allí. Considerando algunos individuos, ella los rebaja; pero contemplada la especie, la eleva.



No temo decir que la doctrina del interes bien entendido me parece la mejor de todas las teorías filosóficas, la mas apropiada á las necesidades de los hombres de nuestro siglo, y la mas poderosa garantía que les queda contra ellos mismos. El espíritu de los moralistas de nuestros dias debe principalmente dirigirse hácia ella, y aunque la juzguen imperfecta, seria preciso adoptarla como necesaria.

En todo caso, no creo que haya mas egoismo entre nosotros que en América; la única diferencia consiste en que allí es ilustrado y aquí no lo está. Cada americano sabe sacrificar una parte de sus intereses particulares para salvar el resto; nosotros al contrario, queremos retenerlo todo, y frecuentemente todo se nos escapa.

No veo entre los que me rodean, sino gentes que parece quieren enseñar á sus contemporáneos con sus palabras y con su ejemplo, que lo útil no es jamas indecoroso. ¿Será posible que yo no descubra nadie que pretenda hacer ver de qué modo lo honesto puede ser útil?

No hai poder en la tierra que pueda lograr que la creciente igualdad de las condiciones no conduzca el espíritu humano hácia la investigacion de lo útil, y no disponga á cada ciudadano á encerrarse dentro de sí mismo.

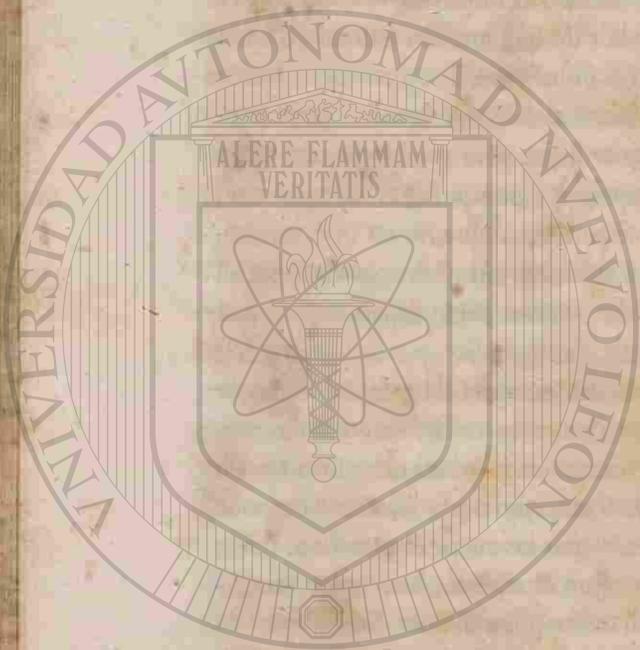


Es menester, pues, esperar que el interes individual se haga mas que nunca el principal, si no el único móvil de las acciones de los hombres; pero nos resta saber de qué manera entenderá cada hombre su interes individual.

Si los ciudadanos al hacerse iguales permaneciesen toscos é ignorantes, es imposible prever hasta qué exceso de estupidez podria llegar su egoismo, y no es fácil decir anticipadamente en qué vergonzosas miserias se sumergirian ellos mismos, por el temor de sacrificar alguna parte de su comodidad al bienestar de sus semejantes.

No creo que la doctrina del interes, tal como la predicán en América, sea evidente en todas sus partes; pero al ménos encierra un gran número de verdades tan positivas, que basta iluminar un poco á los hombres para que las vean. Ilustradlos, pues, á todo precio, porque el siglo de los ciegos sacrificios y de las virtudes por instinto huye léjos de nosotros; y veo acercarse el tiempo en que la libertad, la paz pública y el órden social mismo no podrán existir sin las luces.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO IX.

De qué manera aplican los americanos la doctrina del interes bien entendido en materia de religion.

Si la doctrina del interes bien entendido no mirase sino á este mundo , á la verdad no seria suficiente ; pues hai un gran número de sacrificios que no pueden hallar su recompensa sino en el otro, y por grandes esfuerzos que se hicieran para probar la utilidad de la virtud, seria siempre difícil hacer vivir bien á un hombre que no quisiese morir.

Es , pues , necesario saber si la doctrina del in-



terres bien entendido puede conciliarse fácilmente con las creencias religiosas.

Los filósofos que la enseñan dicen á los hombres que para ser felices en la vida deben vigilar sus pasiones y reprimir con cuidado su esceso; que no puede adquirirse una felicidad permanente sino renunciando mil goces pasajeros y que es preciso, en fin, triunfar incesantemente de sí mismo para servirse mejor.

Los fundadores de casi todas las religiones se han expresado poco mas ó ménos del mismo modo: sin indicar á los hombres un camino distinto, no han hecho sino apartar el fin, y en lugar de colocar en este mundo las recompensas de los sacrificios que imponen, la han puesto en el otro. Sin embargo, rehusó creer que todos aquellos que practican la virtud por espíritu de religion no obren sino con la esperanza de una recompensa.

He encontrado cristianos zelosos que se olvidaban sin cesar de sí mismos á fin de trabajar con mas ardor en beneficio de todos; y les he oído decir que no obraban así sino por merecer los bienes del otro mundo; pero no puedo dejar de pensar que se engañan á sí mismos, y los respeto demasiado para creerlos.

Es verdad que el cristianismo nos dice que es preciso preferir el prójimo á sí mismo para ganar



el cielo; pero tambien nos enseña que se debe hacer el bien á sus semejantes por el amor de Dios. Hé aquí una bella espresion; el hombre penetra por su inteligencia en el pensamiento divino; ve que el objeto de Dios es el órden; se asocia libremente á este gran designio, y sacrificando sus intereses particulares á este órden admirable de todas las cosas, no espera mas recompensa que la satisfaccion de contemplarle.

No creo que el solo móvil de los hombres religiosos sea el interes, pero me parece que es el medio principal de que se sirven las religiones mismas para conducir á los hombres; y no dudo que este es el lado por donde ellas se apoderan de la multitud y se hacen populares.

No veo, pues, claramente por qué la doctrina del interes bien entendido habria de separar los hombres de las creencias religiosas; y me parece, por el contrario, descubrir el modo como los acerca á ellas.

Supongo que para alcanzar la felicidad de este mundo, un hombre resista en todas ocasiones al instinto y racione con calma sobre todos los actos de la vida; que en lugar de ceder ciegamente al impetu de sus primeros deseos, aprenda el arte de combatirlos, y se habitúe á sacrificar sin esfuerzos el placer del momento al interes permanente de toda su vida.



Si un hombre semejante tiene fe en la religion que profesa, no le costará mucho sujetarse á las mortificaciones que ella impone. La razon misma le aconseja hacerlo, y la costumbre le ha preparado con anticipacion á sufrirlo. Si tiene dudas acerca del objeto de sus esperanzas, no se detendrá en ellas, y juzgará prudente arriesgar algunos de los bienes de este mundo para conservar sus derechos á la inmensa sucesion que se le promete en el otro.

« No hai mucho que perder, ha dicho Pascal, « equivocándose en creer que la religion cristiana « es verdadera; pero ¿ qué desgracia no seria el « equivocarse creyéndola falsa! »

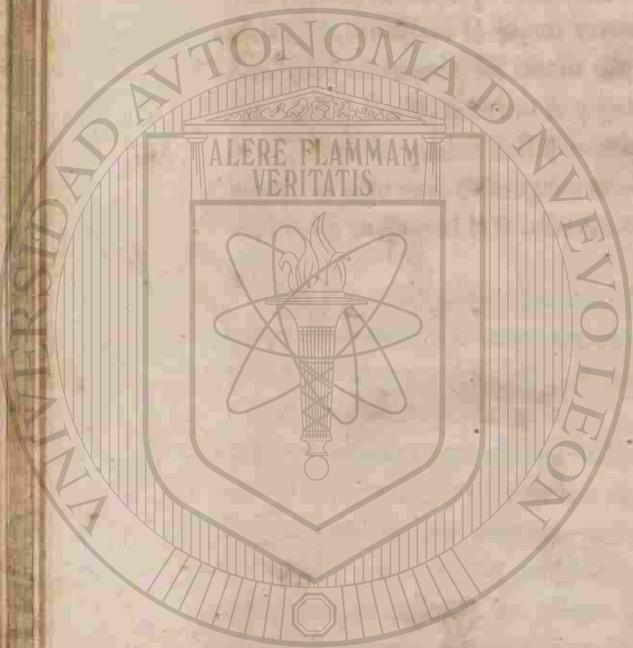
Los americanos no afectan una total indiferencia por la otra vida ni desprecian con pueril orgullo los peligros de que esperan sustraerse. Practican su religion sin rubor y sin debilidad; pero se ve ordinariamente hasta en medio de su zelo un no sé qué de reposo, de método y de cálculo, que parece que es su razon mas bien que el corazon la que los conduce al pié de los altares.

No solo profesan los americanos por interes su religion, sino que aun ven en este mundo el interes que se puede tener en seguirla. En la edad media los sacerdotes no hablaban sino de la otra vida, y apenas se fijaban en probar que un cristiano sin-



cero podia ser feliz en este mundo. Mas los predicadores americanos se dirigen sin cesar á las cosas de la tierra, y con dificultad apartan de ella sus miradas. Para conmover mejor al auditorio, le hacen ver cada dia de qué modo las creencias religiosas favorecen la libertad y el orden público, y frecuentemente sucede que es difícil saber, al oírlos, si el objeto principal de la religion es procurar la eterna felicidad en el otro mundo, ó el bienestar en el presente.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO X.

Del gusto por el bienestar material en América.

La pasión del bienestar material no es siempre exclusiva en América, pero es general, y si no la experimentan todos del mismo modo, á lo menos todos la sienten. El cuidado de satisfacer las mas mínimas necesidades del cuerpo, y de proveer á las pequeñas comodidades de la vida, preocupa allí universalmente los espíritus. Se ve cada dia mas alguna cosa semejante en Europa.

Entre las causas que producen efectos iguales en



los dos mundos, hai muchas que se acercan á la materia de que trato, y por consecuencia debo explicarlas.

Cuando las riquezas se fijan hereditariamente en las mismas familias, se ve un gran número de hombres que gozan del bienestar material, sin experimentar el gusto esclusivo del bienestar. Lo que interesa mas vivamente el corazon humano, no es la pacífica posesion de un objeto precioso, sino el deseo no completamente satisfecho de poseerlo y el temor incesante de perderlo.

Los ricos de las sociedades aristocráticas, no habiendo conocido nunca un estado diferente del en que se hallan, no temen el cambio, y apénas se imaginan que pueda haberlo. El bienestar material no es, pues, para ellos el objeto primitivo de su vida sino una manera de vivir; lo consideran en cierto modo como la existencia misma, y lo gozan sin pensar en él.

Cuando el gusto natural que por instinto sienten todos los hombres por el bienestar, se halla así satisfecho sin pena y sin temor, dirigen su alma hácia otra parte, y la interesan en empresas mas grandes y mas difíciles que la animen y seduzcan.

Así es como en el seno mismo de los goces materiales, los miembros de una aristocracia dejan frecuentemente ver un orgulloso desprecio por es-



los mismos goces, y tienen una fortaleza singular cuando es menester privarse de ellos. Todas las revoluciones que han turbado ó destruido las aristocracias han mostrado la facilidad con que gentes acostumbradas á lo superfluo podian pasarse sin lo necesario, miéntras que hombres que con mucho trabajo han llegado á la comodidad, apénas pueden vivir despues de haberla perdido.

Si de las clases superiores desciendo á las inferiores, veré sin duda efectos análogos producidos por causas diferentes.

En las naciones en que la aristocracia domina la sociedad y la tiene inmóvil, el pueblo acaba por habituarse á la pobreza y los ricos á su opulencia. Los unos no se ocupan del bienestar material porque lo poseen sin trabajo; los otros no piensan en él porque tienen perdida la esperanza de adquirirlo, y ni aun lo conocen bastante para desearlo.

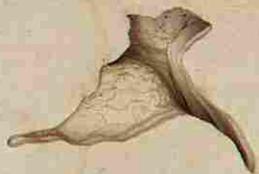
En esta especie de sociedades la imaginacion del pobre se dirige siempre hácia el otro mundo, y aunque las miserias de la vida real la estrechen, se separa sin embargo de ellas para buscar fuera sus goces. Cuando las clases, al contrario, se confunden y los privilegios están destruidos; cuando los patrimonios se dividen y las luces y la libertad se estienden, el deseo de adquirir el bienestar se presenta á la imaginacion del pobre, y el temor de



perderlo al espíritu del rico. Se establecen una multitud de fortunas medioeres: los que las poseen tienen bastantes gozes materiales para comprender el gusto de ellos, pero no los suficientes para estar satisfechos; jamás se los procuran sino con esfuerzo, ni se entregan á ellos sino con temor y así se aplican constantemente á adquirir y á retener estos gozes tan preciosos, tan incompletos y tan fugitivos.

Si busco una pasión que sea natural á los hombres que la oscuridad de su origen ó la mediocridad de su fortuna escitan y limitan, no encuentro ninguna mas propia que el gusto por el bienestar. La pasión del bienestar material es esencialmente de la clase media; se engrandece, se estiende y se hace preponderante con ella; de aquí se eleva á las clases superiores de la sociedad y desciende hasta el seno del pueblo.

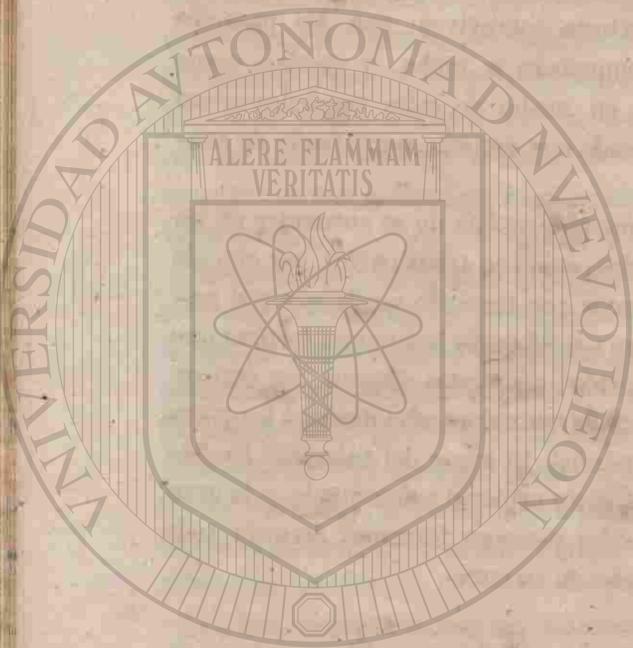
No he visto en América un ciudadano tan pobre que no eche una mirada de esperanza y de envidia hácia los gozes de los ricos, y cuya imaginación no se apodere anticipadamente de los bienes que la suerte se obstina en rehusarle. Tampoco he visto entre los ricos de los Estados-Unidos ese soberbio desden por el bienestar material que se muestra algunas veces hasta en el seno de las aristocracias mas opulentas y relajadas. La mayor parte



de esos ricos han sido pobres, han sentido el aguijón de la necesidad, por largo tiempo han combatido una fortuna enemiga, y cuando se ha obtenido la victoria sobreviven aun las pasiones que han acompañado la lucha, y quedan como embriagados en medio de estos pequeños gozes que han buscado con empeño por espacio de cuarenta años.

Esto no quiere decir que no se encuentre en los Estados-Unidos, como en todas partes, un crecido número de ricos que teniendo sus bienes por herencia, posean sin esfuerzos la inmensa fortuna que no han adquirido; pero estos mismos, sin embargo, no se encuentran ménos aficionados á los gozes de la vida material. El amor del bienestar ha llegado á ser el gusto nacional y dominante, y la gran corriente de las pasiones humanas arrastra todo hácia este lado en su curso.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XI.

De los singulares efectos que produce el amor de los goces materiales en los siglos democráticos.

Por lo que precede podría creerse que el amor de los goces materiales debe arrastrar incesantemente a los americanos hacia el desorden de las costumbres, turbando las familias y comprometiendo la suerte de la sociedad misma. Pero no es así: la pasión de los goces materiales produce en el seno de las democracias distintos efectos que en los pueblos aristocráticos.

Algunas veces la falta de vigor en los negocios,



el exceso de la riqueza, la ruina de las creencias y la decadencia del Estado, conducen poco á poco una aristocracia hácia solo los goces materiales. Otras el poder del príncipe ó la debilidad del pueblo, sin quitar á los ricos su fortuna, los fuerza á separarse del poder, y cerrándoles la senda que conduce á las grandes empresas, los abandona á la inquietud de sus deseos: entónces se entregan exclusivamente á sí mismos, y buscan en los goces del cuerpo el olvido de su pasada grandeza.

Cuando los miembros de un cuerpo aristocrático se dirigen así únicamente hácia los goces materiales, reúnen solo por este lado toda la energía que han adquirido con el largo hábito del poder. Para tales hombres no es suficiente el bienestar; necesitan una suntuosa depravacion y una corrupcion estrepitosa: rinden un culto espléndido á la materia, y parece que desean á porfia distinguirse en el arte de embrutecerse.

Miéntas mas fuerte, gloriosa y libre haya sido una aristocracia, mas depravada se mostrará, y cualquiera que fuese el esplendor de sus virtudes me atrevo á predecir que será siempre sobrepujado por el escándalo de sus vicios.

El gusto por los goces materiales no conduce los pueblos democráticos á los mismos excesos. El amor

del bienestar se muestra en ellos como una pasion tenaz, exclusiva, universal, pero moderada. No se trata de construir grandes palacios, de vencer ó engañar la naturaleza, de agotar el universo para saciar mejor las pasiones de un hombre; se trata de dar alguna estension á sus campos, de plantar un arbolado, de hacer mas grande una habitacion, de proporcionar á la vida mas desahogo y comodidad, de evitar los disgustos y de satisfacer las mas minimas necesidades sin esfuerzos y casi sin gastos. Estos objetos son pequeños en realidad, pero el alma se aficiona á ellos; los considera diariamente mui de cerca, acaban por ocultarle el resto del mundo, y vienen á colocarse algunas veces entre ella y la Divinidad.

Se dirá acaso que esto no puede aplicarse sino á los ciudadanos cuya fortuna es mediocre, y que los ricos manifestarán gustos análogos á los que hacian ver en los siglos de aristocracia; pero voi á contestar esta objecion.

Los ciudadanos mas opulentos de una democracia no muestran gustos mui diferentes de los del pueblo respecto de los goces materiales, ya sea porque habiendo salido de su seno participan realmente de estos gustos, ya porque creen deber someterse á ellos. En las sociedades democráticas la sensualidad del público ha tomado un cierto giro

moderado y pacífico á que tienen que conformarse todos ; y tan difícil es salir de la regla comun por sus vicios como por sus virtudes.

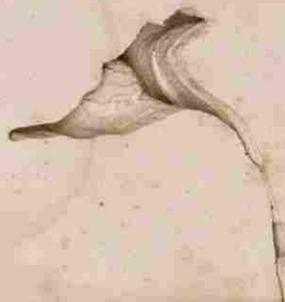
Los ricos que viven en medio de las naciones democráticas aspiran á la satisfaccion de sus menores necesidades mas bien que á los goces extraordinarios ; satisfacen una multitud de pequeños deseos, y no se entregan á ninguna grande pasion desordenada : así es como caen mas fácilmente en la desidia que en la disolucion.

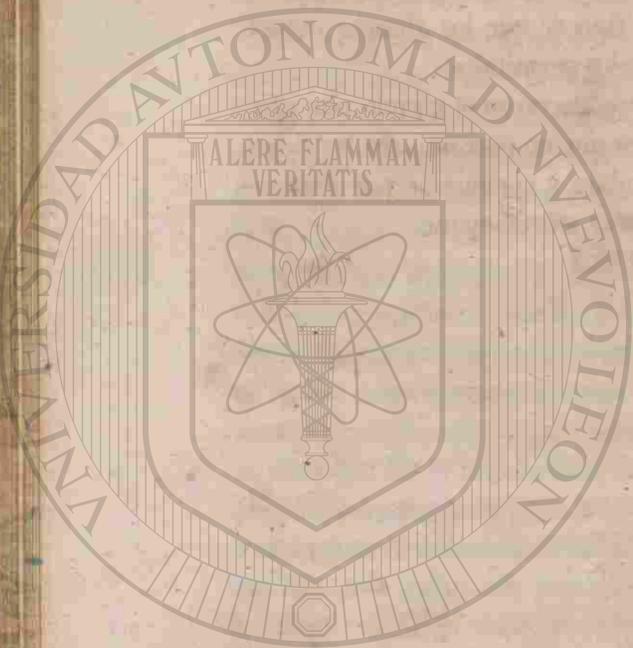
El gusto particular que los hombres de los siglos democráticos conciben por los goces materiales no se opone naturalmente al orden ; al contrario , lo necesita con frecuencia para satisfacerse. Tampoco es enemigo de la regularidad de las costumbres , pues las buenas son útiles á la tranquilidad pública y favorecen la industria. Muchas veces se combina tambien este gusto con una especie de moralidad religiosa : todo el mundo quiere estar lo mejor posible en esta vida, sin renunciar la felicidad de la otra.

Entre los bienes materiales debe siempre huirse de aquellos cuya posesion es criminal. Hai algunos cuyo uso permiten la religion y la moral, y á estos es á los que se entrega sin reserva el corazon , la imaginacion y la vida, y cuya posesion se desea con tanto empeño , que se pierden de vista los bienes

mas preciosos que constituyen la grandeza y la gloria de la especie humana. No acusaré nunca á la igualdad de que arrastre los hombres hácia los goces prohibidos , sino de que los absorba enteramente en busca de los permitidos.

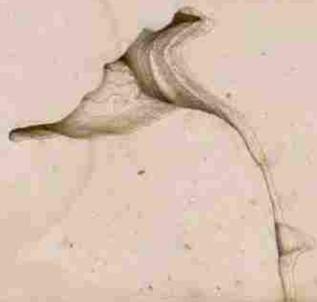
Así, seria fácil establecer en el mundo una especie de materialismo que no corrompiera las almas, pero que las ablandara y concluyese por destemplanar todos sus resortes secretamente.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XII.

Por qué razon ciertos americanos muestran un *espiritualismo* tan exaltado.

Aunque el deseo de adquirir los bienes de este mundo sea la pasion dominante de los americanos, hai momentos de interrupcion en que parece que su alma rompe de repente los lazos materiales que la retienen, y se escapa impetuosamente hácia el cielo.

Se ven algunas veces en todos los Estados de la Union, y mas particularmente en las comarcas que no están mui pobladas del Oeste, predicadores am-

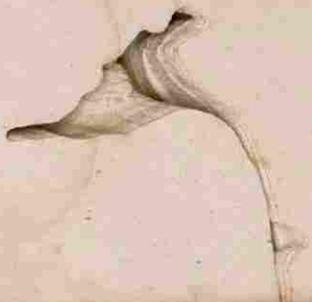


bulantes que llevan de plaza en plaza, por decirlo así, la palabra divina: familias enteras, viejos, mujeres y niños atraviesan lugares difíciles y penetran por bosques desiertos para venir á oírlos, y cuando los encuentran, se quedan escuchándolos por muchos días y muchas noches, olvidándose del cuidado de sus negocios y hasta de otras necesidades mas urgentes.

Por toda spartes se hallan en el seno de la sociedad americana, almas llenas de un *espiritualismo* exaltado y casi feroz, que apenas se conoce en Europa. Se levantan de cuando en cuando sectas extravagantes que se esfuerzan en abrir nuevas vias hácia la felicidad eterna. Estas locuras religiosas son allí mui comunes y no deben absolutamente sorprender.

El hombre no se ha dado á sí mismo el gusto de lo infinito y el amor por lo inmortal. Estos sublimes instintos no nacen de un capricho de su voluntad; tienen su inmóvil fundamento en su naturaleza, y existen á despecho de sus esfuerzos, de manera que aunque pueda sujetarlos y desfigurarlos, nunca podrá destruirlos.

El alma tiene necesidades que es preciso satisfacer, y por gran cuidado que se tenga en distraerla de sí misma, se inquieta y se agita en medio de los goces de los sentidos.



Si el espíritu de la gran mayoría del género humano se reconcentrase alguna vez en la investigación sola de los bienes materiales, puede creerse que se obraría una prodigiosa reacción en el alma de algunos hombres, y se lanzarian perdidamente en el mundo de los espíritus, por miedo de quedar embarazados en las estrechas trabas que quisiera imponerles el cuerpo.

No se debe pues estrañar que en el seno de una sociedad que no piense sino en cosas de la tierra, se encuentre un corto número de individuos que no quieran ocuparse sino del cielo. Me sorprenderia sí, de que en un pueblo preocupado únicamente de su bienestar, el *misticismo* no hiciese bien pronto progresos.

Se dice que las persecuciones de los emperadores y los suplicios del circo poblaron los desiertos de la Tebaida, y yo pienso que mas bien fueron las delicias de Roma y la filosofía epicúrea de la Grecia.

Si el estado social, las circunstancias y las leyes no retuviesen tan estrechamente el espíritu americano en la investigación del bienestar, debe creerse que cuando él se ocupase de las cosas inmateriales, mostraria mas reserva y mas esperiencia, y se moderaria sin dificultad: mas él se siente encerrado en límites de que no se le permite salir; desde que



los traspasa no sabe dónde fijarse, y frecuentemente corre sin detenerse mas allá de los del sentido común.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

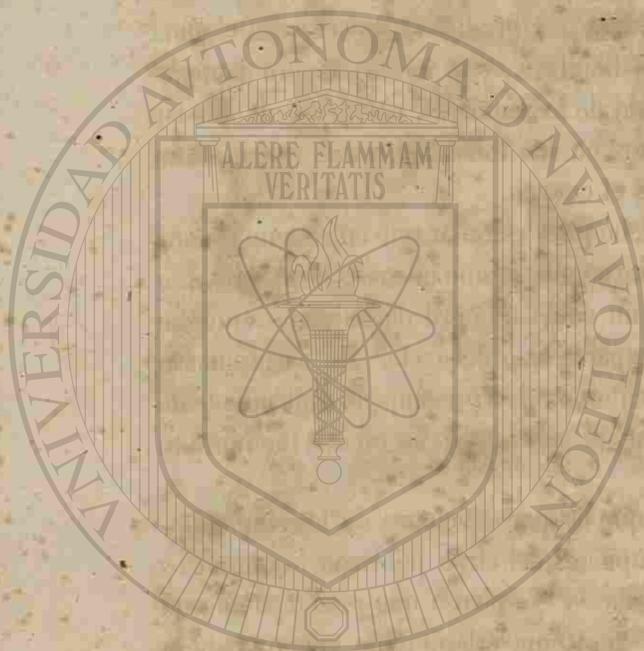
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII.

Por qué se muestran tan inquietos los americanos en medio de su bienestar.

Se encuentran aun en algunos cantones retirados del antiguo mundo, pequeñas poblaciones que han estado como olvidadas en medio del tumulto universal y que han permanecido inmóviles cuando todo se conmovía al rededor de ellas. La mayor parte de estos pueblos son mui ignorantes y miserables; no se mezclan en los asuntos del gobierno, y frecuentemente los gobiernos los oprimen. Sin embargo, ellos muestran de ordinario un exterior sereno y un humor festivo.

los traspasa no sabe dónde fijarse, y frecuentemente corre sin detenerse mas allá de los del sentido común.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII.

Por qué se muestran tan inquietos los americanos en medio de su bienestar.

Se encuentran aun en algunos cantones retirados del antiguo mundo, pequeñas poblaciones que han estado como olvidadas en medio del tumulto universal y que han permanecido inmóviles cuando todo se conmovía al rededor de ellas. La mayor parte de estos pueblos son mui ignorantes y miserables; no se mezclan en los asuntos del gobierno, y frecuentemente los gobiernos los oprimen. Sin embargo, ellos muestran de ordinario un exterior sereno y un humor festivo.

He visto en América hombres los mas libres y los mas ilustrados, en la posicion mas feliz que haya en el mundo, y me ha parecido descubrir en sus facciones una especie de humor sombrío, habitual en ellos, encontrándolos graves y casi tristes hasta en sus placeres. La principal razon consiste en que los unos no piensan en los trabajos que sufren, mientras que los otros se ocupan incesantemente de los bienes que no poseen.

No hai cosa mas estraña que el ver con qué especie de ardor febril solicitan los americanos el bienestar, y cómo se muestran sin cesar atormentados por un temor vago de no haber escogido la ruta mas corta que puede conducirlos á él.

El habitante de los Estados-Unidos se adhiere á los bienes de este mundo como si estuviese seguro de no morir, y se precipita de tal manera á poseer los que se presentan á su alcance, que se diria que teme á cada instante dejar de existir antes de disfrutarlos: los ocupa todos, pero sin estrecharlos, y mui pronto los deja escapar de sus manos, para correr tras de nuevos goces.

Un hombre en los Estados-Unidos construye una morada cómoda para pasar en ella su vejez, y la vende cuando está ya para concluirse; planta un jardin y lo alquila cuando iba á coger los frutos; desmonta un terreno y deja á otros el cuidado de



recoger la cosecha; abraza una profesion, y la abandona; se fija en un lugar y lo deja para llevar á otra parte sus veleidosos deseos. Si sus negocios privados le dan algun descanso, se sumerge luego en el torbellino de la política. Y cuando despues de un año de trabajos, le queda todavía algun tiempo, pasea su curiosidad inquieta en los vastos limites de los Estados-Unidos, haciendo así quinientas leguas en algunos dias para distraerse mejor de su felicidad. La muerte ocurre en fin y le detiene antes de que se haya fatigado en la inútil pretension de una felicidad completa que huye siempre de él.

Se admira uno al contemplar esa agitacion singular que muestran tantos hombres felices en el seno mismo de su abundancia, y sin embargo este espectáculo existe desde que hai mundo, y solo es nuevo el ver que todo un pueblo lo presenta.

El gusto por los goces materiales debe considerarse como el origen principal de esta inquietud secreta que se descubre en las acciones de los americanos, y de esa inconstancia de que dan diariamente ejemplo.

El que limita su espíritu á la sola adquisicion de los bienes de este mundo, vive siempre agitado porque no tiene sino un tiempo mui corto para encontrarlos, apoderarse de ellos y gozarlos. El recuerdo



de la brevedad de la vida le aguijonea incesantemente, y fuera de los bienes que posee se imagina á cada instante otros mil que la muerte le impedirá gustar si no se apresura. Este pensamiento le llena de turbacion, de temor y de pesar, y mantiene su alma en una especie de trepidacion incesante que lo incita á cambiar todos los dias de designios y de lugar.

Si al gusto por el bienestar material se agrega un estado social, en que ni la lei ni la costumbre retengan á nadie en su puesto, esto servirá de mayor estímulo para la inquietud de espíritu, y se verá entónces á los hombres cambiar continuamente de ruta, temiendo no acertar con la que mas pronto deba conducirlos á la felicidad.

Por otra parte, es fácil concebir que si los hombres que buscan con pasion los goces materiales desean vivamente, se cansarán tambien de ellos con facilidad; pues siendo su objeto final gozar, es preciso que el medio de llegar á él sea pronto y fácil, sin que el trabajo de adquirir el goce sobrepuje al mismo goce. La mayor parte de las almas son, pues, á la vez ardientes y frias, violentas y débiles; y frecuentemente es ménos temible la muerte que la continuacion de esfuerzos hácia el mismo objeto.

La igualdad conduce por un camino mas recto aun á muchos de los efectos que acabo de descri-



bir. Cuando todas las prerogativas de nacimiento y de fortuna desaparecen, que las profesiones se abren á todos, y se puede llegar por sí mismo á la cima de cada una de ellas, parece abrirse tambien una carrera inmensa y fácil á la ambicion de los hombres, y estos se figuran desde luego que están llamados á grandes destinos; pero es una mira errónea que la esperiencia corrige todos los dias. Esta misma igualdad que permite concebir vastas esperanzas á cada ciudadano, le hace individualmente débil, y limita por todos lados sus fuerzas, al mismo tiempo que permite á sus deseos el estenderse.

No solo son incapaces por sí mismos, sino que hallan á cada instante inmensos obstáculos que no habian descubierto al principio. Como han destruido los privilegios de algunos de sus semejantes, encuentran la concurrencia de todos, y el limite cambia de forma mas bien que de lugar. Cuando los hombres son poco mas ó ménos semejantes y siguen una misma ruta, es difícil que alguno de ellos marche de prisa y atraviase la multitud uniforme que lo rodea y lo acosa. Esta oposicion constante que reina entre los instintos que hace nacer la igualdad, y los medios que ella suministra para satisfacerlos, atormenta y fatiga las almas.

Pueden concebirse hombres que hayan llegado

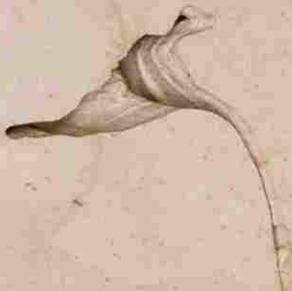


á un cierto grado de libertad que los satisfaga enteramente, y en este caso gozarán de su independencia sin inquietud y sin ardor; pero jamas fundarán los hombres una igualdad que les sea suficiente.

Por mas esfuerzos que haga un pueblo, nunca llegará á hacer las condiciones perfectamente iguales en su seno; y si tuviese la desgracia de llegar á ese nivela absoluto y completo, quedaria todavia la desigualdad de las inteligencias, que procediendo directamente de Dios, jamas se someterá á las leyes.

Por democrático que sea el estado social y la constitucion política de un pueblo, se puede asegurar que cada uno de sus ciudadanos descubrirá siempre cerca de sí muchos puntos que le dominen, y prever que volverá obstinadamente sus miradas hácia este solo lado. Cuando la desigualdad es la lei comun de una sociedad, las mas grandes desigualdades no causan ninguna impresion, y cuando todo está poco mas ó ménos á nivel las mas pequeñas la producen. Por esta razon el deseo de la igualdad se hace mas insaciable á medida que la igualdad es mayor.

En los pueblos democráticos los hombres obtienen con facilidad una cierta igualdad, pero no pueden alcanzar la que desean. Esta se les aparta



cada dia, aunque sin desaparecer jamas de su vista, y al retirarse los atrae en su busca; creen ellos sin cesar que van á alcanzarla, y constantemente se les escapa. La ven bastante cerca para conocer sus encantos, mas no se aproximan lo necesario para gozarla, y mueren ántes de haber saboreado enteramente sus dulzuras.

A estas causas es preciso atribuir la melancolía que los habitantes de los países democráticos dejan frecuentemente ver en el seno de su abundancia, y ese disgusto de la vida que llega á apoderarse de ellos algunas veces en medio de una existencia cómoda y tranquila.

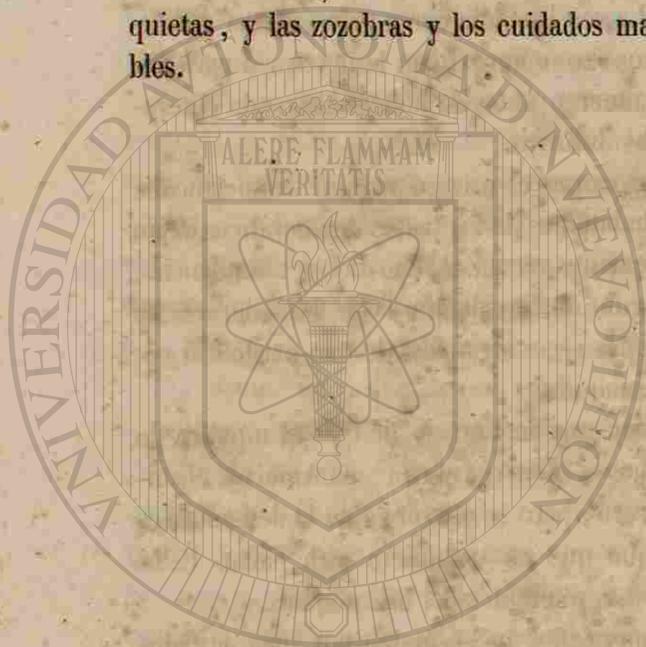
Nos quejamos en Francia de que el número de los suicidios es cada vez mayor; en América el suicidio es raro, pero se asegura que la demencia es mas comun que en cualquiera otra parte. Estos son sintomas diferentes del mismo mal.

Los americanos no se matan por mas agitados que se hallen, porque la religion les prohíbe hacerlo, y porque entre ellos no existe por decirlo así el materialismo, aunque la pasion del bienestar material sea general. Su voluntad resiste, pero muchas veces su razon cede.

Los goces son mas vivos en los tiempos democráticos que en los aristocráticos, y sobre todo el número de los que los obtienen es infinitamente



mayor; pero por otro lado es preciso reconocer que las esperanzas y los deseos son allí frecuentemente burlados, las almas mas conmovidas é inquietas, y las zozobras y los cuidados mas sensibles.



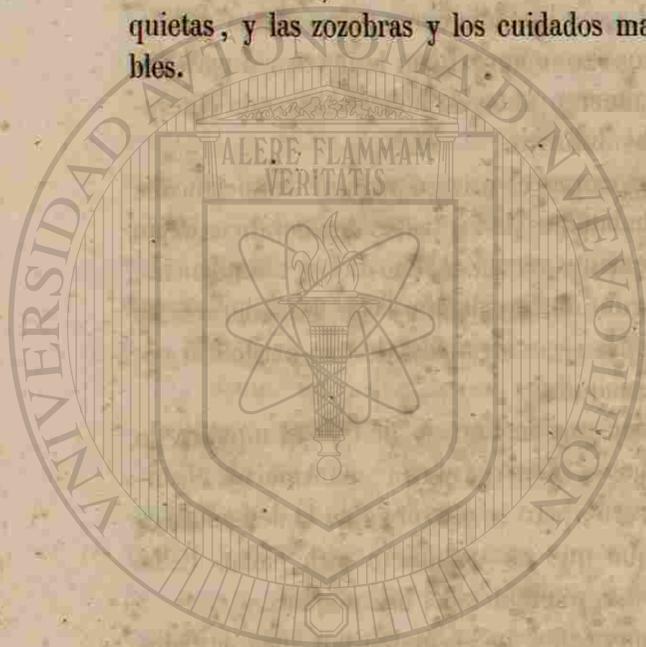
CAPÍTULO XIV.

De qué manera el gusto por los goces materiales se une entre los americanos al amor de la libertad, y al cuidado de los negocios públicos.

Cuando un Estado democrático vuelve hácia la monarquía absoluta, la actividad que se tenia anteriormente en los negocios públicos y en los privados, viniendo de golpe á reconcentrarse en estos últimos, resulta por algun tiempo una grande prosperidad material; mas presto se alfoja el movimiento y cesa el desarrollo de la produccion.

No creo que se pueda citar un solo pueblo ma-

mayor; pero por otro lado es preciso reconocer que las esperanzas y los deseos son allí frecuentemente burlados, las almas mas conmovidas é inquietas, y las zozobras y los cuidados mas sensibles.



CAPÍTULO XIV.

De qué manera el gusto por los goces materiales se une entre los americanos al amor de la libertad, y al cuidado de los negocios públicos.

Cuando un Estado democrático vuelve hácia la monarquía absoluta, la actividad que se tenia anteriormente en los negocios públicos y en los privados, viniendo de golpe á reconcentrarse en estos últimos, resulta por algun tiempo una grande prosperidad material; mas presto se alfoja el movimiento y cesa el desarrollo de la producción.

No creo que se pueda citar un solo pueblo ma-

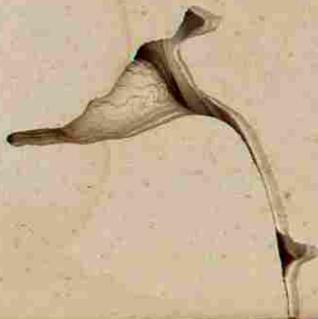
nufacturero y comerciante, desde los tirios hasta los florentinos y los ingleses, que no haya sido libre; luego hai un lazo estrecho y existe una relacion necesaria entre la libertad y la industria.

Esto se observa generalmente en todas las naciones, pero con especialidad en las democráticas.

He hecho ver anteriormente por qué los hombres que viven en los siglos de igualdad tienen una continua necesidad de la asociacion para procurarse casi todos los bienes que codician, y por otra parte he manifestado cómo la grande libertad política perfeccionaba y vulgarizaba en su seno el arte de asociarse. La libertad en estos siglos es útil particularmente á la produccion de las riquezas; y puede verse, al contrario, que el despotismo le es perjudicial.

El natural del poder absoluto en los siglos democráticos no es ni cruel ni bárbaro, pero sí minucioso y delicado en extremo. Un despotismo de esta suerte, aunque no menosprecie la humanidad, se opone directamente al genio del comercio y á los instintos de la industria. Así, los hombres de los tiempos democráticos tienen necesidad de ser libres, á fin de procurarse con mas comodidad los goces materiales por que anhelan incesantemente.

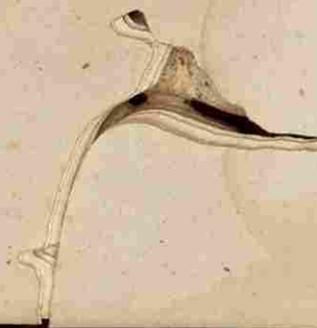
Sin embargo, sucede algunas veces que el gusto excesivo que conciben por estos mismos goces, los



entrega al primer dueño que se presenta. La pasion del bienestar se vuelve contra ella misma, y aleja sin descubrirlo el objeto de sus ansias.

En la vida de los pueblos democráticos hai en efecto un paso mui peligroso.

Cuando el gusto de los goces materiales se desenvuelve en uno de estos pueblos con mas rapidez que las luces y los hábitos de la libertad, sobreviene un momento en que los hombres son arrastrados como fuera de sí mismos á la vista de estos nuevos bienes que van presto á adquirir. Preocupados con el solo cuidado de hacer fortuna, no ven el lazo estrecho que une la particular de cada uno de ellos á la prosperidad de todos; y no hai necesidad de arrancar á tales ciudadanos los derechos que poseen, pues los dejan voluntariamente escapar ellos mismos. El ejercicio de sus deberes políticos les parece un contratiempo que les distrae de su industria; y si se trata de elegir sus representantes, de prestar auxilio á la autoridad, de discutir en comun los negocios públicos, el tiempo les falta, porque no saben disiparlo en trabajos inútiles: estos son allí juegos de ociosos que no convienen á hombres graves ocupados de los intereses serios de la vida. Tales gentes creen seguir la doctrina del interes, pero no forman de ella sino una falsa idea, y para atender mejor á lo que llaman sus negocios,



descuidan el principal, que es el ser siempre dueños de sí mismos.

No queriendo los ciudadanos que trabajan pensar en la cosa pública, y no existiendo la clase que podría encargarse de este cuidado para llenar sus ocios, el lugar del gobierno queda como vacío. Si en este momento crítico, un hábil ambicioso viniese á apoderarse del mando, encontraría sin duda abierta la vía á todas las usurpaciones.

Si cuida algún tiempo de que todos los intereses materiales prosperen, el campo le quedará libre; tanto más si garantiza el buen orden. Los hombres que aman los goces materiales descubren de qué manera las agitaciones de la libertad turban el bienestar, ántes de observar cómo la libertad contribuye á procurárselo, y el menor ruido de las pasiones públicas al penetrar en medio de los pequeños goces de su vida privada, los despierta y les quita el sosiego: el miedo de la anarquía los tiene por mucho tiempo en suspenso, prontos siempre á arrojarse fuera de la libertad al primer desorden.

Convendré sin dificultad en que la paz pública es un gran bien; pero no quiero sin embargo olvidar que al través del buen orden han llegado los pueblos á la tiranía. No por esto se debe entender que los pueblos deban despreciar la paz pública, sino que es preciso que no se contenten solo con



ella. Una nación que no pide á su gobierno sino la conservación del orden es ya esclava en la esencia, porque se hace esclava de su bienestar, y puede aparecer fácilmente el hombre que ha de encadenarla.

El despotismo de las facciones no es ménos temible que el de un solo hombre.

Cuando la masa de los ciudadanos no quiere ocuparse sino de sus asuntos privados, los partidos ménos numerosos no deben perder la esperanza de hacerse dueños de los negocios públicos. Entónces no es raro ver en la vasta escena del mundo, así como en nuestros teatros, una multitud representada por algunos hombres. Esos hablan solos en nombre de una muchedumbre ausente ó descuidada; solos obran en medio de la inmovilidad universal; disponen según sus caprichos de todas las cosas, cambian las leyes y tiranizan á su antojo las costumbres: se asombra uno al contemplar el pequeño número de débiles é indignas manos en que puede caer un gran pueblo.

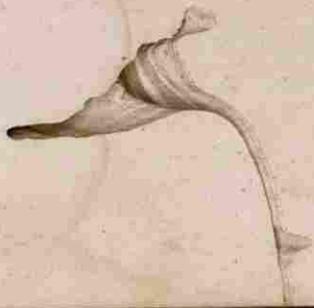
Hasta el día los americanos han evitado felizmente todos los escollos que acabo de indicar, y en verdad merecen por esto que se les admire.

Quizá no existe país en la tierra donde se encuentren ménos ociosos que en América, y donde todos los que trabajan busquen con más ansia el



bienestar. Pero si la pasión de los americanos por los goces materiales es violenta, á lo ménos no es ciega, y la razón, aunque incapaz de moderarla, la dirige.

Un americano se ocupa de sus negocios privados como si estuviese solo en el mundo, y un momento despues se entrega á la cosa pública como si los hubiese olvidado: tan pronto se cree animado de la ambición mas egoísta, tan pronto poseído del patriotismo mas vivo, y parece imposible que el corazón humano pueda dividirse de esta manera. Los habitantes de los Estados-Unidos muestran alternativamente una pasión tan violenta y tan semejante por su bienestar y su libertad, que puede creerse que estas pasiones se unen y se confunden en algun lugar de su alma. Los americanos ven en su libertad el mejor instrumento y la mas grande garantía de su bienestar, y aman estas dos cosas la una por la otra. No piensan que no les interese el mezclarse en los negocios públicos, ántes al contrario creen que su principal objeto debe ser asegurar por sí mismos un gobierno que les permita adquirir los bienes que desean, y que no les prohiba gozar en paz los que ya han adquirido.

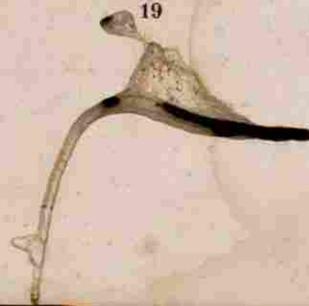


CAPÍTULO XV.

De qué manera las creencias religiosas atraen de tiempo en tiempo el alma de los americanos hácia los goces inmatere-
riales.

Cuando llega el séptimo día de la semana en los Estados-Unidos, la vida comercial é industrial de la nación parece suspendida, pues todo movimiento y ruido cesa absolutamente. Un profundo reposo, ó mas bien una especie de recogimiento solemne le sucede, y el alma entra al fin en posesion de sí misma y se contempla.

Durante este día los lugares consagrados al comercio están desiertos; cada ciudadano rodeado



de su familia se dirige al templo : allí se le preparan discursos estraños que parecen poco á propósito para su oído : se le habla de los innumerables males causados por el orgullo y la codicia ; de la necesidad de arreglar sus deseos ; de los goces que nacen de la virtud , y de la verdadera dicha que la acompaña.

Vuelto á su habitacion , no se le ve correr á los registros de sus negocios ; abre el libro de las Santas Escrituras , y encuentra pinturas sublimes y patéticas de la grandeza y de la bondad del Criador , de la magnificencia infinita de las obras de Dios , del alto destino reservado á los hombres , de sus deberes y de sus derechos á la inmortalidad.

Así es como de tiempo en tiempo el americano huye en cierto modo de sí mismo , y arrancándose por un momento á las pequeñas pasiones que agitan su vida y á los intereses pasajeros que la llenan , penetra de repente en un mundo ideal en donde todo es grande , puro y eterno.

He examinado en otro lugar de esta obra las causas á que era preciso atribuir la conservacion de las instituciones políticas de los americanos , y la religion me ha parecido ser una de las principales. Hoi que me ocupo de los individuos , la encuentro de nuevo y descubro que no es ménos útil á cada ciudadano que á todo el Estado.



Los americanos muestran por su práctica , que sienten la necesidad de moralizar la democracia con la religion. Lo que piensan de sí mismos sobre esto es una verdad de que toda nacion democrática debe estar penetrada.

No dudo que la constitucion social y política de un pueblo lo disponga á ciertas creencias y á ciertos gustos en que abunde en seguida sin dificultad , miéntras que estas mismas causas lo separen de ciertas opiniones y de ciertas inclinaciones , sin que trabaje por sí mismo en ello ó , por mejor decir , sin que se lo figure.

Todo el arte del legislador consiste en discernir bien estas inclinaciones naturales de las sociedades humanas , para saber cuándo es necesario ayudar el esfuerzo de los ciudadanos y cuándo convendrá mas bien debilitarlo ; pues sus obligaciones difieren segun los tiempos , y lo único que hai inmóvil es el objeto á que debe siempre dirigirse el género humano , porque los medios para llegar á él varían constantemente.

Si yo hubiese nacido en un siglo aristocrático , en medio de una nacion en que la riqueza hereditaria de los unos y la pobreza irremediable de los otros desviasen igualmente los hombres de la idea de lo mejor , y tuviesen las almas como aletargadas en la contemplacion del otro mundo , querria que



se me permitiese estimular en un pueblo semejante el sentimiento de las necesidades; me ocuparía en descubrir los medios mas cómodos y rápidos para satisfacer los nuevos deseos que habria hecho nacer, y dirigiendo hácia los estudios físicos los mas grandes esfuerzos del espíritu humano, trataria de escitarlo á la investigacion del bienestar.

Si sucediese que algunos hombres se acalorasen inconsideradamente en busca de la riqueza, y mostrasen un amor escesivo por los goces materiales, no me alarmaría; pues estos rasgos particulares desaparecerian pronto en la fisonomía comun.

Mas los legisladores de las democracias tienen otros cuidados.

Que se dé á los pueblos democráticos luces y libertad y se les deje obrar, y llegarán á obtener sin dificultad todos los bienes que el mundo puede ofrecer; perfeccionarán las artes útiles y harán todos los dias la vida mas cómoda, mas agradable y mas dulce: su estado social los inclina naturalmente hácia este lado y no temo que ellos se detengan.

Pero miéntras que el hombre se ocupa en esta averiguacion honesta y legítima del bienestar, debe temerse que al fin pierda el uso de sus mas sublimes facultades, y que al pretender mejorarlo

todo al rededor suyo, se degrade él mismo. Aquí y no en otra parte está el peligro.

Es preciso que los legisladores de las democracias y todos los hombres honrados y distinguidos que en ellas viven, se apliquen sin descanso á elevar las almas y á tenerlas dirigidas al cielo. Es necesario que todos los que se interesan en el porvenir de las sociedades democráticas se unan, y de concierto hagan continuos esfuerzos para estender en el seno mismo de estas sociedades el gusto por lo infinito, el sentimiento de lo grande y el amor de los placeres inmateriales.

Si se encuentran entre las opiniones de un pueblo democrático algunas de esas malignas teorías que tienden á hacer creer que todo perece con el cuerpo, considérense los hombres que las profesan como los enemigos naturales de este pueblo.

Encuentro entre los materialistas muchas cosas que me ofenden. Sus doctrinas me parecen perniciosas, y su orgullo me indigna: si su sistema pudiese servir de alguna utilidad al hombre, me parece que seria solamente dándole una modesta idea de sí mismo; pero ellos no dejan ver que sea así y cuando creen haber probado suficientemente que son unos brutos, se muestran tan soberbios como si hubiesen demostrado que eran Dioses.

El materialismo es en todas las naciones una enfermedad peligrosa del espíritu humano, pero debe temerse con particularidad en un pueblo democrático, porque se combina maravillosamente con el vicio del corazón más familiar en estos pueblos.

La democracia favorece el gusto de los gozos materiales, y si este gusto se hace excesivo, dispone bien pronto los hombres á creer que todo es materia; y el materialismo, á su vez, acaba por arrastrarlos con un ardor insensato hácia estos mismos gozos materiales. Tal es el círculo fatal á que las naciones democráticas son impelidas: conviene, pues, que vean el peligro y se contengan.

La mayor parte de las religiones no son sino medios generales, simples y prácticos de enseñar á los hombres la inmortalidad del alma, y esta es la principal ventaja que un pueblo democrático saca de las creencias, y lo que las hace más necesarias en tal pueblo que en todos los otros.

Cuando una religión, cualquiera que sea, ha echado profundas raíces en el seno de una democracia, es necesario no conmovérla; conviene conservarla como la herencia más preciosa de los siglos aristocráticos; no tratéis de arrancar jamás á los hombres sus antiguas opiniones religiosas para sustituir otras nuevas, porque en el tránsito de



una fe á otra el alma puede encontrarse un momento vacía de creencias, estenderse en ella el amor de los gozos materiales, y venir estos á ocuparla totalmente.

La metempsicosis, en verdad, no es más razonable que el materialismo, pero si fuese absolutamente indispensable que una democracia eligiese entre los dos, no vacilaría en juzgar que los ciudadanos corren ménos riesgo de embrutecerse pensando que su alma va á pasar al cuerpo de un cerdo, que creyendo que no existe.

La creencia de un principio inmaterial é inmortal, unido por cierto tiempo á la materia, es tanto más necesaria á la grandeza del hombre, cuanto que produce excelentes efectos, aun sin hacer mérito de las recompensas y de las penas, y limitándose á pensar que después de la muerte el principio divino encerrado en el hombre se absorbe en Dios ó va á animar otra criatura.

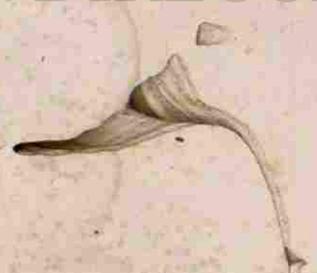
Aquellos consideran el cuerpo como la porción secundaria é inferior de nuestra naturaleza, y le desprecian aun en el momento mismo de sufrir su influencia, en tanto que hacen un aprecio natural, y tienen una admiración secreta por la parte inmaterial del hombre, sin embargo de rehusar algunas veces someterse á su imperio. Esto basta para dar un cierto giro elevado á sus ideas y á sus gustos, y



para dirigirlos sin interes y como por sí mismos hácia los sentimientos puros y las grandes ideas.

No es una cosa averiguada que Sócrates y su escuela tuviesen opiniones fijas sobre lo que seria del hombre en la otra vida ; pero la sola creencia que admitian , de que el alma no tiene nada de comun con el cuerpo y que ella le sobrevive , bastó para dar á la filosofia platónica esa especie de elevacion sublime que la distingue.

Cuando se lee á Platon , se descubre que en los tiempos anteriores á él y en el suyo mismo , existian muchos escritores que preconizaban el materialismo. Sus escritos no han venido hasta nosotros, ó han llegado mui incompletamente. Así ha sucedido en casi todos los siglos ; la mayor parte de las grandes reputaciones literarias se han unido al espiritualismo ; el instinto y el gusto del género humano sostienen esta doctrina, la salvan frecuentemente á despecho de los mismos hombres , y conservan los nombres de los que se adhieren á ella. No hai que creer, pues, que la pasion de los goces materiales y las opiniones que nacen de ella puedan bastar jamas á un pueblo , cualquiera que sea por otra parte su estado político. El corazon del hombre es mas vasto de lo que se le supone; puede sentir á un mismo tiempo el gusto por los bienes de la tierra y el amor por los del cielo , y aunque



parezca algunas veces entregarse con pasion á uno de los dos, jamas pasará mucho tiempo sin ocuparse del otro.

Si es fácil ver que particularmente en los tiempos de democracia es cuando mas importa hacer reinar las opiniones espiritualistas , no lo es el decir de qué manera deben obrar los que gobiernan los pueblos democráticos para que ellas reinen.

No creo en la prosperidad ni en la duracion de las filosofías administrativas y, en cuanto á las religiones de Estado, siempre he creido que si alguna vez podian servir momentáneamente los intereses del poder político, tarde ó temprano serian fatales á la Iglesia.

No soi tampoco del número de los que juzgan que para realzar la religion á los ojos de los pueblos y honrar el espiritualismo que ella profesa , convenga dar indirectamente á sus ministros una influencia política que la lei les rehusa. Me siento tan penetrado de los peligros que corren las creencias cuando sus intérpretes se mezclan en los negocios públicos, y estoi tan convencido de que es preciso mantener á todo trance el cristianismo en el seno de las democracias nuevas, que preferiria encadenar los sacerdotes en el santuario á dejarlos salir de él. ¿ Qué medios quedan , pues, á la autoridad para conducir los hombres hácia las opinio-



nes espiritualistas ó retenerlos en la religion que las sugiere ?

Lo que voi á decir me perjudicará en concepto de los políticos. Creo que el solo medio eficaz de que los gobiernos pueden servirse para honrar el dogma de la inmortalidad del alma, es obrar siempre como si ellos mismos lo creyesen ; y pienso que conformándose escrupulosamente á la moral religiosa en los grandes negocios, es como pueden lisonjearse de enseñar á los ciudadanos á conocerla, á amarla y á respetarla en los pequeños.

CAPÍTULO XVI.

De qué manera el amor excesivo del bienestar puede dañar al mismo bienestar.

Existe un enlace mas estrecho de lo que se piensa entre la perfeccion del alma y la mejora de los bienes del cuerpo : el hombre puede dejar separadas estas dos cosas, y contemplarlas alternativamente, mas no podrá nunca separarlas del todo sin perderlas al fin ambas de vista.

Las bestias tienen los mismos sentidos que nosotros, y poco mas ó ménos quieren las mismas cosas : no hai pasiones materiales que no nos sean

nes espiritualistas ó retenerlos en la religion que las sugiere ?

Lo que voi á decir me perjudicará en concepto de los políticos. Creo que el solo medio eficaz de que los gobiernos pueden servirse para honrar el dogma de la inmortalidad del alma, es obrar siempre como si ellos mismos lo creyesen ; y pienso que conformándose escrupulosamente á la moral religiosa en los grandes negocios, es como pueden lisonjearse de enseñar á los ciudadanos á conocerla, á amarla y á respetarla en los pequeños.

CAPÍTULO XVI.

De qué manera el amor excesivo del bienestar puede dañar al mismo bienestar.

Existe un enlace mas estrecho de lo que se piensa entre la perfeccion del alma y la mejora de los bienes del cuerpo : el hombre puede dejar separadas estas dos cosas, y contemplarlas alternativamente, mas no podrá nunca separarlas del todo sin perderlas al fin ambas de vista.

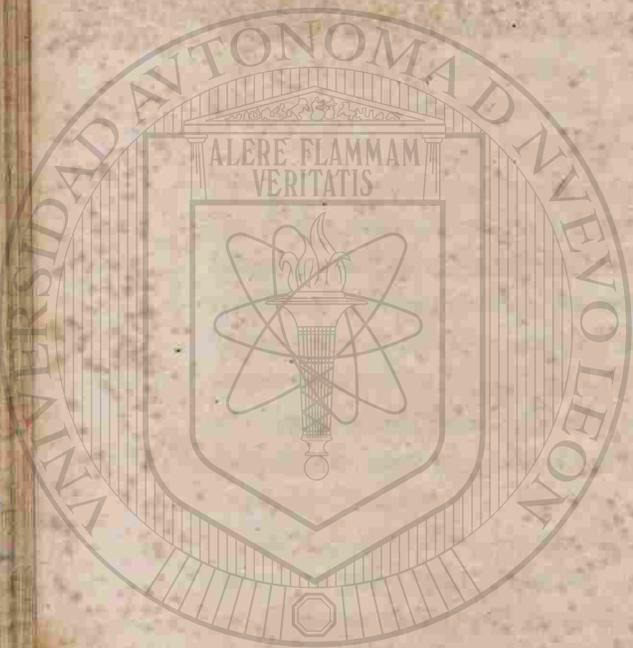
Las bestias tienen los mismos sentidos que nosotros, y poco mas ó ménos quieren las mismas cosas : no hai pasiones materiales que no nos sean

comunes y cuyo gérmen no se encuentre en un perro como en nosotros mismos. ¿De dónde viene, pues, que los animales no saben proveer sino á sus primeras y mas groseras necesidades, mientras que nosotros variamos á lo infinito nuestros goces y los aumentamos sin cesar?

Lo que en esto nos hace superiores á las bestias, es que empleamos nuestra alma en encontrar los bienes materiales hácia los cuales ellas son conducidas solo por el instinto. En el hombre el alma enseña al cuerpo el arte de satisfacerse; y por ser él capaz de elevarse sobre los bienes corporales y despreciar hasta la vida, cosa de que las bestias no tienen ni aun idea, sabe multiplicar estos mismos bienes hasta un grado que aquellas no pueden tampoco concebir.

Todo lo que eleva, engrandece y ensancha el alma, la hace mas capaz de salir bien aun en empresas en que no se trata absolutamente de ella. Todo lo que la enerva al contrario, ó la humilla, la debilita para todas las cosas así grandes como pequeñas, y amenaza hacerla casi tan inepta para las unas como para las otras. Por lo tanto, es preciso que el alma permanezca grande y vigorosa, aunque no sea sino para que pueda poner de tiempo en tiempo su fuerza y su grandeza al servicio del cuerpo.

Si los hombres llegasen alguna vez á contentarse con los bienes materiales, es de creer que perderian poco á poco el arte de producirlos, acabando por gozar de ellos sin discernimiento y sin progreso como los brutos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVII.

Por qué en los tiempos de igualdad y de duda importa alejar el objeto de las acciones humanas.

En los siglos de fe se coloca el objeto final de la vida después de ella misma. Los hombres de tales épocas se acostumbran naturalmente y, por decirlo así, sin querer á considerar un objeto inmóvil hácia el cual marchan siempre, y poco á poco aprenden á reprimir mil pequeños deseos pasajeros, para llegar después á satisfacer mejor este grande y permanente que les atormenta. Cuando los mismos hombres quieren ocuparse de las cosas

de la tierra, se vuelven á encontrar con semejantes hábitos, y fijan á sus acciones de acá abajo un objeto general y determinado, hácia el cual se dirigen todos sus esfuerzos. No se les ve emprender diariamente nuevos proyectos; pero tienen ciertos designios que no dejan de proseguir. Esto explica por qué los pueblos religiosos han hecho tantas cosas durables; se ve que al ocuparse del otro mundo, habian hallado el gran secreto de ser felices en este.

Las religiones habitúan generalmente al hombre á conducirse en vista del porvenir, siendo en esto tan útiles á la felicidad de esta vida como á la de la otra: ved aquí una de sus principales tendencias políticas.

Pero á medida que se oscurecen las luces de la fe, la vista de los hombres se recoge, y se diría que cada vez el objeto de las acciones humanas les parece mas próximo.

Cuando un dia se han acostumbrado á no ocuparse de lo que debe sucederles despues de su vida, se les ve recaer fácilmente en esa completa y brutal indiferencia del porvenir, que es tan conforme á ciertos instintos de la especie humana; así que pierden el uso de colocar el objeto de sus principales esperanzas á una larga distancia, se inclinan á realizar sin retardo sus menores deseos, y parece

que desde el momento en que desesperan de vivir eternamente se disponen á obrar como si no debiesen existir sino un solo dia.

Siempre es de temerse en los siglos de incredulidad que los hombres se entreguen diariamente á la contingencia de sus deseos, y que renunciando del todo á obtener lo que no pueden adquirir sin muchos esfuerzos, no funden nada grande, pacífico ni estable.

Este peligro es todavía mayor si en un pueblo que tenga tales disposiciones el estado social se hace democrático.

Cuando cada uno trata incesantemente de mudar de puesto, cuando una inmensa concurrencia se abre á todos, y las riquezas se acumulan y se disipan en pocos instantes en medio del tumulto de la democracia, la idea de una fortuna fácil y repentina, de grandes bienes prontamente adquiridos y perdidos, y la imágen de la casualidad bajo todas sus formas, se presenta al espíritu humano. La inestabilidad del estado social favorece la volubilidad natural de los deseos, y en medio de estas perpetuas fluctuaciones de la suerte, lo presente se engrandece, oculta el porvenir que se borra, y los hombres no quieren ocuparse sino del dia siguiente.

En esos países en que desgraciadamente se en-

cuentran la irreligion y la democracia, los filósofos y los gobernantes deben interesarse en alejar siempre de la vista de los hombres el objeto de las acciones humanas.

Es preciso que el moralista aprenda á defenderse circunscribiéndose al espíritu de su siglo y de su país; que diariamente se esfuerce en hacer ver á sus contemporáneos que en medio del movimiento perpetuo que los rodea, es mas fácil de lo que ellos suponen concebir y ejecutar grandes empresas; que les haga ver que aunque la humanidad haya cambiado de aspecto, los métodos con cuya ayuda pueden los hombres procurarse la prosperidad de este mundo son los mismos, y que en los pueblos democráticos como en otra parte, solo resistiendo á mil pequeñas pasiones particulares de todos los días, es como se puede llegar á satisfacer la general del bienestar, que atormenta continuamente.

El deber de los que gobiernan se halla asimismo determinado.

En todos tiempos conviene que los que dirigen las naciones se conduzcan con la mira del porvenir; pero todavía es esto mas necesario en los siglos democráticos y de incredulidad. Obrando así, los jefes de las democracias hacen no solamente prosperar los negocios públicos, sino que con su

ejemplo enseñan á los particulares el arte de conducir los privados.

Es preciso que se esfuercen en desterrar cuanto les sea posible el acaso del mundo político.

La súbita y mal merecida elevacion de un cortesano, no produce sino una impresion pasajera en un país aristocrático, porque el conjunto de las instituciones y de las creencias obliga habitualmente á los hombres á marchar con lentitud por vias de que no pueden separarse. Pero nada hai tan pernicioso como presentar semejantes ejemplos á un pueblo democrático; ellos acaban por precipitar su corazon hácia la corriente que todo lo arrastra, y principalmente en los tiempos de escepticismo y de igualdad es cuando se debe evitar con cuidado que el favor del pueblo ó el del príncipe, que la casualidad os acuerda, y del que ella misma puede privaros, ocupe el lugar de la ciencia y de los servicios. Debe desearse que cada progreso parezca el fruto de un esfuerzo; de tal suerte que no haya grandezas fáciles de adquirir, y que la ambicion se vea obligada á fijar por largo tiempo sus miradas en un objeto ántes de lograrlo.

Es preciso que los gobiernos se interesen en volver á dar á los hombres ese gusto por el porvenir que no inspiran ya la religion ni el estado social, y que, sin decirlo, enseñen cada dia práctica-

mente á los ciudadanos que la riqueza, el poder, la fama, son la recompensa del trabajo ; que los buenos sucesos se encuentran al cabo de los largos deseos, y que solo es durable lo que se obtiene con dificultad.

Cuando los hombres se han habituado á prever mui anticipadamente lo que les debe suceder acá abajo, y á alimentarse con esperanzas, les es difícil contener su espíritu en los límites precisos de la vida, y están dispuestos á traspasarlos para estender mas allá su vista.

No dudo que habituando á los ciudadanos á pensar en el porvenir en este mundo se les acercaria poco á poco, y sin que ellos mismos lo supiesen, á las creencias religiosas.

Por tanto, el medio que permite á los hombres hasta cierto punto vivir sin religion, es quizá el único que queda para conducir el género humano hácia la fe por un largo rodeo.

CAPÍTULO XVIII.

Por qué razon entre los americanos todas las profesiones decentes son reputadas honorificas.

En los pueblos democráticos en que no hai riquezas hereditarias, cada uno trabaja para vivir, ó ha trabajado ó nacido de gentes que han trabajado. La idea del trabajo se presenta al espíritu del hombre como condicion necesaria, natural y razonable del género humano.

No solo no deshonra el trabajo en estos pueblos, sino que se considera como mui decoroso, y la pre-ocupacion no obra en contra de él, sino ántes le

favorece. En los Estados-Unidos un hombre rico mira como un deber para con la opinion pública, el consagrar sus ocios á alguna operacion de industria, de comercio ó de interes público, y creeria adquirir mala fama si no se cuidase mas que de vivir. Muchos americanos ricos se vienen á Europa huyendo de la obligacion de trabajar, y aquí encuentran sociedades aristocráticas entre las cuales la ociosidad es todavía honorífica.

La igualdad no solamente rehabilita la idea del trabajo, sino que la realza procurando un lucro.

En las aristocracias no es precisamente el trabajo lo que se desprecia, sino la ganancia ó provecho. El trabajo es glorioso cuando la ambicion ó la virtud lo inspiran únicamente. Sin embargo, sucede con frecuencia bajo la aristocracia, que el que trabaja por el honor no es insensible al incentivo de la ganancia; pero estos dos deseos no se encuentran sino en lo mas profundo de su alma; él tiene buen cuidado de ocultar á todos el lugar en que se unen, y cada cual se lo encubre á sí propio. En los países aristocráticos apenas hai funcionario público que no pretenda servir sin interes al Estado. Su salario es cosa en que algunas veces se fijan poco, y de que siempre aparentan no ocuparse; así, la idea del lucro permanece distinta de la del trabajo, y por mas que

de hecho se hallen juntas, el pensamiento las separa.

En las sociedades democráticas, al contrario, estas dos ideas están siempre visiblemente unidas. Como el deseo del bienestar es universal, las fortunas son mediocres y pasajeras, y cada uno tiene necesidad de aumentar sus recursos ó procurarlos nuevos á sus hijos, todos ven con claridad que la ganancia es, si no en todo, á lo ménos en parte, la que los inclina al trabajo. Los mismos que obran principalmente por el estímulo de la gloria, se familiarizan con la idea de que no lo hacen solo con esta mira, y descubren, cualesquiera que tengan, que el deseo de vivir se mezcla en ellos con el de hacer ilustre su vida.

Desde el momento en que todos los ciudadanos miran por una parte el trabajo como una honrosa necesidad de la condicion humana, y por otra, que él es visiblemente producido en todo ó en parte por la consideracion del salario, el inmenso espacio que separaba las diversas profesiones en las sociedades aristocráticas desaparece, y si no son todas iguales, á lo ménos tienen un rasgo semejante.

No hai ninguna profesion en que no se trabaje por el dinero, y el salario que es comun á todas, da á todas igualmente un aire de familia.

Esto sirve para explicar las opiniones de los americanos relativamente á las diversas profesiones.

Los individuos que entre los americanos se dedican al servicio doméstico no se creen degradados por trabajar, pues al rededor de ellos todo el mundo trabaja; ni se sienten tampoco humillados con la idea de que reciben un sueldo, porque hasta el presidente de los Estados-Unidos trabaja por un salario, y se le paga por mandar así como á ellos por servir.

En los Estados-Unidos las profesiones son mas ó ménos penosas, mas ó ménos lucrativas, pero nunca se consideran altas ni bajas. Toda profesion decente es honorífica.

CAPÍTULO XIX.

Lo que inclina á casi todos los americanos á las profesiones industriales.

Creo que de todas las artes útiles, la agricultura es la que hace ménos progresos en las naciones democráticas, y aun podria decirse que es estacionaria, porque muchas otras parece que corren en sus adelantos.

Por el contrario, casi todos los gustos y hábitos que nacen de la igualdad conducen naturalmente los hombres hácia el comercio y la industria.

Esto sirve para explicar las opiniones de los americanos relativamente á las diversas profesiones.

Los individuos que entre los americanos se dedican al servicio doméstico no se creen degradados por trabajar, pues al rededor de ellos todo el mundo trabaja; ni se sienten tampoco humillados con la idea de que reciben un sueldo, porque hasta el presidente de los Estados-Unidos trabaja por un salario, y se le paga por mandar así como á ellos por servir.

En los Estados-Unidos las profesiones son mas ó ménos penosas, mas ó ménos lucrativas, pero nunca se consideran altas ni bajas. Toda profesion decente es honorífica.

CAPÍTULO XIX.

Lo que inclina á casi todos los americanos á las profesiones industriales.

Creo que de todas las artes útiles, la agricultura es la que hace ménos progresos en las naciones democráticas, y aun podria decirse que es estacionaria, porque muchas otras parece que corren en sus adelantos.

Por el contrario, casi todos los gustos y hábitos que nacen de la igualdad conducen naturalmente los hombres hácia el comercio y la industria.

Figurémonos un hombre activo, ilustrado, libre, con comodidades, lleno de deseos; este hombre, demasiado pobre para poder vivir ocioso, y bastante rico para no temer hallarse en la necesidad, se ocupa en mejorar su suerte. Como ha concebido el gusto por los goces materiales y ve á otros muchos que se abandonan á estos gustos, ha empezado á entregarse á ellos, y se consume por aumentar los medios de satisfacerlos todavía mas. Sin embargo la vida se pasa, el tiempo urge y ¿qué hace?

El cultivo de la tierra promete á sus esfuerzos resultados ciertos, pero lentos, y nadie se enriquece por este medio sino poco á poco y con dificultad. La agricultura no conviene, sino á los ricos que tienen ya un gran sobrante, ó á pobres que no aspiran sino á vivir. La resolución está tomada; vende sus tierras, deja su habitacion y se dedica á cualquier otra carrera arriesgada, pero lucrativa.

Las sociedades democráticas abundan en gentes de esta especie, que crecen á medida que la igualdad de las condiciones se aumenta.

No solamente multiplica la democracia el número de los trabajadores, sino que los inclina mas bien á un trabajo que á otro, y mientras que les hace odiar la agricultura, los dirige hácia el co-

mercio y la industria (1). Esta inclinacion se muestra hasta en los ciudadanos mas ricos.

Por opulento que se suponga á un hombre en los paises democráticos, está siempre descontento de su fortuna porque se encuentra ménos rico que su padre, y teme que sus hijos lo sean todavía ménos que él. La mayor parte de los ricos de las democracias piensan sin cesar en los medios de adquirir las riquezas, y vuelven naturalmente su vista hácia el comercio y la industria, que les parecen los medios mas prontos y seguros de procurársela.

(1) Muchas veces se ha observado que los comerciantes y los hombres dedicados á la industria tienen un gusto inmoderado por los goces materiales, acusándose de esto al comercio y á la industria; pero yo creo que se ha tomado el efecto por la causa.

No es ciertamente el comercio ni la industria lo que sugiere á los hombres el gusto por los goces materiales, sino mas bien este mismo gusto es el que les conduce hácia las profesiones comerciales é industriales, porque esperan satisfacerse en ellas mas pronto y mas cumplidamente.

Si el comercio y la industria contribuyen á aumentar el deseo del bienestar, esto proviene de que toda pasion se fortifica á medida que el hombre se ocupa de ella, y crece con los esfuerzos que se hacen para satisfacerla.

Todas las causas que hacen predominar en el corazon humano el amor de los bienes de este mundo desenvuelven el comercio y la industria. La igualdad es una de ellas; favorece el comercio, no directamente dando á los hombres el gusto por los negocios, sino indirectamente fortificando y generalizando en sus almas el amor del bienestar.

Participan en esto de los sentimientos del pobre sin tener sus necesidades, ó mas bien se hallan impedidos por la mas imperiosa necesidad, que es la de no ir á ménos.

En las aristocracias los ricos son al mismo tiempo los que gobiernan. La atencion que prestan constantemente á los grandes negocios públicos, los separa de los pequeños cuidados que exigen el comercio y la industria. Sin embargo, si la voluntad de alguno de ellos se dirige por casualidad hácia el negocio, la del cuerpo viene bien presto á estorbarle el paso; por mas que se levante contra el imperio del número, nunca escapa completamente de su yugo, y en el seno mismo de los cuerpos aristocráticos, que se niegan tan obstinadamente á reconocer los derechos de la mayoría nacional, se forma una particular que gobierna (1).

En los países democráticos, en que el dinero no sirve para conducir al poder al que lo posee, y mas bien lo separa de él frecuentemente, los ricos no saben qué hacer de sus ocios. La inquietud y la grandeza de sus deseos, la estension de sus recursos, el gusto por lo extraordinario que experimentan casi siempre los que se elevan, de cualquiera manera que sea, sobre la multitud, los apresura

(1) Véase la nota al fin de este tomo.

siempre á obrar, y solo encuentran abierta la ruta del comercio. En las democracias no hai nada mas grande ni mas brillante que el comercio; atrae las miradas del público, llena la imaginacion de la multitud y hácia él se dirigen todas las pasiones enérgicas. Nada puede impedir á los ricos entregarse al comercio, ni sus propias preocupaciones, ni las de ningun otro. Los ricos de las democracias no forman nunca un cuerpo que tenga costumbres y órden especiales; las ideas propias de su clase no los detienen, y las generales de su país los impelen. Como por otra parte las grandes fortunas que se ven en el seno de un pueblo democrático han tenido casi siempre un origen comercial, es necesario que se sucedan muchas generaciones ántes que sus poseedores hayan perdido enteramente el hábito de los negocios.

Los ricos de las democracias, reducidos al estrecho espacio que la política les deja, se lanzan por todas partes al comercio, porque en él pueden estenderse y usar de sus ventajas naturales; en cierto modo, por la audacia misma y la grandeza de sus empresas industriales se debe juzgar el poco caso que habrian hecho de la industria si hubieran nacido en el seno de una aristocracia.

La misma observacion es aplicable á todos los hombres de las democracias, sean pobres ó ricos.

Los que viven en medio de la inestabilidad democrática tienen incesantemente á sus ojos la imagen de la casualidad, y acaban por amar todas las empresas en que esta figura. Se inclinan todos al comercio, no solamente por el lucro que promete, sino por las agitaciones que experimentan.

Hace solo medio siglo que los Estados-Unidos de América salieron de la dependencia colonial en que los tenía la Inglaterra; por esto el número de las grandes fortunas es muy reducido, y los capitales todavía raros. Sin embargo, no hai pueblo sobre la tierra que haga progresos tan rápidos en la industria y en el comercio como los americanos: hoy forman la segunda nacion marítima del mundo, y aunque sus manufacturas tengan que luchar contra obstáculos naturales casi insuperables, no dejan por eso de desarrollarse diariamente.

Las mas grandes empresas industriales se ejecutan sin dificultad en los Estados-Unidos, porque la poblacion entera se mezcla en la industria, y el mas pobre lo mismo que el ciudadano mas opulento, unen con gusto sus esfuerzos para este fin. Es admirable sin duda el ver los trabajos inmensos que ejecuta cada dia sin dificultad una nacion, en donde, por decirlo así, no hai ningun rico. Los americanos llegaron ayer al suelo que habitan, y han trastornado ya el orden de la naturaleza en su pro-

vecho: han unido el Hudson al Misisipi, hecho comunicar el Océano Atlántico con el golfo de Méjico, atravesando mas de quinientas leguas de continente que separan estos dos mares, y hoy los mas grandes caminos de hierro que existen se hallan en América.

Pero lo que mas llama la atencion en los Estados-Unidos, no es la grandeza extraordinaria de algunas empresas industriales, sino la multitud innumerable de pequeñas.

Casi todos los cultivadores de los Estados-Unidos han agregado alguna especie de comercio á la agricultura, y la mayor parte han hecho de la agricultura un comercio. Es raro que un cultivador americano se fije siempre en el suelo que ocupa. En las nuevas provincias del oeste principalmente, se desmonta un campo para venderlo despues y no para cultivarlo; se construye una granja con la esperanza de que viniendo presto á cambiar el estado del país por el continuo aumento de la poblacion, se podrá obtener un buen precio por ella.

Todos los años baja un número considerable de habitantes del norte hacia el mediodía, y viene á establecerse en los países donde se cultiva el algodón y la caña dulce. Estos hombres labran la tierra con el objeto de hacerla producir en pocos años lo bastante para enriquecerse, y entreven ya el mo-

mento en que podrán volver á su patria á gozar de una comodidad así adquirida. Los americanos estienden, pues, á la agricultura el espíritu de negocio, y sus pasiones industriales se muestran allí como en cualquiera otra parte.

Los americanos hacen inmensos progresos en la industria, porque se ocupan todos á la vez de ella; y por esta misma causa están sujetos á crisis industriales inesperadas y mui formidables.

Como todos ellos se ocupan del comercio, se halla este sujeto á influencias tan numerosas y tan complicadas, que es imposible prever con anticipacion las dificultades que pueden nacer; y como cada uno se mezcla mas ó ménos en la industria, al menor choque que los negocios experimentan, todas las fortunas particulares flaquean al mismo tiempo y el Estado vacila.

Creo que la reproduccion de las crisis industriales es una enfermedad endémica en las naciones democráticas de nuestros dias; y aunque se la puede hacer ménos peligrosa, no será fácil curarla, porque no depende de un accidente, sino de la complexion misma de estos pueblos.

CAPITULO XX.

De qué manera podria la aristocracia originarse de la industria.

He hecho ver cómo la aristocracia favorecia el desarrollo de la industria y multiplicaba sin término el número de los que se dedican á ella: veamos ahora por qué ruta desviada podria la industria á su vez conducir los hombres á la aristocracia.

Se ha observado que cuando un obrero se ocupa

todos los dias del mismo trabajo, se consigue mas fácilmente, mas pronto y con mas economía la produccion general de la obra.

Tambien se ha visto que miéntras mas en grande se emprendia una industria, con mas fuertes capitales y crédito, tanto mas baratos eran sus productos. Estas verdades se entreveian desde hace mucho tiempo, pero no se han demostrado sino en nuestros dias. Se aplican ya á varias industrias mui importantes, y sucesivamente las adoptan tambien las menores.

Nada veo en el mundo político que deba fijar mas la atencion del legislador que estos dos nuevos axiomas de la ciencia industrial.

Cuando un artesano se entrega de un modo esclusivo y constante á la fabricacion de un solo objeto, acaba por desempeñar este trabajo con una destreza singular; pero pierde al mismo tiempo la facultad general de aplicar su espíritu á la direccion del trabajo : cada dia se hace mas hábil y ménos industrioso, y puede decirse que el hombre se degrada en él á medida que el obrero se perfecciona.

¿Qué puede esperarse de un hombre que ha empleado veinte años de su vida en hacer cabezas de alfileres? ¿á qué podrá en lo sucesivo aplicar esa poderosa inteligencia humana, que tantas veces

ha conmovido el mundo, sino á buscar el mejor medio de hacer cabezas de alfileres?

Cuando un artesano ha consumido de esta suerte una porcion considerable de su existencia, se encuentran sus ideas detenidas en el objeto diario de sus labores; su cuerpo ha contraido ciertos hábitos fijos de que no puede dispensarse; en una palabra, no pertenece ya á sí mismo, sino á la profesion que ha escogido. En vano las leyes y las costumbres procurarán romper al rededor de él todas las barreras, y abrirle por todos lados diferentes vias hácia la fortuna; pues una teoría industrial mas poderosa que las costumbres y las leyes le ha ligado á un oficio, y á veces á un lugar que no puede dejar. Ella misma le ha asignado en la sociedad un puesto de que no puede separarse y, en medio del movimiento universal, le ha hecho inmóvil.

A medida que el principio de la division del trabajo recibe una aplicacion mas completa, el obrero viene á ser mas débil, mas limitado y mas dependiente. El arte progresa y el artesano retrograda. Por otra parte, á medida que se descubre manifiestamente que los productos de una industria son tanto mas perfectos y ménos caros cuanto que la manufactura es mas vasta y el capital mayor, los hombres mui ricos y mui instruidos se presentan á ocuparse de industrias, que hasta entónces

habian estado en manos de artesanos ignorantes y atrasados. Los grandes esfuerzos que se requieren y la inmensidad de resultados que deben obtenerse los atraen.

Así pues, al mismo tiempo que la ciencia industrial deprime incesantemente la clase de los obreros eleva la de los maestros y directores. Mientras que el obrero reduce mas y mas su inteligencia al estudio de un solo detalle, el dueño estiende su vista sobre un conjunto mas vasto, y su espíritu se ensancha á proporción que el del otro se estrecha: mui pronto el segundo no necesita mas que la fuerza física sin la inteligencia, mientras que el primero tiene siempre necesidad de la ciencia y casi del ingenio para tener buen éxito. El uno se parece cada vez mas al administrador de un vasto imperio, y el otro á un bruto.

El amo y el obrero no tienen nada de semejantes, y cada día difieren mas: son como los dos anillos finales de una larga cadena. Cada uno ocupa un puesto que está destinado para él, y del cual no sale jamas. El uno se halla en una dependencia continua, estrecha y necesaria del otro, y parece nacido para obedecer como este para mandar. ¿Y qué es esto sino aristocracia?

Viniendo á igualarse las condiciones cada vez mas en el cuerpo de la nación, la necesidad de los

objetos manufacturados se generaliza y se aumenta, y el precio moderado que pone estos objetos al alcance de las fortunas mediocres viene á ser un grande elemento de buen éxito.

Así, se observa cada día que los hombres mas opulentos é ilustrados consagran á la industria sus riquezas y sus ciencias, y tratan de satisfacer los nuevos deseos que se manifiestan por todas partes, abriendo grandes talleres y dividiendo estrictamente el trabajo.

A medida que la masa de la nación se inclina á la democracia, la clase particular que se ocupa de industria se vuelve mas aristocrática. Los hombres se hacen cada vez mas semejantes en la una y mas diferentes en la otra, y la desigualdad crece en la pequeña sociedad á proporción que disminuye en la grande. Esta es la razón por que remontando al origen, parece que se ve la aristocracia salir por un esfuerzo natural del seno mismo de la democracia: mas esta aristocracia no se asemeja en nada á las que la han precedido; pues desde luego se notará que no aplicándose sino á la industria y á algunas profesiones industriales solamente, es una escepcion, ó un monstruo en el estado social.

Las pequeñas sociedades aristocráticas que forman ciertas industrias en medio de la inmensa democracia de nuestros días, encierran, como las

grandes sociedades aristocráticas de los antiguos tiempos, algunos hombres muy opulentos y una multitud muy miserable. Estos pobres tienen pocos medios para salir de su condición y hacerse ricos; pero los ricos frecuentemente se vuelven pobres, ó dejan el negocio después de haber hecho sus utilidades. Así, los elementos que forman la clase de los pobres son casi fijos, pero no lo son los que componen la clase de los otros. En verdad, aunque haya ricos, no existe esta clase, porque no tienen inclinaciones ni objetos comunes, tradiciones ni esperanzas iguales, de manera que hai miembros pero no cuerpo.

No solamente no están unidos los ricos con solidez entre sí, sino que puede decirse que no hai lazo verdadero entre el pobre y el rico. Nunca están perpetuamente fijos el uno cerca del otro, pues á cada instante el interés los une y los separa. El obrero depende en general de los amos, pero no de un amo determinado. Estos dos hombres se ven en la fábrica y no se conocen fuera, y mientras que por un lado están unidos, por los demás permanecen muy separados. El dueño de una manufactura no pide al obrero sino su trabajo, y este no espera de aquel sino el salario. El uno no se compromete á proteger ni el otro á defender, y no se hallan ligados de un modo permanente por el hábito ni por

el deber. La aristocracia que funda el negocio jamás se fija en medio de la población industrial que dirige, pues su objeto no es gobernarla, sino servirse de ella.

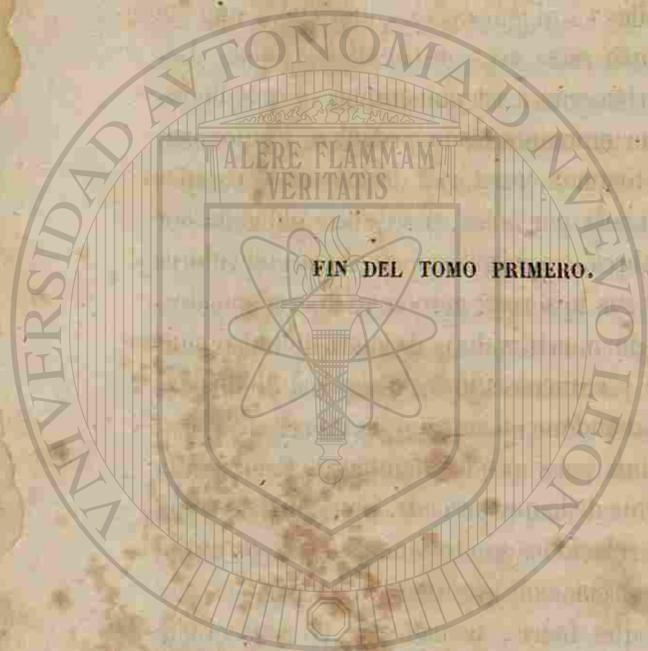
Una aristocracia así constituida no puede asegurar fuertemente á los que emplea, y si lo consigue por un momento, bien pronto se le escapan.

La aristocracia territorial de los siglos pasados estaba obligada por la ley, ó se creía obligada por las costumbres, á venir al socorro de sus servidores y á aliviar sus miserias; pero la aristocracia manufacturera de nuestros días, después de haber empobrecido y embrutecido los hombres de que se sirve, los abandona en los tiempos de crisis á la caridad pública para que los mantenga. Esto resulta naturalmente de lo que precede. Entre el obrero y el dueño las relaciones son frecuentes, pero no existe nunca una asociación verdadera.

Sea lo que fuere, pienso que la aristocracia manufacturera que vemos elevarse, es una de las más severas que hayan podido aparecer en la tierra; pero al mismo tiempo una de las más limitadas, y de las más peligrosas.

Con todo, este es el lado hácia donde los amigos de la democracia deben dirigir con más inquietud su atención, porque si la desigualdad permanente

de las condiciones y la aristocracia penetran de nuevo en el mundo, se puede predecir que lo harán por esta entrada.



NOTA, PÁGINA 316.

Hai sin embargo aristocracias que han hecho con actividad el comercio, y cultivado la industria con buen éxito. La historia nos presenta muchos ejemplos de esto : mas en lo general debe decirse, que la aristocracia no favorece el desarrollo de la industria y del comercio, y que solo las aristocracias de dinero hacen la escepcion de esta regla.

Entre ellas son siempre indispensables las riquezas para satisfacer los deseos. El amor de la opulencia viene á ser, por decirlo así, el gran camino de las pasiones humanas, y todos los otros se acercan á él ó lo atraviesan. La aficion al dinero y la sed de la consideracion y del poder se confunden entónces de tal modo en las mismas almas, que es difícil distinguir si los hombres son codiciosos por ambicion, ó si son ambiciosos por codicia. Esto es lo que sucede en Inglaterra, pues se

quiere ser rico para llegar á los honores, y se desean los honores como manifestacion de la riqueza. El espíritu humano es entónces ocupado por todos los extremos, y arrastrado hácia la industria y el comercio que son los caminos mas cortos que conducen á la opulencia.

Por lo demas, esto me parece un hecho escepcional y transitorio. Cuando la riqueza llega á ser la única señal de la aristocracia, es difícil que los ricos se mantengan solos en el poder y que escluyan á todos los otros.

La aristocracia de nacimiento y la pura democracia se hallan colocadas á las dos estremidades del estado social y político de las naciones; la aristocracia del dinero se encuentra en medio. Se acerca á la aristocracia de nacimiento por los grandes privilegios que confiere á un pequeño número de ciudadanos y participa de la democracia porque estos mismos privilegios pueden adquirirse sucesivamente por todos; de manera que forma como una transicion natural entre estas dos cosas, y no puede decirse si termina el reinado de las instituciones aristocráticas, ó abre ya la nueva era de la democracia.

TABLA.

ADVERTENCIA. 1

PARTE PRIMERA.

Influencia de la democracia en el movimiento intelectual en los Estados-Unidos.

CAP. I. Del método filosófico de los americanos. 7

CAP. II. Del principal origen de las creencias en los pueblos democráticos. 17

CAP. III. Por qué los americanos muestran mas aptitud y gusto por las ideas generales que sus padres los ingleses. 25

CAP. IV. Por qué los americanos no han sido jamas tan apasionados como los franceses por las ideas generales en materias políticas. 35

CAP. V. De qué manera sabe servirse la religion en los Estados-Unidos de los sentimientos democráticos. 39

CAP. VI. Del progreso del Catolicismo en los Estados-Unidos. 57

CAP. VII. Qué es lo que inclina el espíritu de los pueblos democráticos hácia el panteísmo.	61
CAP. VIII. De qué manera la igualdad sugiere á los americanos la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre.	65
CAP. IX. Por qué el ejemplo de los americanos no prueba que un pueblo democrático deje de tener la aptitud y el gusto por las ciencias, la literatura y las artes.	69
CAP. X. Por qué razón los americanos se aplican mas bien á la práctica de las ciencias que á su teoría.	81
CAP. XI. En qué sentido cultivan las artes los americanos.	95
CAP. XII. Por qué los americanos levantan al mismo tiempo tan grandes y tan pequeños monumentos.	105
CAP. XIII. Fisonomía literaria de los siglos democráticos.	109
CAP. XIV. De la industria literaria.	121
CAP. XV. Por qué el estudio de la literatura griega y latina es particularmente útil en las sociedades democráticas.	123
CAP. XVI. De qué modo la democracia americana ha modificado la lengua inglesa.	127
CAP. XVII. De algunas fuentes de la poesía en las naciones democráticas.	141
CAP. XVIII. Por qué los escritores y los oradores americanos tienen por lo general un estilo hinchado.	155
CAP. XIX. Algunas observaciones acerca del teatro en los pueblos democráticos.	159
CAP. XX. De algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos.	169
CAP. XXI. De la elocuencia parlamentaria en los Estados-Unidos.	177

PARTE SEGUNDA.

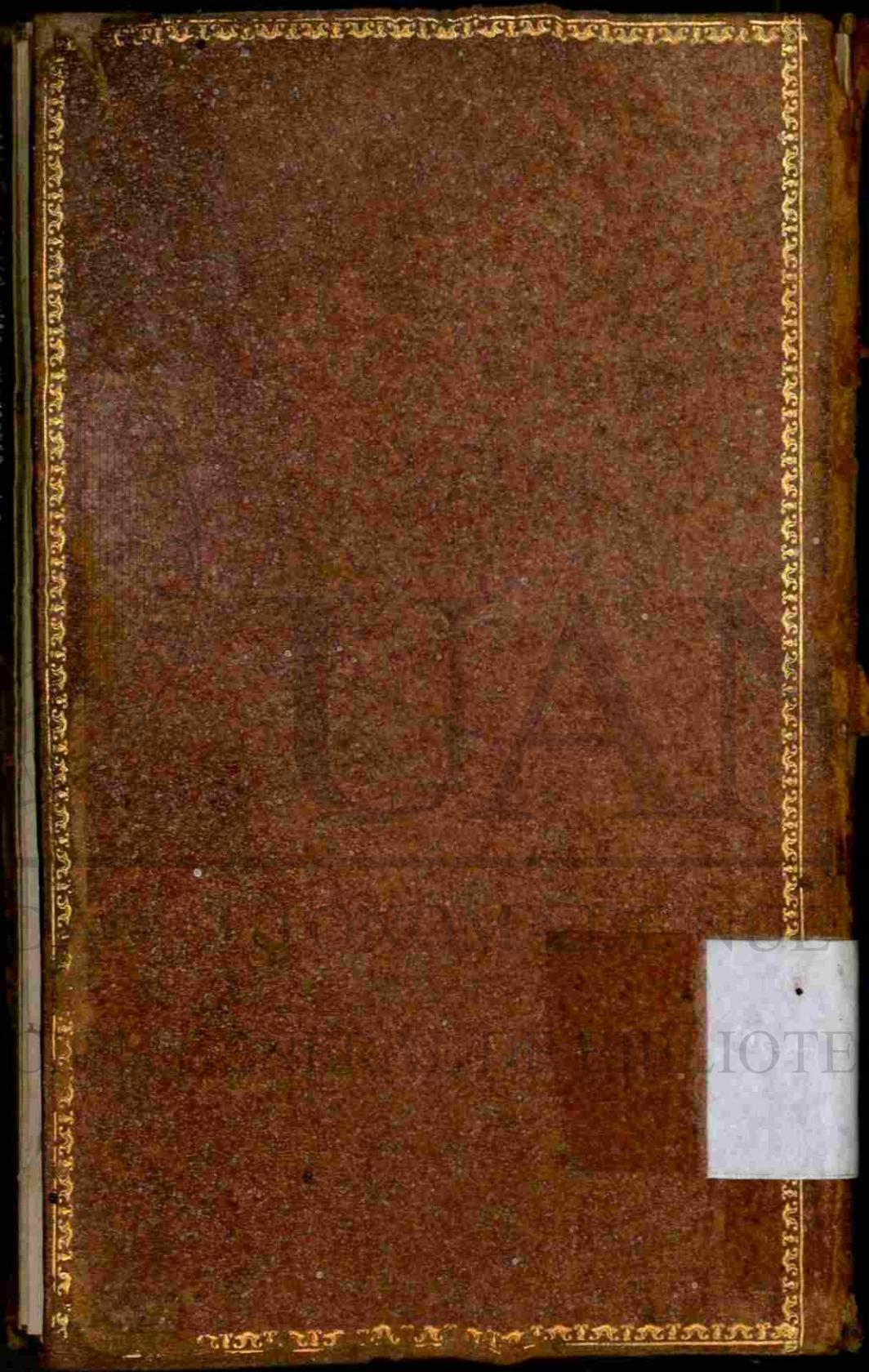
Influencia de la democracia en los sentimientos de los americanos.

CAP. I. Por qué razón los pueblos democráticos muestran un amor mas vehemente y mas durable por la igualdad que por la libertad.	187
CAP. II. Del individualismo en los países democráticos.	197
CAP. III. Por qué es mayor el individualismo al salir de una revolución democrática que en otra época.	203
CAP. IV. De qué manera combaten los americanos el individualismo con instituciones libres.	207
CAP. V. Del uso que hacen los americanos de la asociación en la vida civil.	217
CAP. VI. De la relación que existe entre las asociaciones y los periódicos.	227
CAP. VII. De la relación que existe entre las asociaciones civiles y las políticas.	235
CAP. VIII. De qué manera los americanos combaten el individualismo con la doctrina del interés bien entendido.	245
CAP. IX. De qué manera aplican los americanos la doctrina del interés bien entendido en materia de religión.	253
CAP. X. Del gusto por el bienestar material en América.	259
CAP. XI. De los singulares efectos que produce el amor de los goces materiales en los siglos democráticos.	265
CAP. XII. Por qué razón ciertos americanos muestran un <i>espiritualismo</i> tan exaltado.	271
CAP. XIII. Por qué se muestran tan inquietos los americanos en medio de su bienestar.	275

CAP. XIV. De qué manera el gusto por los goces materiales se une entre los americanos al amor de la libertad y al cuidado de los negocios públicos.	283
CAP. XV. De qué manera las creencias religiosas atraen de tiempo en tiempo el alma de los americanos hacia los goces inmateriales.	289
CAP. XVI. De qué manera el amor excesivo del bienestar puede dañar al mismo bienestar.	299
CAP. XVII. Por qué en los tiempos de igualdad y de duda importa alejar el objeto de las acciones humanas.	303
CAP. XVIII. Por qué razón entre los americanos todas las profesiones decentes son reputadas honoríficas.	309
CAP. XIX. Lo que inclina á casi todos los americanos á las profesiones industriales.	313
CAP. XX. De qué manera podría la aristocracia originarse de la industria.	321
Nota.	329

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIOTE